

NOTICIAS DE LIBROS

INDICE

- | | |
|--|------------------------------------|
| Ciencia política.—Pág. 383. | Temas afro-asiáticos.—Pág. 439. |
| Sociología.—Pág. 402. | Temas hispanoamericanos.—Pág. 446. |
| Pensamiento político.—Pág. 412. | Economía.—Pág. 448. |
| Temas europeos.—Pág. 416. | Derecho.—Pág. 450. |
| Temas del marxismo y comunismo.—Pá-
gina 423. | Filosofía.—Pág. 453. |
| | Varios.—Pág. 460. |

CIENCIA POLITICA

JOSEPH FRANKEL: *Conflicto y armonía en la política internacional*. Editorial Dopesa. Barcelona, 1971; 306 págs.

Desde las primeras líneas de la obra el autor nos muestra su honda preocupación por subrayar con el máximo de claridad posible el concepto de lo que debemos entender por política internacional. Consecuentemente, nos recuerda, en política hay que partir de un hecho social básico: los hombres tienen unas necesidades y unos deseos que no pueden satisfacer mediante la simple aplicación de sus esfuerzos individuales. Por ello, para enfrentarse a esas necesidades, se organizan en grupos de diverso tamaño y naturaleza. Allí donde esto ocurre, surgen modelos persistentes de comportamiento humano en todo lo referente a la autoridad, el poder, la Administración pública y las reglas de gobierno. Estos conceptos integran el núcleo fundamental de todas las definiciones de la ciencia política. Pero la formulación concreta de esas definiciones varía de un autor

a otro y se sigue discutiendo acaloradamente sobre su significación exacta, a pesar de que el análisis político es la más antigua de todas las ciencias.

Entiende el doctor Frankel, y conviene tener muy a la vista su afirmación, que «aunque importante en principio, la distinción no debe tampoco exagerarse; las diferencias entre política nacional y política internacional no son hoy tan claras como hace un siglo. Por un lado, algunas relaciones interestatales se basan ahora en un cierto consenso y han dado lugar a instituciones notables, como, por ejemplo, las relaciones que se desarrollan entre los países miembros de la Comunidad Económica Europea o, por utilizar ejemplos más antiguos, las relaciones entre los Estados Unidos y el Canadá o entre los países escandinavos. Por otro lado, los conceptos políticos clásicos son difícilmente aplicables a Esta-

dos que sufren una inestabilidad crónica, como demuestran claramente los casos de Indonesia o el Congo; estos Estados se encuentran más cerca de la relativa anarquía de las relaciones internacionales que del orden conseguido por Estados más antiguos y consolidados».

El autor piensa, y no sin razón, que, hoy por hoy, el campo de la política internacional es inmenso, dadó que, entre otras cosas, abarca la política exterior de unos ciento cuarenta Estados. Por lo tanto, subraya páginas más adelante, «los diplomáticos tienen que lidiar a diario con un mundo vasto y heterogéneo que se resiste a que lo comprendan globalmente. Su método es, en lo esencial, el utilizado también por los investigadores: intentan clasificar los diferentes tipos introduciendo algún orden en el caos, es decir, intentan simplificar el problema».

¿Cómo se puede llegar a la formulación de un concepto adecuado de la política internacional? En política internacional, entiende el doctor Frankel, el proverbial dilema entre el bosque y los árboles se agudiza ante la necesidad de utilizar tres niveles distintos de análisis: el todo —el sistema internacional—, asimilable al bosque; las partes —los Estados—, asimilables a los árboles; y los problemas referentes a los individuos que componen los distintos pueblos».

El autor llega, pues, a una primera e importantísima conclusión, a saber: que cuando analizamos la política internacional debemos prestar atención tanto al sistema internacional como a los Estados, que son los principales protagonistas de los actos que se desarrollan en su seno. Lógicamente, el orden en que deben ser estudiados es un problema de naturaleza análoga al de la gallina y el huevo, pero, sea cual sea el orden elegido, hay algunos conceptos básicos que se relacionan con los dos elementos y que deben explicarse ante todo. Evidentemente, es obvio profundizar en esta cuestión, la política internacional exige, cuando menos,

el exacto cumplimiento de unas condiciones mínimas —condiciones indispensables— para que pueda hablarse de la existencia de un Estado desde la perspectiva esencialmente internacionalista: «Los pensadores políticos, principalmente los juristas internacionales, han especulado durante siglos sobre la naturaleza del Estado, y casi todos concuerdan en que un Estado debe poseer cuatro atributos fundamentales: un pueblo, un territorio, un Gobierno y una soberanía». Parte de los problemas de índole internacional surgen cuando, precisamente, se pone en duda la existencia de alguno de los cuatro atributos indicados.

Para el doctor Frankel, sin embargo, parte de la problemática internacional contemporánea surge del hecho de no respetar la intimidad de los Estados. Por eso mismo, escribe, «una de las características fundamentales de un sistema internacional, como de cualquier otro sistema, son sus *fronteras*. Estas fronteras pueden definirse convenientemente en términos de comunicación social: ellas separan el área en que la interacción entre las diversas unidades tiene un efecto apreciable sobre el sistema de la zona en que esto no ocurre. La naturaleza del entorno de ese sistema internacional es un aspecto importante del problema: en él pueden existir "bárbaros" con los que apenas se mantiene contacto, o pueden existir otros sistemas políticos o internacionales. Hoy día el sistema internacional ocupa todo el globo».

Cabe preguntarnos, a la vista de cuanto antecede, qué es lo que el autor entiende por «conflicto» y por «armonía» desde la perspectiva de las relaciones internacionales. «La esencia de la política queda bien explicada —dice— como combinación de preocupaciones comunes e intereses divergentes, como ya se ha dicho repetidamente. Si falta lo primero, no hay comunidad internacional y, por tanto, no hay sistema; si falta lo segundo, no hay política. Vista la naturaleza

multiforme de las necesidades y los deseos humanos, es difícil aceptar como posible la total eliminación de las diferencias de intereses y, por tanto, de la política; sin embargo, es posible imaginarla. Y así, Engels trazaba el cuadro de un milenio comunista en el que desaparecían todos los antagonismos de intereses gracias a la eliminación de la explotación de clase y donde consecuentemente el Estado "se extinguiría", puesto que "el gobierno del pueblo" podría ser reemplazado por la "administración de las cosas". Pero, a pesar de ello, los actuales gobernantes soviéticos actúan de una forma muy distinta, convencidos de que los antagonismos graves tienen una fuerte tendencia a persistir.»

En las páginas centrales del libro el doctor Frankel aborda el análisis de uno de los temas que, a nuestro parecer, entrañan una decisiva importancia para comprender la actual problemática de la política internacional contemporánea: el excesivo nacionalismo. «Desde el punto de vista de la humanidad en su conjunto, el nacionalismo fomenta las divisiones y origina con frecuencia, aunque no necesariamente, graves conflictos. Las restantes ideologías mencionadas se han convertido en estrechas aliadas del nacionalismo. Sin embargo, existen sistemas de valores menos articulados que no han sufrido este proceso de nacionalización, y que, al ser comunes a toda la humanidad, parecen ofrecer una base para la armonía a nivel mundial. "Parecen ofrecer" y "no ofrecen", porque su interpretación

también difiere según la ideología particularista y nacionalizada de quienes la consideran. Por eso, a veces, en lugar de fomentar la armonía, provocan el conflicto.»

Por otra parte, expone el autor, «los conflictos internacionales no son muy distintos porque llamemos al enemigo hereje, infiel o, como diríamos hoy, irracional. Llevaría un esfuerzo mental excesivo profundizar en las implicaciones que se esconden detrás de los diferentes sistemas filosóficos utilizados: la dialéctica en los regímenes comunistas, el aristotelismo en los liberales, etc.»

Para el autor de estas páginas, afirmación que efectuamos con cierta tristeza, la Organización de las Naciones Unidas no ha supuesto un acierto político internacional: «las Naciones Unidas —escribe— han defraudado totalmente a todos los que confiaban en que se convertirían en un guardián eficaz de la paz mundial mediante la aplicación de un sistema de seguridad colectiva». Nos consuela, al menos, que el doctor Frankel subraye en las páginas finales que, después de todo, «aunque sin éxito en su objetivo fundamental, las Naciones Unidas no han sido un fracaso completo».

El hombre contemporáneo, este es el mensaje postrero que nos ofrece el autor, tiene que esforzarse hasta más allá del límite de sus fuerzas para cooperar a la conquista de la paz. Una paz lejana, difícil, utópica por el momento.— J. M. N. DE C.

G. PASQUINO: *Modernizzazione e sviluppo politico*. Il Mulino. Bolonia, 1970; 299 págs.

El desarrollo político implica por lo general: 1. Respecto a la población en su conjunto, un cambio de los *status* de sujeción a los *status* de ciudadanos que colaboran entre sí, lo cual va acompaña-

do de una expansión de la participación de las masas, de una mayor sensibilidad por los principios de igualdad y de una más amplia aceptación de las leyes universales. 2. Respecto a las prestaciones

del Gobierno y del sistema, un aumento de la capacidad del sistema para dirigir los asuntos públicos, controlar las controversias y hacer frente a las demandas populares. 3. Respecto a la organización de las esferas políticas, una mayor diferenciación estructural, una mayor especialidad funcional y una mayor integración de todas las instituciones y organizaciones que componen el sistema.

El presente libro, con gran profundidad y abundante bibliografía intenta exponer todo lo que hasta el presente se ha dicho sobre el desarrollo político. Se trata de una síntesis apropiada y de agradable lectura. Con el fin de agrupar sistemáticamente las diversas opiniones autorizadas sobre el desarrollo político se colocan todas ellas bajo una de estas cuatro perspectivas: la perspectiva neo-institucional, la economicista, la perspectiva de la «cultura política» y el enfoque desde el mismo sistema social.

La precisión de la noción de desarrollo político es especialmente fundamental para los análisis comparados de los regímenes políticos. Mucho se ha escrito sobre el particular y muchas han sido las escalas elaboradas. Pasquino no se inclina por ninguna, aunque insinúa sus preferencias por los estudios de Hudson y por las escalas que comienzan considerando al Japón como el país más desarrollado políticamente. Los análisis de la modernización y del desarrollo nacen en

respuesta a los problemas de la construcción del Estado y de la construcción de la nación que aparecen urgentes en los países del Tercer Mundo. Pero en verdad la cuestión del desarrollo debe también tenerse en cuenta en los estudios de los sistemas políticos considerados «avanzados», caso de los países escandinavos. Todavía no se ha precisado por los estudiosos de la materia el por qué estos países son «superdesarrollados». Nos referimos a una respuesta sin matices ideológicos. El único estudio que intenta hacerlo quizá sea el de Eckstein: *Division and Cohesion in Democracy. A Study of Norway*. A su juicio Noruega es un país desarrollado políticamente porque muestra en sus estructuras sociales una congruencia acusada que perfecciona el sistema. En Noruega hay congruencia entre las estructuras de poder en las organizaciones primarias y secundarias y las estructuras de poder en la organización política nacional como soporte fundamental de un sistema democrático.

El autor resume las numerosas clasificaciones de los sistemas políticos que se han elaborado teniendo en cuenta el desarrollo respectivo. Una clasificación interesante es la que divide los modelos pluralísticos y monísticos en base a la voluntad y a la capacidad de modernización de la élite gobernante. De este modo, tenemos estos modelos:

	PLURALISTICOS	MONISTICOS
Voluntad y capacidad....		
Voluntad y no capacidad..		
No voluntad.....		

No debe confundirse el desarrollo político con el económico. Ello quizá sea consecuencia del predominio de las tesis

marxistas en el análisis de los sistemas. El desarrollo político implica algo más que el crecimiento económico: participa

ción, democratización, movilización, etcétera. La tesis de que los sistemas políticos de Estados Unidos y de la Unión Soviética tienden a hacerse similares parte de la concepción errónea del desarrollo político como una simple consecuencia del económico. Este es el caso de Duverger. De todos modos cabe una calificación de los sistemas políticos según la «intervención de los organismos públicos en la esfera económica». Así tenemos un sistema de movilización (cuando el papel de las Empresas del Estado es preponderante); de reconciliación (tentativa de coordinación entre Empresas estatales y privadas); de autocracia modernizante (Empresas estatales y privadas actúan independientemente); sistema teocrático (escasísimo el papel de las Empresas del Estado); sistema burocrático (tentativa de concentración de la capacidad técnica de las Empresas en el aparato estatal).

Pasquino subraya la deficiencia de algunos estudios al tratar de los límites de los sistemas políticos por desconocer

los internacionales, y esto en un mundo de continuas interacciones entre los Estados. No en vano el autor se ha especializado en parte en los condicionantes de las estructuras políticas motivados por las relaciones internacionales. Una tal deficiencia quizá sea debida a la influencia de los autores norteamericanos en los trabajos sobre el desarrollo político: se trata de trabajos que por las especiales circunstancias en que se desenvuelven (en la órbita de la primera potencia mundial) prescinden de consideraciones internacionales.

En definitiva, el presente volumen es una contribución valiosa al tema complejo del desarrollo. Modernización y desarrollo representan los sectores más recientes de la ciencia política: desde Almond a Deutsch y de Apter a Huntington. El enfoque del autor es global: el desarrollo se refiere al papel de las élites, a la participación política, a la demanda por una más igualitaria distribución de la renta nacional.—A. E. G. D.-LL.

ROBERT A. DAHL: *Polyarchy-Participation and Opposition*. Yale University Press. New Haven and London, 1971; 257 págs.

No es posible una democracia sin una oposición, esto es lo que Dahl va a intentar exponernos. Un proceso de democratización implica una institucionalización de una oposición pública. Existe tanto una participación positiva como una participación negativa de crítica a lo establecido por el Gobierno. Estas dos variables, oposición pública y derecho de participar, van a permitir una clasificación de los regímenes políticos en *polyarchies* (nuevo término que matiza el concepto de democracia), inclusive *hegemonies*, *closed hegemonies* y *competitive oligarchies*. El autor analizará cuáles son los factores que incrementan o disminuyen las posibilidades de una oposición

pública desde un sistema no abierto. Este proceso de liberalización se puede producir a dos niveles diferentes, el nacional y el de organizaciones. Probablemente, la línea política de un Gobierno que se enfrenta a una corriente de liberalización se puede ajustar a una evaluación entre los costos de la represión y los costos de la tolerancia. Democratización supondrá un énfasis en la competitividad del sistema, al mismo tiempo que una extensión del derecho a participar en la vida política. A lo largo de varios capítulos se examinarán sucesivamente los factores que condicionan este fenómeno de la *polyarchy*: procesos históricos, grado de concentración socioeconómica,

grado de desarrollo socioeconómico, desigualdad, *subcultural cleveages*, control extranjero y sistema de creencias de los activistas políticos.

¿Cuáles han sido los caminos que han conducido a la democracia desde su ausencia total o régimen llamado *closed hegemony*? 1. La liberalización ha precedido a la participación. Desde un régimen cerrado se puede permitir la presencia de una oposición transformándose en una oligarquía competitiva. Posteriormente, la extensión de la participación política abre la oligarquía hacia la democracia. 2. La participación precede a la liberalización. Desde un régimen monolítico, el aumento de la participación totaliza la vida política. Más tarde, la oposición pública se hace posible sobre la base de una participación masiva. 3. Un cambio brusco revolucionario libera y amplía la política desde el régimen *closed hegemony*, permitiendo la oposición política y la participación general. Probablemente el primer camino es el que históricamente ha ofrecido menos riesgos y ha producido mayor estabilidad. Sin embargo, la situación actual no permite el tiempo necesario ni la restricción a la participación que implica. Los sistemas no democráticos están sujetos a más riesgos que en el pasado si desean embarcarse en un proceso de liberalización y participación. La evolución de los dos primeros caminos es radicalmente diferente al proceso revolucionario del tercero.

Muy interesantes son las reflexiones de Dahl sobre el uso de las fuerzas militares o de la policía para la represión. Inglaterra careció de una fuerza interna, ya que su poder residía en las fuerzas navales, durante el período de formación de la democracia. Igualmente, los Estados Unidos se hicieron en un momento en que la mayor parte de los ciudadanos estaban armados. En aquellos países en los que las Fuerzas Armadas son importantes, solamente es viable la democracia, si éstas permanecen neutrales en los con-

flictos políticos o se someten al mando civil del Gobierno. El monopolio que todo Gobierno tiene sobre la violencia no debe ser un obstáculo para una mayor liberalización del régimen. Descentralización y pluralismo son aspectos de la democracia que muestran un grado de concentración socio-económico aceptable para que ésta sea viable. Los núcleos de concentración social y económica favorecen los movimientos no democráticos de cualquier régimen. Más conocido es el tema de la relación existente entre nivel de desarrollo económico y democracia. Un alto nivel de vida tiende a correlacionarse con una estructura democrática, pero más significativa es la proposición de que si existe una democracia, ésta probablemente se realiza a niveles altos de desarrollo económico. Es difícil matizar esta hipótesis, ya que existen casos atípicos en ambas direcciones.

Sin embargo, sin un mínimo de educación ciudadana no es posible la democracia, e históricamente la democracia occidental se vio acompañada de una elevación de la cultura media. La existencia de desigualdades económicas puede afectar a un régimen muy diversamente. La reducción de desigualdades realizada por un Gobierno de una manera eficiente puede ganar mucha confianza entre los menos privilegiados. El resentimiento y frustración que puede crear el hecho de una desigualdad de distribución no depende solamente de su magnitud objetiva, sino también del grado de percepción por el grupo no privilegiado y su comparación con un grupo de referencia. La estabilidad del sistema puede verse reforzada o disminuida según la reacción que la desigualdad provoque tanto en los líderes políticos como en los grupos afectados. Si bien la clase social ha servido para polarizar la vida política y se entiende como factor decisivo en modelos de conflicto, como sucede en el esquema de Marx, sin embargo, la existencia de subculturas es debido a otros factores. La

identificación con unos prejuicios de raza y religión, percibidos e incorporados en una edad temprana de socialización, produce una polarización más radical, en algunos casos, que la división de clases. Pero la subcultura representa un riesgo en la democracia cuando es factor de disensión. La falta de integración y, por tanto, de homogeneización política en un régimen ocasiona continuos conflictos, radicalmente polarizados, por pertenecer a subculturas firmemente socializadas en el individuo. El problema de las minorías encuentra así una nueva perspectiva donde la solución depende del grado de tolerancia que permita el pluralismo cultural.

El sistema de creencias de un régimen político es un factor determinante para comprender su funcionamiento. Sin embargo, la distribución de las creencias y valores políticos no es uniforme. Solamente una minoría posee una elaboración de estas creencias en contraste con el grado rudimentario de las creencias de la mayor parte de la población. Es muy probable que los activistas y líderes políticos respondan en su actuación política a un sistema de creencias y valores. Dahl examina algunas de estas creencias que configuran diferentemente la perspectiva sentida por cada miembro del régimen político al que pertenecen. El convencimiento de la legitimidad de la democracia, el respeto a la autoridad, la creencia

en la eficiencia del sistema, la confianza en los gobernantes, la tendencia a la cooperación son parte de este repertorio de variables que explican la diferente operabilidad de los sistemas políticos. Por otra parte, la adquisición de las creencias políticas se realiza en períodos tempranos de socialización, sufriendo los cambios implícitos del desarrollo de la personalidad. Entre los factores que condicionan esta adquisición de creencias se señalan el diferente grado de exposición a las mismas, su prestigio inherente, su consistencia con otras creencias incorporadas y su consistencia con la experiencia vivida. Dahl ha indicado a lo largo de estos capítulos los principales problemas que la democratización exige. Sin pretender ser exhaustivo sobre el tema, Dahl señala con precisión las hipótesis más relevantes. Sin ayuda de ninguna nueva conceptualización el análisis del libro es profundamente claro. El largo saber de Dahl sobre lo que es la política permite al lector comprender parte de los problemas cotidianos que un Gobierno plantea. La democracia como fórmula de convivencia necesita ser pensada, leída, escuchada y creída para que sea posible en una comunidad política. Democracia va a significar respeto hacia el otro que está con nosotros, hacia el otro que disiente en la oposición y hacia el otro que le gustaría poder participar en las decisiones políticas que afectan al país.— JOSÉ L. ESTEVE SERRANO.

MARCELLO CAETANO: *Mandato indeclinavel*. Verbo, Lisboa, 1971; 240 págs.

Estamos ante una de las recopilaciones de escritos del actual jefe de Gobierno portugués. Prácticamente se condensa aquí su pensamiento político y su visión de los grandes problemas que embargan al Portugal del presente. Caetano se pronuncia por la vigorización de la acción política nacional. «Fui outrota, durante

anos, dirigente desta organização cívica, destinada a congregar os portugueses que, sem distinção de escola politica ou de posição religiosa, se disponham a actuar de acordo com os principios fundamentais da Constituição. A experiência dos partidos antes de 1926, levou à criação de uma associação onde pessoas

de várias tendências se encontrassem e pudessem colaborar, sem espírito de facção e unidas pelo denominador comum do interesse nacional. E a submissão aos imperativos desse interesse supremo que tem ligado a União Nacional ao Governo. A adesão prestada a este traduz a conformidade com os princípios que ele defende e com acção que prossegue para os realizar. Espero que, perfeitamente a par dos princípios e dos métodos por mim adoptados, os membros e cooperadores da União Nacional continuem a garantir-me a indispensável colaboração.»

Caetano promete la defensa del Ultramar a toda costa: «Nunca professei a opinião de que Portugal, privado do Ultramar, estivesse condenado à perda da independência. Mas não quero pensar no que seriam os dias negros dessa privação. Não quero pensar no que seria a chegada à metrópole dos portugueses de Angola e Moçambique expulsos dos seus lares e em busca de novos meios de trabalho, nem na cólera de quantos se sentissem logrados nos sacrifícios feitos para manter em Africa a bandeira verde-rubra! Nem ousou imaginar o que doeria a ferida moral o que longos anos seria uma viva e ardiente ferida aberta, pelo abandono ou pela entrega, no consciência do País.»

Y esto a pesar de las constantes resoluciones de la O. N. U. condenatorias de Portugal. La última de ellas ha sido un duro golpe para el país vecino. En efecto, la cuarta comisión de la Asamblea General de las Naciones Unidas (de Fideicomiso y Territorios no Autónomos) decidió el 13 de noviembre de 1972, por 103 votos, cinco en contra y 11 abstenciones, aprobar un proyecto de resolución por el que se pide a todos los países que traten directamente con los movimientos de liberación de los territorios de Angola, Guinea, Bissau y Mozambique, en lugar de hacerlo con el Gobierno de Lisboa.

Votaron en contra Brasil, Estados Unidos, España, Gran Bretaña y Costa Rica, mientras que los países que se abstuvieron fueron Bélgica, Bolivia, Colombia, El Salvador, Francia, Guatemala, Honduras, Italia, Nicaragua, Uruguay y Venezuela.

Varios discursos recogidos en el presente volumen hacen referencia a España. Las declaraciones se mantienen, sin embargo, en un nivel muy general y abstracto. Caetano, como todo alto dirigente portugués, se muestra siempre muy prudente en sus comentarios sobre España a fin de no alterar en ningún momento las sensibilidades de sus compatriotas. Sin embargo, Caetano desearía unas estrechas relaciones con España. «Nesses dias em que acompanhado por alguns membros do meu Governo e por altos funcionários do meu estado em Madrid, tem-se desenvolvido um labor fecundo, justamente com o propósito de que a visita do Chefe do Governo a Espanha não deixa apenas um pretexto para boas palavras, para mais discursos, para cerimónias, para atenções pessoais, mas o início efectivo de uma nova era nas relações entre Portugal e a Espanha.»

El nuevo Estado social que se predica es compatible a juicio de Caetano con el corporativismo. «Mas o corporativismo também é válido como doutrina. Nesta o que ha de essencial são dois pontos: primeiro, o de que trabalhadores e patrões estão ligados por interesses comuns, porque aos trabalhadores interessa que as empresas subsistam e prosperem e aos patrões convem ter empregados estáveis, dedicados à empresa e com boas condições de produtividade. Sendo assim, haverá sempre campo de entendimento entre uns e outros. Logo os problemas do trabalho devem ser pacificamente resolvidos entre grémios e sindicatos. Mas, e aqui está o segundo ponto, as empresas, e portanto os patrões e os seus empregados e operários, vivem particulares. Assim, as soluções dos problemas dos

trabalhadores têm de ter em conta a situação das empresas; os à luz dos possibilidades e perspectivas da economia

nacional, ela própria influenciada, tanta veces, por circunstâncias de ordem internacional.»—A. E. G. D.-LL.

ERICH FROMM: *¿Podrá sobrevivir el hombre?* (Una investigación sobre los hechos y las ficciones de la política internacional). Colección «Mundo Moderno». Paidós. Buenos Aires, 1971.

Este es un libro que ayuda a comprender al hombre contemporáneo y sus problemas. ¿Cuál es el objetivo de la Unión Soviética?, ¿dominación, imperia- lismo? El problema chino, el problema alemán... ¿Podrá sobrevivir el hombre y su civilización a todas estas amenazas o quedará aniquilado bajo el hambre, la pobreza y la catástrofe de una nueva guerra? «Si no actuamos pronto —advierte el autor— las circunstancias, las instituciones y las armas por nosotros creadas se nos impondrán y decidirán nuestro destino.»

El autor, en este libro, tratará de demostrar con razones su comunicación de que muchas de las premisas sobre las cuales se funda nuestra política son erróneas, que muchos de sus supuestos son ficticios o distorsionados, y que como consecuencia de ellos, estamos encaminados, con la mente en confusión, a los más grandes peligros, para nosotros y para el resto de la humanidad. Para analizar lo más objetivamente el problema planteado por Erich Fromm, hay que partir de la premisa que el libro está planteado en la perspectiva de hace diez años, y entonces algunos problemas tienen otro punto de vista que el actual.

En líneas generales, el libro es un tratado sobre las condiciones y posibilidades de Rusia y su enfrentamiento en todos los campos con el llamado mundo occidental y, en definitiva, con los Estados Unidos; de esta generalidad entresacaremos algunas cuestiones de interés relativas a la comprensión de la política internacional.

En el planteamiento del libro el autor parte de la base de que hay que buscar una solución de acomodo y entendimiento para todos, ya que hasta hoy los cambios producidos en la historia han sido de tipo político; para esta alternativa nueva de cambio el autor sugiere el entendimiento entre los dos países más fuertes y antagónicos, y desde este ángulo se proyectan todos los problemas y análisis de base, y en la época que nos sitúa el libro existe un enfrentamiento potencial destructivo entre ambos países, cada uno con su ámbito de atracción sobre sus aliados, ya muy definidos, pero que por el lado comunista puede sufrir una gran ampliación debido a que la mayoría de los países subdesarrollados tienden hacia formas revolucionarias, ya que siempre será mucho mejor campo para un desarrollo teórico y práctico del comunismo, ya que esas ideas son más propicias para mentes que tengan el estómago absolutamente vacío; por todo esto, entre estos dos países, en algunos momentos sus relaciones son de tipo paranoico.

En la esfera de Rusia el autor hace un análisis amplio de su comportamiento, por supuesto parte de la premisa de que la educación moral es materialista, por lo que su educación es altamente intelectual, pero sin dejar nada para el lado afectivo; en el aspecto de la economía, al no existir el mercado libre, el control del Estado sobre las Empresas es altísimo, por eso han llegado a un desarrollo tan grande en tan poco tiempo, en este sentido ofrece muchas diferencias con los Estados Unidos, aunque no tantas como

cabría suponer, puesto que Rusia va librando ese control, y en Estados Unidos intenta el Estado controlar Empresas.

Siguiendo Fromm sobre su análisis ruso, nos dice: que hoy día el sistema político es una tergiversación de las teorías de Marx y Engels, no siendo un puro socialismo con la absoluta pérdida de la capacidad personal, dando como resultado que la Unión Soviética tiene un parecido sistema a una superación del capitalismo socializado. Todo este examen viene a cuento debido a la opinión del autor sobre el control que pudiera tener Rusia sobre países subdesarrollados o fuera de su área de influencia y después de analizar todos esos pequeños, pero concisos conceptos de que en el fondo Rusia es un país conservador sin ánimo puramente revolucionario, por lo que poco a poco se podría producir el total acercamiento entre los dos grandes colosos y, por supuesto, esto nunca ocurrirá decir que debido a la transformación de ideas en ideologías tenga Rusia gran influencia sobre los pueblos.

Pero ya vislumbrándose el acercamiento, hay que contar con un factor importantísimo, que es la existencia de China, que avanza y se supera asimismo a pasos agigantados dado lo que ha conseguido con sus 600 millones de habitantes bajo una base de procreación aunque alineante por todo esto, aparte de existir un antagonismo ideológico entre China y la Unión Soviética, esta última tiene miedo al afán de China de poderío, aunque hoy día, en el momento presente, el problema no está planteado de esta forma, ya que ha sufrido transformaciones (ejemplo, acercamiento Wasingthon - Pekín), pero aun así, Rusia busca un entente con los Estados Unidos.

Todo esto ocurre porque hay un en-

frentamiento de potencialidades enorme y de fuerzas que conduce a tenerse más o menos un mutuo respeto.

Para Erich Fromm, son dos países que cada uno por sus razones quiere ampliar al máximo su área de influencia, en una palabra, con un sentido imperialista, porque a pesar de los pesares lo que no hay duda es que todo este comportamiento está dirigido por el problema entre lo que es el capitalismo y el comunismo, por lo tanto, con el tiempo hay que saber las naciones del subdesarrollo qué trayectoria tomarán partido de la base alineante de los países comunistas, y, por otra, de lo quemados que están los países occidentales.

Se ven posibilidades de guerra termoneuclear; el autor opina que no dado el enfrentamiento potencial, de todos modos la situación mundial es bastante grave, lo cual encierra un pesimismo grande.

En resumen, Rusia con su gran burocratismo no se llegará a enfrentar al capitalismo expansionista de Estados Unidos. Ahora bien, ¿qué pasará con China? Esta pregunta queda en el aire.

Volvemos a repetir que las opiniones político-sociológicas de Erich Fromm que nos plantea en este libro están determinadas por la época a que se refiere, y como nota final deslumbrante podemos admitir en el texto un cierto miedo a la continua reacción rusa.

De todos modos, y aun con el pesimismo real, el libro acaba con esta esperanzadora frase:

«Lo que hoy importa es preservar el mundo; pero para preservarlo han de hacerse ciertos cambios, y para hacer esos cambios las tendencias históricas han de ser comprendidas y anticipadas».

JOSÉ M.^A AGUILAR LORENZO.

E. BERKELEY TOMPKINS (Ed.): *Peaceful Change in Modern Society*. The Hoover Institution Press. Stanford University. Stanford California, 1971: 158 págs.

Este libro recoge una colección de ensayos con ocasión de la conmemoración del 50 aniversario del Hoover Institute. Académicamente, las contribuciones son muy desiguales, aunque existe un vínculo común entre todos los autores: su deseo de un cambio pacífico en la sociedad moderna. Anthony Eden, con una larga experiencia internacional, enjuicia diversas situaciones de conflicto. Una política de apaciguamiento puede no ser la más positiva cuando el agresor potencial no encuentra un límite a sus continuas demandas. Especialmente, señala Eden, cómo las negociaciones con un sistema dictatorial presentan dificultades propias debido a la diferencia de las condiciones internas en los países respectivos. Las naciones libres tienen unas responsabilidades latentes si desean construir un mundo en donde los conflictos tengan un procedimiento más eficaz de arreglo. El trabajo de Scalapino nos muestra cómo el Tercer Mundo es un elemento explosivo dentro de la sociedad internacional. El concepto nación-Estado se deriva de una tradición occidental que fue realizada a través de siglos. Los nuevos Estados independientes intentan construir naciones sobre bases tribales, regionales o étnicas sumamente dispares. Esto representa un peligro en las relaciones internacionales, donde los grandes países se ven envueltos rápidamente. Habría que buscar nuevas formas de expresión política a un nivel subnacional y abandonar modelos monolíticos de organización. El nacionalismo puede ser un factor de agresión que engendre continua violencia. El uso del regionalismo internacional, dentro de los marcos establecidos, puede ayudar a resolver el problema. Las Naciones Unidas requieren una reformulación de la Carta para hacer operativas unas líneas de política a escala regional.

Las condiciones de crecimiento de población y aprovisionamiento de recursos facilita una situación revolucionaria en el Tercer Mundo agravada por el creciente «gap» entre los países ricos y pobres.

Si bien un conflicto total entre las grandes potencias parece perder posibilidades, el número de guerras menores entre los restantes países puede mostrar una tendencia creciente. Bertrand de Jouvenel subraya esta apetencia por el poder como una componente humana. El poder es el uso de unos medios para conseguir unos resultados concretos. Lo que la sociedad moderna está produciendo es un despliegue del poder económico. Es una nueva era de empresarios, tanto a nivel internacional como nacional. Esta concentración de poder es más evidente en las organizaciones que lo colectivizan y lo despersonalizan. Paralelamente se ha producido una concentración del poder político que ha compensado el incremento del poder social. Pero es el mismo Estado el que va a actuar con mentalidad empresarial, reforzándose mutuamente el poder político y el económico. Quizás el totalitarismo no se debió exclusivamente al nuevo concepto de guerra total, ya que la socialización de los medios económicos de producción tenía una larga tradición socialista. Jouvenel señala cómo la violencia ejercida sobre la libertad humana no se deriva directamente de la concepción socialista de la producción. La libertad se ve disminuida principalmente por ataques crecientes del poder interno.

La contribución de Conroy versa sobre la paz como deseo humano sacado de textos de filosofía budista del Tibet. El problema de la investigación biológica para usos bélicos y especialmente la postura americana, son el objeto del ensayo de Lederberg. Brevemente, Hitch señala

a la Universidad como una institución para el cambio social. La lectura de estos ensayos y de otros no citados dejan al lector con un sentimiento proyectivo hacia la paz, aunque el razonamiento de los

mismos no esté lógicamente trabado con una perspectiva más general sobre el hombre, debido a la gran diferencia de experiencia y formación de sus autores.— JOSÉ L. ESTEVE SERRANO.

GUIDO VALABREGA: *La revolución árabe*. Editorial Bruguera, S. A. Barcelona, 1972; 222 págs.

El proceso revolucionario que agita el mundo árabe tiene lejanos precedentes, a saber: en vísperas de la primera guerra mundial, las condiciones políticas y sociales del Medio Oriente ni eran tranquilas ni estaban privadas de contrastes y contradicciones profundas. Efectivamente, desde hacía decenios, todo el sector estaba sacudido por fermentos, agitaciones y luchas más o menos ásperas para reconquistar la independencia nacional y con ella garantizar la posibilidad de un renacimiento económico a través de reformas diversamente delineadas. A las grandes potencias que trataban de repartirse el área en zonas de influencia —Gran Bretaña, Francia y Alemania en particular por un lado, el imperio otomano por otro—, se contraponía un movimiento independentista todavía tenue, especialmente en el perfil ideológico, enraizado además preponderantemente en algunos círculos de no demasiada consistencia, pero que, en verdad, ya había sido capaz de entablar batallas políticas bastantes serias.

En el mundo árabe, y no creemos descubrir gran cosa al exponer esta afirmación, ha jugado un papel principal el problema del colonialismo. Efectivamente, piensa el autor de estas páginas, las formas de poder colonial que surgieron en los países árabes no han sido homogéneas: por ejemplo, en algunos territorios se dio de manera preponderante una intervención directa en la vida pública por parte de la potencia extranjera, que lo controlaba todo sin intermediarios

(así ocurrió en Argelia, Sudán y Libia); en otras partes, en cambio (Egipto, Túnez), un Gobierno local, del todo en las manos de la potencia colonial, hacía en cierto sentido de intermediario entre población y autoridad colonialista. En definitiva, el contenido efectivo era sustancialmente análogo en ambas formas de administración, ya que de un modo u otro quedaban celosamente salvaguardados tres objetivos de fondo: 1) Adecuación de la economía de la colonia a la exigencia del capital extranjero y, consiguientemente, desarrollo intensivo de la agricultura monocultivo, cuyo producto se destinaba a la exportación en condiciones de favor al país colonizador; explotación capaz de los recursos naturales y de las materias primas (petróleo, algodón, etc.); prohibición de iniciar de algún modo una coherente acción industrializadora. 2) Esfuerzo para favorecer la conservación de formas atrasadas de actividad económica: cualquier innovación, cualquier tentativa de avance pedagógico o cultural se veía hostilizada en tanto que se protegían, por ejemplo, los sistemas de cultivo antiquísimos y feudales en los campos. 3) Represión de cualquier movimiento de oposición, aplastamiento de las tentativas de emancipación social y apoyo a los grupos más reaccionarios y a los círculos dominantes tradicionales.

Piensa el autor de estas páginas, pensamiento que debemos evocar totalmente, que la revolución del mundo árabe ha estado profundamente influenciada por no pocos de los acontecimientos de

ándole internacional que han tenido lugar en nuestra época. Así, por ejemplo, entre las consecuencias políticas que la marcha de la guerra provocó en el Medio Oriente, las más importantes son las que surgieron de la participación en la lucha antifascista por parte de la Unión Soviética a partir de junio de 1941. Debido a esto se verificaron dos hechos, ambos de notable resonancia: ante todo, por primera vez desde el estallido de la revolución de 1917, era posible hablar, leer y estar informado sobre la URSS con una cierta facilidad; en segundo lugar, con la intervención soviética (y, ni que decir tiene, con la entrada casi simultánea en el conflicto de los Estados Unidos) el carácter mismo de la guerra cambiaba a los ojos de muchos árabes, a pesar de la persistencia en la rabiosa propaganda italo-germana. En otras palabras: por un lado el horizonte político de las masas árabes —habiéndose venido a menos las prohibiciones antisociales y antisoviéticas de la censura inglesa y francesa— se ensanchaba considerablemente a través de los ecos de las victorias del ejército rojo, sobre toda una perspectiva ideológica casi desconocida; por otro lado, los objetivos de la guerra misma se aclaraban un poco; no se trataba ya sólo del contraste que oponía a los estados colonialistas por excelencia a los estados más pobres, más «proletarios», como se había presentado a no pocos árabes, sino de una ruptura más vasta y complicada, un articularse y un diferenciarse de objetivos que exigían nuevos planteamientos y cambios profundos.

Dedicó el autor de este libro unas cuantas páginas a la posición sustentada por el Irak que, efectivamente, ha desempeñado un considerable papel en el proceso revolucionario al que nos venimos refiriendo. Desde este punto de vista, leemos en este libro, a Irak —hemos visto su acercamiento a Egipto y no debe sorprendernos en absoluto—, parece que

le ha llegado el momento de tener que afrontar los dos problemas claves que se plantean a cualquier régimen militar: el de la relación con las masas y la existencia o exigencia de una coligadura entre vértice y base, entre Gobierno y país, y, el de una segura autonomía en las opciones respecto a los condicionamientos de Occidente. A estos problemas hay que añadir la cuestión espinosa de la minoría kurda que, después de haber combatido encarnizadamente, sólo en 1964 pudo obtener un primer armisticio con el Gobierno de Bagdad; después, tras reanudarse los choques, hubo una segunda tregua que parece mejor elaborada y que podría definitivamente transformarse en un acuerdo para una convivencia pacífica. Hay que decir que los obstáculos para una solución del contraste entre kurdos y autoridades centrales provienen esencialmente de las rémoras que algunas corrientes militares de bastante influencia continúan interponiendo: ellas juzgan —según una mentalidad rígida y poco moderna—, que cualquier concesión de autogobierno a los kurdos es una peligrosa amenaza a la unidad nacional y no vacilan por esto en oponerse, de modo abierto y también con disimuladas maniobras, a las conversaciones que se han entablado con los jefes kurdos y a las que se querría poner fin.

Una de las tesis que expone el autor de estas páginas es la referente al hecho de que, efectivamente, junto a la revolución egipcia resulta ejemplar la iraquí: en uno y en otro caso la postura que adoptan los revolucionarios se inspira aparentemente en los modelos de la representatividad democrático-burguesa en constituciones más o menos liberales. Gobiernos elegidos por Parlamentos, Parlamentos elegidos por votaciones a menudo válidas, al menos formalmente. Sin embargo, tales instituciones, que especialmente en Europa, cuando surgieron, habían sido síntoma auténtico de mayor justicia y de más amplia libertad eran de

hecho elemento extraño y perjudicial de freno y perturbación en el mundo árabe para advertir los fermentos en curso en el país, por la incapacidad para proteger y sostener el desenvolvimiento de las crecientes energías nacionales.

Lógicamente, innecesario es el indicarlo, muestra el autor de estas páginas especial atención por cuanto ha supuesto y aún puede suponer la llamada Liga Árabe, a saber: A pesar de toda una serie de lagunas e incertidumbres, a pesar de todas las contrariedades de orden político que se han constatado, el cuadro organizativo de la Liga Árabe se ha superado, por tanto, ampliamente con una actitud que desbanca a la postura originaria exclusivista y conservadora: los Estados del Medio Oriente —aunque en diversas medidas—, han llegado en el 64 a una notable conciencia de la necesidad de defenderse conjuntamente contra determinadas maniobras competidoras de Occidente y de la utilidad del apoyo recíproco para afrontar mejor los proble-

mas del subdesarrollo. Ciertamente es que a medida que se afronte el programa de integración económica con mayor rigor científico, se irán descubriendo cada vez más dificultades precisamente de orden técnico.

En definitiva, y he aquí la gran conclusión de estas páginas, superadas, o encaminadas al menos hacia la superación, por un lado las abstracciones doctrinarias y dogmáticas características de ciertos grupos y núcleos socialistas actuantes en una condición de casi aislamiento, y por otro, las acentuaciones empiristas que acaban por hacer declinar la inspiración ideológica en realizaciones del todo evanescentes, empiezan a experimentar una auténtica iniciativa socialista, tanto en un más equilibrado encuadramiento teórico, cuanto en más enérgicas y fundadas posturas de programación, o, finalmente, en atenta observación de los experimentos intentados en otras partes del mundo.—J. M. N. DE C.

Varios autores: *Ocho grandes mensajes*. Edición preparada por Jesús IRIBARREN y José Luis GUTIÉRREZ GARCÍA. Prólogo de monseñor Emilio BENAVENT. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1971: 542 págs.

Muchísimos de los problemas políticos y sociales que embargan la mente del hombre contemporáneo tienen una clara y sencilla explicación a los ojos de los últimos Pontífices reinantes que, efectivamente, sin profundizar de manera notoria en la médula de la organización política propia de cada país —ahora, como es bien sabido, se sostiene el principio de que la Iglesia no debe mezclarse en política— han dictado sabias lecciones de lo que, quierase o no, hay que realizar para solventar para siempre los principales obstáculos que se oponen a que el hombre, en todas las áreas de su actuación, lleve una vida lo más digna posible. La primera, pues, conclusión de

estas páginas —cuando menos, a nuestro parecer, la más importante— gira en torno de la tesis de que *todo tiene que estar montado u organizado para servicio del hombre*. El hombre, por lo tanto, constituye el eje esencial sobre el que debe girar toda buena política. Y este quehacer, lógicamente, exige enormes sacrificios que cuesta un infinito trabajo el efectuar. Así, por ejemplo, «los cristianos deben cumplir con fidelidad y preparación sus deberes temporales, actuando como fermento espiritual del mundo en la vida familiar, profesional, social, cultural y política. A ellos toca asumir sus propias responsabilidades en todo este campo bajo la guía del Evangelio y de

la doctrina social de la Iglesia, pero actuando según su propia iniciativa y responsabilidad, sin implicar, por tanto, a la Iglesia con su conducta, aunque en cierto modo la afecten al ser miembros de ella».

Tienen razón, a nuestro modesto entender, los que subrayan que la Iglesia debe situarse al margen de la acción política —cosa que, por otra parte, no le impide marcar directrices u orientaciones—. Justamente, ha dicho un autor, «si la Iglesia se ocupara en primer término de las cosas temporales, según pretenden algunos clérigos, se degradaría a sí misma, convirtiéndose en un grupo sociológico más, y al verse envuelta en las luchas humanas y tomar partido por una opinión, las bienaventuranzas que predicaría para unos se transformarían en malaventuranzas para otros. Nunca hay razón para que un sacerdote se convierta en líder revolucionario y quiera imponer por la fuerza los consejos evangélicos». En esto radica la deliciosa autenticidad de los ocho mensajes que se incluyen en este sugestivo libro, en el que, por supuesto, a través de las grandes encíclicas de nuestro tiempo se estudian, se examinan y se ofrecen muy felices soluciones para los problemas más perentorios que condicionan la vida del hombre actual y, sin embargo, en ninguna de estas páginas se habla con un matiz o sentido esencialmente dogmático. Y recordemos, no obstante, que «en el magisterio solemne, según la constitución *Pastor aeternus*, el Papa habla como pastor y doctor supremo de toda la Iglesia, obrando con plenitud de autoridad y expresando claramente que pretende imponer como revelada una doctrina concerniente a la fe o a las costumbres».

Recordemos, además —sin esta evocación no llegaríamos a comprender el auténtico significado de estas páginas—, que, como muy bien dijo Su Santidad Juan XXIII, «la Iglesia católica enseña y proclama una doctrina de la sociedad y

de la convivencia humana que posee, indudablemente, una solemne eficacia». Hoy más que nunca —ha escrito un pensador de nuestros días— es necesario que esa doctrina social sea no solamente conocida y estudiada, sino, además, llevada a la práctica en la forma y en la medida que las circunstancias de tiempo y de lugar permitan o reclamen. Misión ciertamente ardua, pero excelsa, a cuyo cumplimiento exhortamos no sólo a nuestros hermanos e hijos de todo el mundo, sino también a todos los hombres sensatos.

El lector atento advertirá, resulta obvio el indicarlo, la absoluta y perfecta continuidad doctrinal existentes en las páginas que suscitan el presente comentario. Ciertamente, pensamos, la *Rerum novarum*, la *Quadragesimo anno*, la *Mater et magistra*, la *Pacem in terris*, la *Ecclesiam suam*, la *Populorum progressio* y la constitución *Gaudium et spes* y la carta apostólica *Octogesima adveniens*, son, entre otras muchísimas cosas, exponentes de la profunda sensibilidad con la que, los grandes Pontífices de nuestro tiempo, han tomado conciencia de la realidad del hombre y de la presencia de sus problemas más incisivos. Magistralmente, el profesor René Coste ha señalado que «el fenómeno político es una realidad humana que tiene en sí misma su propia consistencia». Por lo tanto, agrega el autor citado, «el teólogo y el cristiano nunca deben olvidar esto, que es la razón de que ellos puedan y deban abordar tal realidad, al mismo tiempo que los no cristianos, incluso los ateos, los comunistas, por ejemplo, en un esfuerzo máximo de diálogo y de colaboración. Es un problema de hombres para resolverlo como hombres y entre hombres. Y lo es incluso en grado particularmente alto, pues, para llegar a soluciones válidas en lo que concierne a él, por causa de su carácter englobante, que aparecerá progresivamente, es necesario poseer un conocimiento extenso de la condición hu-

mana en todos sus aspectos: en su complejidad, en este presente que es el nuestro, en este mundo en mutación. ¿Acaso la política no es (se trata de una primera aproximación) la organización de la ciudad de los hombres?».

De todas las bellísimas cosas que en torno del gobierno del hombre se nos indican en estas páginas existe una a la que no dudáramos en considerar extraordinaria y ejemplar, a saber: que en el ejercicio de las funciones de la política no es aconsejable la «improvisación». «La realidad pide —y esta afirmación corresponde a las páginas de la encíclica *Pacem in terris*— que los gobernantes, para mantener incólume la ordenación jurídica del Estado en sí misma y en los principios que la inspiran, satisfacer las exigencias fundamentales de la vida social, acomodar las leyes y resolver los nuevos problemas de acuerdo con los hábitos de la vida moderna, tengan, lo primero, una recta idea de la naturaleza, de sus funciones y de los límites de su competencia, y posean, además, sentido de la equidad, integridad moral, agudeza de ingenio y constancia de voluntad en grado bastante para descubrir sin vacilación lo que hay que hacer y para llevarlo a cabo a tiempo y con valentía.»

Pero tal vez, según nuestra humilde consideración, una de las incógnitas que en estas páginas se despeja es la referente a si, en rigor, religión e ideología política son compatibles. En la *Octogesima adveniens* se nos ofrece la respuesta más idónea que podemos imaginarnos: «El cristiano que quiere vivir su fe en una acción política concebida como servicio, no puede adherirse, sin contradecirse a sí mismo, a sistemas ideológicos que se

oponen, radicalmente o en puntos sustanciales, a su fe y a su concepción del hombre. No le es lícito, por tanto, favorecer a la ideología marxista, a su materialismo ateo, a su dialéctica de la violencia y a la manera como ella entiende la libertad individual dentro de la colectividad, negando, al mismo tiempo, toda trascendencia al hombre y a su historia personal y colectiva. Tampoco apoya el cristiano la ideología liberal, que cree exaltar la libertad individual sustrayéndola a toda limitación, estimulándola con la búsqueda exclusiva del interés y del poder, y considerando las solidaridades sociales como consecuencias más o menos automáticas de las iniciativas individuales y no ya como fin y motivo primario del valor de la organización social».

Finalmente, también en la *Octogesima adveniens*, se nos habla del renacimiento de las utopías: «Hoy día se nota mejor la debilidad de las ideologías a través de los sistemas concretos en que tratan de realizarse. Socialismo burocrático, capitalismo tecnocrático, democracia autoritaria, manifiestan la dificultad de resolver el gran problema humano de vivir todos juntos en la justicia y en la igualdad. En efecto, ¿cómo podrían escapar al materialismo, al egoísmo o a las presiones que fatalmente los acompañan?».

En definitiva, y he aquí el excelso valor de estas páginas, el contenido doctrinal de estas encíclicas viene a cristalizar en un bellísimo principio, a saber: *el de la autonomía del poder político*. Los últimos Pontífices reinantes, sin excepción alguna, autolimitan la misión política de la Iglesia. Esto, ciertamente, es lo que ahora más que nunca conviene recordar con todo cuidado.—]. M. N. DE C.

BERNHARD VOGEL y otros: *Wahlen in Deutschland*. Walter de Gruyter. Berlín-Nueva York, 1971; XIII-465 págs.

FREIE DEMOKRATISCHE PARTEI: *Auftrag und Verantwortung der Liberalen*. Liberal-Verlag. Bonn, 1970; 232 págs.

WILLY BRANDT: *Der Wille zum Frieden*. Hoffmann und Campe Verlag. Hamburg, 1972; 382 págs.

«La salud de las democracias de cualquier tipo... depende de una particularidad técnica: el derecho electoral. Lo demás es secundario...» (Ortega y Gasset, en *La rebelión de las masas*); y «cuanto más poder (y responsabilidad) concedamos a los electores..., más seguros estaremos de la existencia y de la resistencia del sistema democrático común...» (Dolf Sternberger, en *La gran reforma electoral*). Estas dos expresiones testimonian la realidad democrática y, al mismo tiempo, preceden la presente obra.

La democracia alemana tiene sus profundas raíces en la historia, aunque aquí se recoja sólo el período de 1848 a 1970, pero incluyendo los «vacíos» correspondientes, sobre todo los representados por el nacionalsocialismo y el actual sistema dictatorial comunista del régimen de Pankov. Desde el punto de vista teórico, histórico y documental. Con eso queda dicho prácticamente, ya que la obra representa un instrumento clave para conocer a fondo el sistema democrático alemán en cuanto a su aspecto de representación y participación del pueblo. Existen numerosas obras sobre la democracia alemana en sus más diversos aspectos, sin embargo, la presente bien pudiéramos considerarla como un manual básico destinado, en primer lugar, al mundo universitario.

En la parte teórica constan toda clase de fundamentos conceptuales respecto al sistema y al derecho electoral en general; la segunda se refiere al aspecto histórico ya señalado; de suma importancia es la parte correspondiente a las estadís-

ticas, que hablan por sí solas, junto con las fuentes, tablas y gráficos.

* * *

La segunda publicación recoge los trabajos del XXI Congreso federal del Partido Liberal Demócrata (=FDP), que se celebró del 22 al 24 de junio de 1970 en Bonn, partido que actualmente forma parte de la coalición gubernamental con el partido socialdemócrata (=SPD), de Willy Brandt. Parece que se identifica por completo con el programa político-interior y político-exterior de los socialistas. Walter Scheel —jefe del PLD— y ministro federal de Asuntos Exteriores, es la figura más simbólica y la más expresivamente práctica de simbiosis liberal-socialista. Ambos partidos son «nacionales y patrióticos» siguiendo, por consiguiente, la trayectoria ya tradicional del liberalismo (y socialismo) occidental. Quiere decir esto que los liberales germano-occidentales renuncian, de antemano, al abuso del nacionalismo y del patriotismo y se dirigen, más bien, por el camino intermedio: el de la tolerancia y comprensión a escala nacional e internacional. La República Federal de Alemania sería, más o menos, el Estado, cuyo sistema se ajusta a las aspiraciones del liberalismo occidental. Los liberales alemanes aceptan el *statu quo* europeo, por tanto, intentan combinar el nacionalismo patriótico con el internacionalismo impuesto no por la ideología marxista-leninista, sino por la presencia de las armas nucleares. Siempre de acuerdo con los intereses vitales

de la República Federal Alemana. En este caso, la *Ostpolitik* de su aliado, Willy Brandt, no constituiría nunca traición, aunque cabría preguntarse hasta qué punto no lo es... Es como ponerse otra pregunta; por ejemplo, si el partido liberal es más socialista que liberal o su aliado es más liberal que socialista. Como antes fue la «Gran Coalición» con los cristiano-demócratas. Entonces, el auténtico patriotismo no se limita a la constante afirmación de las presuntas o reales posiciones de derecho, sino que aprovecha cualquier ocasión para sacar lo mejor posible de una situación o circunstancia dada..., para sí y para su país.

Los liberales alemanes están de acuerdo con la política de los socialdemócratas de Willy Brandt. Es «su política», no pudiendo hacer otra cosa que intentar servir de un instrumento de «equilibrio» entre los dos grandes partidos alemanes —entre los cristianodemócratas y los socialdemócratas—. Puede que esta sea la razón de la estabilidad política de la RFA, ya que los demás partidos —bien minoritarios— apenas cuentan con adeptos, ni los de la extrema derecha ni los de la extrema izquierda.

* * *

Otra vez estamos con Willy Brandt, esta vez, sin embargo, a título de protagonista del Premio Nobel de la Paz. Sería el primer alemán de esta categoría y hay que reconocerlo sin objeciones. En un principio nos encontramos ante unas «perspectivas políticas», acompañadas de numerosos discursos del propio Brandt. Quien pudo tener la ocasión de seguir la carrera política del actual canciller federal, no se le escapará el hecho de que antes de entrar en la escena política propiamente dicha tuvo que pasar, voluntaria o involuntariamente, por una

amarga escuela experimental, en la cual supo aprovechar, consciente o inconscientemente, las lecciones dadas por la propia vida durante los años más complicados del presente siglo para Alemania y para Europa. Sorprenderá su realismo político y profesional en cuanto a la realidad europea, alemana e internacional; ya en el exilio noruego publica un libro, en 1940, sobre los objetivos bélicos de los aliados en relación con la nueva Europa. No es como él se la había imaginado entonces, pero sí, su preocupación giraba en torno a la paz, a la seguridad y al orden en Europa. Se puede decir que Willy Brandt, antes de llegar a la Cancillería alemana, necesitó unos treinta años de preparación política. No era un «mago» al ejemplo de Adenauer, pero sí un hombre que vivía en un mundo descompuesto e intentaba comprenderlo en todos sus aspectos para, luego, contribuir de alguna manera a su reconstrucción y bienestar.

La obra es una colección de escritos, conferencias y discursos de Willy Brandt, editada con motivo de su Premio Nobel de la Paz, concedido en 1971. Asimismo se insertan sus discursos pronunciados en diciembre del mismo año en Oslo y Estocolmo al habersele entregado este premio. En la primera parte constan sus escritos de exilio abogando en favor de una paz duradera en condiciones de un orden democrático; en este sentido, Alemania debería desempeñar el papel que le corresponde por sus tradiciones democráticas incluso en la escena internacional. La «maduración» política de Willy Brandt se forja en Berlín, cuando alcalde del sector occidental —véase la segunda parte—, que es como el punto de partida para su posterior política activa, insertada ya en la tercera parte.

En función de sus ideas políticas, Willy Brandt participa en varias conferencias internacionales socialistas, por ejemplo, en Bruselas, Estocolmo, Zurich, Eastbour-

ne y Helsinki, actividad que forma parte del capítulo cuarto; a continuación, ya en la parte quinta, la presente colección versa sobre cómo Brandt conseguiría ir afianzándose a través de los respectivos Congresos del partido socialdemócrata que tuvieron lugar en Hannover, Dortmund, Nürenberg y Bonn.

Aparte de la defensa de la paz y del orden democrático clásico, Willy Brandt destaca por su europeísmo, al menos hasta la actualidad. Por tanto, es un gran protagonista de una Europa unida

económica y políticamente. Su famosa *Ostpolitik* no sería sino una especie de puente entre el Este y el Oeste, pero siempre en favor de la alianza atlántica. Entonces, las ideas socialistas del canciller germano-federal serían incompatibles con la ideología marxista-leninista de los soviéticos. De un modo especial le interesa la contribución activa de los alemanes a la consolidación de la paz europea e internacional junto con las condiciones favorables de desarrollo para todos los pueblos.—S. GLEJURA.

ANDRÉE JALLON: *Le fédéralisme*. P. U. F. París, 1971; 96 págs.

Poco se puede decir en torno al presente estudio sobre el federalismo, que forma parte de la colección «Thémis», dirigida por Maurice Duverger. El problema del federalismo es mucho más amplio y mucho más importante como para reducirlo a una exposición tan breve y superficial que al interesado no ofrece ningún punto sólido de apoyo, aun menos pretendiendo documentarlo con fuentes ciertamente internacionales, pero que, en realidad, no son sino una especie de superpositivismo, aquél que no resuelve ni aclara nada, por el contrario, lo complica y confunde todo. Será por ser Francia la madre del «Estado nacional» y, por tanto, no conviene complicar las cosas dentro de su propio territorio; aunque en su país vecino, en Suiza, logran los padres de la *Confederatio Helvetica* un sistema que serviría no solamente en el pasado, sino también en el futuro, como ejemplo *sui generis*, para muchos países con el fin de resolver problemas de convivencia entre nacionalidades, grupos étnicos, religiosos o regionales. Aunque se trate de una organización puramente administrativa. La autora del presente trabajo apenas se ha enterado del último modelo de federalismo en Europa, que es el de Checoslova-

quia, existente desde el 1 de enero de 1959, y aprobado en forma de una ley constitucional el 27 de octubre de 1968.

El federalismo, como una de las formas políticas de organización del Estado, no se puede reducir a unas consideraciones vagas, generales y ambiguas, puesto que su función, positiva o negativa, no depende, tan sólo, de la teoría. Entran en consideración factores de carácter jurídico-internacional y jurídico-interno. La práctica es el factor decisivo. Quizá lo más importante del presente estudio es la parte documental, ya que brinda al interesado un campo bastante amplio para desenvolverse por sí mismo en este terreno.

Sólo a título de orientación indicamos la estructura del mismo: 1. Los órganos federales responsables de las relaciones internacionales; federalismo y las instituciones correspondientes en relación con los sistemas socio-económicos y regímenes políticos. 2. Federalismo y colaboración entre los jefes de Estado y la «segunda Cámara»; el alcance político de la intervención de la Cámara de Estados (= Nacionalidades) y las modalidades de la intervención de los Estados (= miembros). 3. Federalismo e interpretación centralizadora del juez. 4. Docu-

mentos... 5. Las relaciones internacionales autónomas de los Estados federados. 6. Las posiciones del Derecho constitucional y del Derecho internacional; el DI reconoce la capacidad contractual del Estado federado; el DI rechaza la responsabilidad del mismo. 7. El *ius contrahendi* del Estado federado, reconocido por el DI y reglamentado únicamente por el Derecho constitucional. 8. La necesaria clasificación conceptual de Derecho internacional. 9. La imposibilidad de poner en duda la responsabilidad de los Estados federados, puesto que el Estado federado puede causar un daño internacional. 10. Tal daño es imputado al Estado federal. 11. Documentos...

Según parece, la colección «Thémis», dirigida por Duverger, pretende ofrecer algo más que informaciones publicadas en los periódicos, teniendo, especialmente, en cuenta, cuestiones de carácter social, económico, jurídico, político o internacional. Desconcierta un tanto esta afir-

mación o pretensión, ya que la presente publicación no llega ni siquiera a ese nivel, y lo lamentamos. Hoy día no es suficiente conocer someramente un problema u otro, sino que es imprescindible interpretarlo, inmediatamente. El estudio de Jallon no es científico. Hoy día ya no es posible que el renombre de Maurice Duverger en el campo de ciencias políticas implique, automáticamente, la aceptación de los trabajos que salen al público bajo su dirección sólo por ser Maurice Duverger el director o supervisor de los mismos. Trabajos superficiales no satisfacen a un lector, estudioso o interesado, ni siquiera a un periodista principiante. Todo indica que a Duverger y a sus colaboradores de la colección «Thémis» no les interesa el fondo de un problema u otro, planteado, por cierto, por ellos mismos, como es, también el caso del federalismo. Superficialidades: —no interesan...—S. GLEJDURA.

SOCIOLOGIA

L. A. COSTA PINTO: *Estructura de clases y cambio social*. Ed. Paidós. Biblioteca de Psicología Social y Sociología. Buenos Aires, 1971: 129 págs.

L. A. Costa Pinto, catedrático de la Universidad Nacional de Brasil en las Facultades de Ciencias Económicas y en la de Filosofía, es un investigador de campo que ha estudiado entre otros temas la familia, las profesiones comerciales, los negros. Asimismo, se ha preocupado por la Sociología en su conjunto. Durante cuatro años tuvo a su cargo la dirección del programa científico del Centro Latinoamericano de Investigaciones Sociales.

En su obra, *Estructura de clases y cambio social*, reúne y elabora estudios realizados y parcialmente divulgados en diferentes oportunidades, y pretende, exactamente, ser una contribución pre-

liminar al estudio del problema de las clases sociales, en el nivel de su discusión técnica y en el de su aplicación concreta a la sociedad brasileña y a las sociedades latinoamericanas.

En lo que concierne a las contribuciones que el estudio de esos problemas en Hispanoamérica puede aportar a la teoría sociológica de las clases sociales, ya no parecen existir dudas de que los fenómenos de estratificación social en esta parte del mundo presentan nítidas peculiaridades, y no se limitan a reproducir procesos ya ocurridos en otro tiempo y lugar.

«Con el estudio científico de la aparición de las clases medias, del compor-

tamiento político de las clases populares, de la formación histórica del proletariado rural, y de tantos otros problemas de las clases sociales en Hispanoamérica, no sólo conoceremos mejor la estructura y los cambios de estructura de las sociedades nacionales en que vivimos, sino que también daremos una genuina contribución al avance científico de la sociología», son palabras del profesor Costa Pinto en la introducción a su libro.

En el primer capítulo se discute el concepto de clase social, haciendo una revisión crítica de diversas definiciones ya propuestas, para llegar a un concepto sociológico de clase social, partiendo de unas nociones básicas sobre la vida humana asociativa.

En primer lugar trata, el autor, de indicar lo que no es clase social, basándose en algunos de los errores que aparecen con más frecuencia en la bibliografía que existe sobre el tema; y, oponiéndose a dichos errores, afirma, que «el concepto sociológico de clase social debe atenerse fundamentalmente a considerar la clase como un conjunto de relaciones sociales (no voluntarias, ni siempre conscientes) que definen una situación objetiva dentro de la sociedad; dichas relaciones sociales son variables, de acuerdo con la organización social de la producción y del mercado».

En el segundo capítulo, dedicado al «desarrollo y movilidad social», destaca las motivaciones doctrinarias de los estudios sobre el tema, y señala algunas opiniones sobre las características peculiares que presenta este fenómeno en países que están en rápido y reciente proceso de desarrollo, como es el caso de las sociedades nacionales hispanoamericanas.

Así, por ejemplo, señala una serie de ocupaciones que están «apareciendo» y otras que están «desapareciendo» en el mercado del trabajo; la creciente solicitud de mano de obra femenina para ac-

tividades remuneradas, fuera del ámbito doméstico; la multiplicación de empleos y funciones de oficina y de tipo burocrático como consecuencia del desarrollo económico (industrialización), el cambio experimentado en el sistema educativo, que pretende ser un medio de «reclutamiento» de nuevos grupos para nuevas posiciones sociales, etc.

En el capítulo tercero hace un análisis, no muy profundo, de la estratificación social en el Brasil, destacando especialmente el patrón tradicional de estratificación: los factores de disgregación de lo arcaico y de iniciación del nuevo patrón (la abolición de la esclavitud, la aparición de la república, la crisis agraria, la industrialización y el proceso de urbanización); y las consecuencias de los cambios recientes que esta sociedad viene experimentando (crecimiento demográfico, mano de obra industrial, distribución espacial y concentración urbana, burocratización, inflación y secularización).

Estudia, en el cuarto capítulo, la estructura de clases de la sociedad rural brasileña, «cuya situación, desde hace mucho tiempo, se convirtió en problema», y señala los factores sociales de su arcaísmo y la imperante necesidad de su renovación.

El propio autor señala que el presente capítulo no pretende ser más que un intento de comprensión de los problemas que tiene planteados la sociedad rural en el Brasil.

Finalmente, en el quinto capítulo, presenta una amplia información sobre el plan de trabajo de investigación sociológica sobre problemas de estratificación y movilidad social en la Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, en colaboración con instituciones de estos países, en la que analiza lo histórico, los objetivos, las hipótesis y los métodos de trabajo de este proyecto y cómo se desarrolló hasta 1961.

«... Los resultados de estos estudios

nós permitirán comprender mejor los aspectos más importantes de la situación cotidiana y concreta, en que viven las

poblaciones hispanoamericanas en esta segunda mitad del siglo XX».—MARÍA JOSÉ SERRANO CALDERÓN DE AYALA.

H. GERTH y C. WRIGHT MILLS: *Carácter y estructura social*. Ed. Paidós. Biblioteca de Psicología Social y Sociología. Buenos Aires, 1971; 441 págs.

Si no fuese por nuestro arraigado personalismo filosófico y psicológico-social, nos parecería un tanto paradójico el título, aparentemente contrastante, de *Carácter*—subjetivo y personal— y *estructura social*—objetividad institucional permanente—. Pero cualesquiera que sean las instituciones sociales que la socialización de nuestros días proyecte al hombre, en definitiva es éste, la persona humana el elemento primario e indispensable de su configuración y en torno al cual han de girar aquéllas.

Por eso el libro que presentamos es una exposición sistemática de las instituciones políticas, económicas, militares, religiosas y familiares, y sus transformaciones históricas, relacionadas con el carácter y la personalidad, con la vida privada y pública de los hombres que componen y viven en la sociedad. Y esto bajo el punto de vista de la naturaleza psicológica de la interacción social y de la naturaleza psicológica de las principales instituciones sociales. Es una psicología de las instituciones sociales orientada históricamente. Y es también una psicología de la conducta de los hombres, no sólo en grupos pequeños, sino formando parte de la estructura institucional social con toda su complejidad y su significado histórico. Es una consideración ecléctica y armónica de psicología y sociología que trata de la formación del carácter y de la personalidad en el contexto de la estructura social. Ni admitiendo que la conducta humana toda deba expresarse en términos de la organización de las instituciones sociales negando las diferencias naturales individua-

les, ni exagerando individualidad del hombre «aislado» (que no existe) hasta las cada día mayores influencias sociales que configura la personalidad.

Cuando la sociedad está sufriendo una transformación profunda y los hombres son puntales del cambio histórico, desafían las explicaciones de la conducta dadas por otros. En nuestra situación histórica—dicen los autores— la híbrida «psicología social» ha recurrido a aquellos que están más ansiosos por comprender las estructuras sociales y cómo éstos han modelado el carácter de los hombres. Tanto el sociólogo estructural como el psicólogo de la profundidad nos ayudan a situar al hombre moderno—y a nosotros mismos— como actores históricos. La tarea teórica del moderno psicólogo está establecida por estas dos perspectivas—la del carácter y la de la estructura social— y por el deseo de ver al hombre como un actor histórico. Se trata de una investigación contribuyendo a una de estas dos concepciones y, en orden creciente, a la vinculación de ellas en un modelo operacional del hombre y la sociedad. Esto da lugar a dos tipos de explicaciones psicológico-sociales: por una parte, el intento de reducir las regularidades sociales a constantes universales, enraizadas en el hombre como tal; de otra parte, el intento de relacionar la conducta y la naturaleza del hombre con las funciones sociales que desempeña.

Una conjugación armónica, sin exclusivismos unilaterales de ambos tipos suministran a la psicología social su campo de tratamiento. Porque los rasgos estructurales e históricos de la sociedad mo-

derna deben relacionarse con los rasgos más íntimos de la persona humana. El libro de H. Gerth y W. Mills intenta ofrecer algunas vías de acceso a los problemas centrales de la psicología social; pensar realmente acerca de problemas concretos de estructura social y personalidad, con un conjunto de perspectivas surgidas de las diversas ciencias sociales.

A estos efectos el libro está ordenado en cuatro partes: la primera es una introducción general y exposición preliminar de los principales componentes de los modelos operativos de carácter y estructura social (el modelo biológico y sociológico; carácter y estructura social). En la segunda parte, los autores analizan la concepción de estructura de carácter y sus elementos fijándose en cada uno de éstos y sus relaciones, especialmente los problemas de motivación y desarrollo de la estructura del carácter como un todo. Comprende esta parte: el análisis de organismo y estructura psíquica, la persona, sociología de la motivación. En la tercera parte Hans Gerth y

Wright Mills estudian la estructura social, empezando por los mecanismos generales por los cuales se relacionan las personas y las instituciones, para estudiar después las instituciones en las áreas política, económica, militar, religiosa, familiar y educacional de la sociedad... Y, por último, en la parte cuarta estudian los autores el cambio social y explican cómo su idea de estructura social les lleva a construir un modelo de cambio social, situando, dentro de este modelo, fuerzas dinámicas como el liderazgo y las diversas formas de conducta colectiva (muchedumbres, públicos, movimientos y partidos).

Terminan el libro con unas consideraciones generales de las tendencias mundiales (como la coordinación de los órdenes político, económico y militar, burocracia, decadencia del liberalismo, etc.) que parecen actualmente de muchísima importancia en la modelación de los tipos de carácter que prevalecen en las estructuras sociales modernas. — EMILIO SERRANO VILLAFANE.

ROBERT L. HEIBRONER: *Entre capitalismo y socialismo*. Alianza Editorial. Colección «El Libro de Bolsillo». Madrid, 1972.

En primer lugar, hay que hacer una breve exposición que valga como introducción a la materia y nos ponga en disposición de familiarizarnos con el tema: Robert L. Heibroner ha logrado, gracias a una prosa diáfana y precisa, un raro dominio de la teoría e historia económicas y una formación lingüística que le pone a salvo de los peligros del especulismo, materia aburrida, crítica y no relacionada con los grandes problemas de nuestro tiempo.

Los ensayos realizados y reunidos bajo el título *Entre el capitalismo y el socialismo*, tienen como tema central la siguiente interrogante: ¿En qué fase histórica se encuentra actualmente la hu-

manidad? La primera de las tres partes en que se divide el volumen, titulada «Del capitalismo al socialismo», escrita desde una perspectiva histórica, está destinada a subrayar la fuerza homogeneizadora de la tecnología y exponer los cambios que se están produciendo en Oriente y Occidente. La segunda sección, «Economía política», cuyo enfoque es fundamentalmente metodológico, se ocupa de temas estrictamente relacionados con la capacidad de la ciencia económica para enfrentarse satisfactoriamente con el mundo presente.

Y, por último, la sección denominada «Alternativas futuras», es de orientación crítica, examinando una serie de inter-

pretaciones (entre otras, las de A. A. Berle y J. K. Galbraith) acerca de las perspectivas del capitalismo en los Estados Unidos.

La conclusión del libro es que la economía no debe limitarse a servir de «caja de herramientas» para reparar el mecanismo social, sino que ha de esforzarse por esclarecer el problema del cambio histórico en gran escala.

Este libro contiene artículos, ensayos y críticas escritos a lo largo de casi una década, en ocasiones diversas y para variadas publicaciones y auditorios. Como ocurre en todas las recopilaciones, algunas cosas aparecen dichas más de una vez, y unas partes son considerablemente diferentes de otras en claridad y composición.

El problema central que aluden estos ensayos, como indica el título del libro, trata de ver en qué fase histórica nos encontramos.

El presente volumen incluye una serie de nuevos intentos para arrojar luz sobre ese problema; algunos de ellos están al borde del periodismo, otros son bastante técnicos, otros de carácter general y, finalmente, otros se refieren más en concreto a los análisis y deficiencias de la economía: economía convencional, economía marxista y economía política.

Lo más elemental e importante para el autor, y que a través del texto intenta descubrir, sobre todo, al lector que en sus primeras veces se enfrente con los problemas políticos, es la auténtica búsqueda de una auténtica economía política, esto es: de una teoría de la evolución social en la que la dinámica esté sistemáticamente relacionada con los cambios sociales y políticos y, al mismo tiempo, unida en el proceso económico.

Estos ensayos, al insistir sistemáticamente sobre la conexión entre los procesos económicos y no económicos, representan sólo un pequeño esfuerzo del au-

tor para señalar algunos límites. A lo sumo estos artículos constituyen una serie de problemas que deben ser presentados bajo una contextura de economía política. En el primer apartado, referente a «Del capitalismo al socialismo» (retórica y realidad en la lucha entre la libre Empresa y el Estado), se hace una diferencia esencial de opinión entre el pensamiento liberal y especialmente como expresión social el de las ideas, y en el otro lado, desde un ángulo marxista, como una manifestación de la lucha de clases en lo que se refiere a los negocios y sus relaciones con el Estado.

Para el propósito a analizar es suficiente examinar el impacto que la introducción acumulativa de la ciencia y de la tecnología ha tenido sobre el mecanismo capitalista, especialmente sobre el desempeñado en ese mecanismo.

En el último capítulo de esta primera parte el autor hace referencia a unas reflexiones sobre el futuro del socialismo. En primer lugar analiza la diferencia entre un sistema capitalista o socialista y comienza su análisis: el pensamiento socialista persigue, ante todo, instaurar un orden social completamente distinto de los que existen hasta el momento. Por eso la utilización de la planificación o del mecanismo de mercado obedece a propósitos totalmente distintos en los dos sistemas. El capitalismo utiliza la planificación para apoyar y servir al sistema social en el que la prosperidad de la clase proveedora del capital es el objetivo principal de su política económica. El socialismo no sólo niega la legitimidad de este concepto fundamental, sino que pretende crear a través de la planificación y el mercado una sociedad igualitaria en la que ninguna clase pueda obtener la posición estratégica que confiere la propiedad de los bienes de producción. Además, lejos de ignorar los efectos del progreso económico sobre las clases y las motivaciones, como hace el capitalismo,

el socialismo pretende crear a través del progreso un tipo totalmente nuevo de sociedad, liberada de la lucha envidiosa y que repose sobre la cooperación y la confraternidad.

En la segunda e importante división del libro vamos a tratar de dar una visión global de lo que constituye esta parte bajo un título tan sugestivo como es el general de «economía». Los temas que se desarrollan en los capítulos siguientes tienen una gran importancia para la comprensión del libro en general, trata el autor sobre la importancia mundial de las teorías económicas marxistas y su influencia en la transformación de la economía y, al mismo tiempo, lograr una insistencia con las teorías neoclásicas y siguiendo con este tema un extenso análisis sobre un libro de un escritor belga que desmenuza las teorías marxistas para llegar a conclusiones más amplias.

Que según la opinión del autor los efectos principales de esta nueva fuerza han sido los siguientes:

1. La creación de procesos o productos peligrosos para la sociedad.
2. El desajuste de las relaciones sociales.
3. El ímpetu hacia el crecimiento de la organización.
4. Amenazas a la estabilidad económica.

En el capítulo «El ojo de la aguja» habla sobre el problema de nuestros sentimientos ambivalentes sobre la riqueza, la mezcla de envidia y desprecio, de admiración e ignorancia que rodea a los vicios.

«La inocencia en el extranjero», este capítulo es un pequeño estudio sobre las formas y encauzamientos de las ayudas a los países subdesarrollados y el paternalismo que se desprende de la actuación de las naciones poderosas hacia esos países sin un índice verdaderamente claro de la situación.

Puede que resulte muy poco convencional la separación y explicación de cada capítulo por separado sin hacer un análisis global, pero la idea del libro será más clara de esta forma.

En la resolución antiamericana se estudia el gran dualismo existente entre los países subdesarrollados y sus oponentes que nadan en la opulencia (por lo menos globalmente). Y es que vemos en casi todos los rincones del mundo subdesarrollado una resistencia hacia un estancamiento cada vez mayor prácticamente imposible de remediar.

Lo que nosotros llamamos «desarrollo» económico es, en realidad, poco más que el haber podido construir diques capaces de contener la marea de la población creciente, cuando de lo que se trata realmente es de transformar la vida humana, dándole una nueva calidad.

Realmente, la menopausia en la que se encuentran las naciones subdesarrolladas es alarmante, por eso y principalmente es un campo abonado para cualquier revolución, y de aquí radica el éxito de los países de este tipo en cualquier área subdesarrollada.

A continuación analiza Robert L. Heibroner la determinación del orden socio-económico y la influencia industrial del tecnicismo sobre la economía, más o menos, en un ambiente de orientación histórica.

Con una pregunta interesantísima el autor Adolph Lowe nos coadyuva a interesarnos por las consecuencias económicas en cuanto a la posibilidad de una teoría económica y sus limitaciones.

Y, por último, intenta dar una misión de predicción en la economía que hasta cierto punto es válida y, sobre todo, en cuanto se refiere a sus consecuencias políticas. Y para finalizar el último apartado de este libro con una perspectiva del futuro que el autor da como soluciones. Es curioso la referencia del autor a determinados autores que, aun con

sus grandes fallos, son los que han dado más o menos en la diana respecto a las posibilidades futuras y, al mismo tiempo, contrarias en sus perspectivas.

En primer lugar, el autor cita a Adolph A. Berle, autor de varios interesantes libros que le conducen a un capitalismo transcendental y evolutivo.

En el segundo capítulo del apartado se refiere a Jhon Kenneth Galbraith, que abarca todo el capítulo dedicado al Estado industrial.

En el capítulo dedicado a una América marxista cita a dos autores, Paul Bana y Paul Sweezy, que, aparte de ser los pioneros de una izquierda americana, son muchas las dificultades que encierra la transmisión de sus ideas en un país tan contrario a estas tendencias como los Estados Unidos.

Y, por último, en cuanto a lo que se refiere a esta gama de autores cita a otro autor americano que hará sus conceptos

económicos en la estructura del poder, este autor es C. William Domhoff.

Para finalizar el libro, dos interesantes capítulos sobre la futurología y sus consecuencias, ya que hoy día tiene una importancia casi primordial y las investigaciones que se hacen al respecto junto con el gran problema que representa para el mundo la falta de alimentos y la existencia de tal cantidad de detritus, en una palabra, el estudio de la ecología.

Como resumen final, y en pocas palabras, podemos decir que el libro es interesante por los datos que nos da el autor y sus ideas tendentes hacia un marco de socialización de la economía, pero que subjetivamente opinamos es difícil la adaptación de esas ideas en un país tan industrializado como los Estados Unidos, pero digamos también que el libro queda como escuela de lo que debe ser un estudio serio de la economía política.—JOSÉ MARÍA AGUILAR LORENZO.

JUAN MARÍA LUMBRERAS MEABE: *La lucha por la extensión y la libertad de enseñanza*. Sindicato Nacional de Enseñanza, Madrid, 1972. 238 págs.

Aun cuando la lucha por la difusión y libertad de enseñanza ha sido larga, el libro que presentamos —lo advierte su autor— no es una historia minuciosa y exhaustiva de este intento, que tanta polémica y pasión levantó siempre, ni tampoco un punto final que pretenda dar por terminado, con lo alcanzado, este tan importante problema. Se fija Lumbreras Meabe en los últimos tiempos, en lo conseguido hasta ahora, y referido principalmente a España, si bien hace algunas comparaciones con otros países, en donde tan actual está siendo el «problema fundamental» y los «problemas concretos» de la enseñanza no estatal.

El autor, dedicado mucho tiempo a la enseñanza, es un buen conocedor de estos temas, a los que ha prestado atención antes de ahora en artículos y tra-

bajos, muchos de los cuales son recogidos en el libro.

La Comisión Episcopal de Enseñanza, la Federación Española de Religiosos de Enseñanza (F. E. R. E.) y el Sindicato Nacional de Enseñanza, vienen haciendo constantemente declaraciones, estudios, publicaciones y presentando informes a los que se da siempre publicidad, que ponen de manifiesto los aspectos variados del problema de la enseñanza no estatal y de los problemas concretos en España, y nos brindan valiosas aportaciones a su resolución.

Divide el P. Lumbreras el libro en tres partes perfectamente delimitadas: Un estudio del «problema fundamental» en el que analiza los derechos de los padres de familia y del Estado según la doctrina del Concilio Vaticano II; el

hecho de la democratización y socialización de la enseñanza, y la relación entre la enseñanza y el desarrollo, entre el consumo y la inversión, afirmando que «ninguna inversión es más rentable para la nación que la realizada en la enseñanza». En unos cuadros estadísticos y comparativos presenta la subvención que algunos países europeos (Francia, Bélgica, Holanda, Alemania Federal) presta a la enseñanza no estatal y los tantos por ciento del presupuesto nacional, de la renta nacional y de los gastos públicos de Educación por habitante al año asignado a estas atenciones en Hispanoamérica y Europa, poniendo de manifiesto el contraste con «los presupuestos tan exigüos» que hasta ahora se han dedicado en España al Ministerio de Educación y Ciencia, en cuyo gravísimo «fallo» encuentra el autor «dónde está la raíz de los males».

La segunda parte del libro está dedicada a los «problemas concretos» de la enseñanza no estatal en España, empezando por subrayar la importancia cuantitativa de la enseñanza no estatal en nuestro país, a fin de «conocer más exactamente su labor entre nosotros y revi-

sar, a la fría luz de los números algunos dichos que se repiten con valor de hechos comprobados». Se fija únicamente L. M. en aquellas enseñanzas regladas que ocupan normalmente todo el día de los alumnos: primaria, bachillerato profesional y superior universitario y técnica. Afirma el autor que el ahorro de la enseñanza no estatal al presupuesto de Educación asciende a 18 millones de pesetas.

Una tercera parte, «Mirando al futuro», completa el libro que presentamos, en el que no sólo se recogen problemas y preocupaciones, sino que se proponen soluciones para el futuro. En esta última parte del libro, el autor selecciona algunos documentos colectivos que revelan cómo los representantes de la enseñanza no estatal han defendido continuamente la gratuidad de la enseñanza mediante las subvenciones públicas, «a fin de lograr la integración de las clases sociales y de salvar la libertad efectiva de los padres de familia».

Una escogida y bien seleccionada bibliografía actual sobre los problemas tratados cierra este libro del P. Lumberras.—E. S. V.

ANTONIO MASSIMO CALDERAZZI: *La revolución negra en los Estados Unidos*. Editorial Bruguera. S. A. Barcelona, 1972; 331 págs.

Podemos calificar de revolución al gravísimo problema social que las relaciones entre blancos y negros han suscitado en Norteamérica desde hace varias décadas? He aquí, a nuestra forma de ver, la gran incógnita que en estas páginas se trata de despejar. Desde las primeras líneas el autor aborda el problema y, consecuentemente, se apresura a exponer su peculiar concepción. Así, por ejemplo, para Massimo Calderazzi la cuestión negra, aunque los negros tuviesen la piel blanca, sería gravísima: porque es un problema de clases más que

de razas. Las antinomias de raza cuentan, pero en menor grado de lo que se cree. Los negros son los ilotas de América: un enorme subproletariado para el que, según las reglas del sistema, sólo conseguiría un progreso sustancial después de que todas las clases que están por encima de ellos consiguiesen un progreso proporcionado, o sea, más importante. En otras palabras —entiende el autor—, sólo un impetuoso avance de la economía americana, con el enriquecimiento de todos, hasta el último de los taxistas y mozos de cuerda, mejoraría la

condición del negro. Pero esto no se prevé, y hoy América no está en disposición, dados los acontecimientos políticos, de dar a los negros más de lo que les da, o sea, el *ghetto* infestado de ratas de alcantarilla.

¿Qué esperanzas le quedan, en realidad, al negro? El autor de estas páginas no se nos muestra optimista dado que, entre otras muchas cosas, afirma que la alternativa de la integración no existe. La única integración posible para los negros es la de las conquistas políticas realizadas en dura oposición al sistema. No la conquista del poder, sino la lucha frontal para que Estados Unidos experimenten, al menos, las dislocaciones que las otras sociedades occidentales han experimentado por la acción del socialismo y del comunismo. La historia ha querido que la vanguardia de la futura izquierda americana sea el movimiento negro.

El problema esencial del pueblo negro lo constituye, quíerese o no, la atroz miseria que padece, a saber: los pormenores de la miseria negra son harto notorios, pero lo que no es ya tan notorio es que se tornan más impresionantes con el pasar de los meses. En los *slums*, un negro de cada tres gana menos de lo necesario para la mera subsistencia. En el año 1966, 14.000 niños, predominantemente negros, fueron muertos o mutilados por las ratas. El desempleo entre los negros jóvenes alcanza el 35 por 100 (Filadelfia). El índice de subempleo grave, que incluye a los desocupados, es del 33,1 por 100 en Harlem, del 34,2 por 100 en Bedford-Stuyvesant (las revueltas negras en estos distritos neoyorquinos abrieron en 1964 el proceso que en julio de 1967 desembocaría en los acontecimientos de Newark y Detroit), del 45,3 por 100 en New Orleans, del 47,4 por 100 en San Antonio (Texas). En los *ghettos* urbanos la renta *per cápita* en los años 60, antes de ininterrumpida expansión, ha disminuido.

En definitiva, primera y trascendental conclusión a la que llega el autor de este libro, condiciones de hambre real y verdadera, hambre en el sentido técnico y médico, han sido comprobadas más allá de toda duda entre los negros —sobre todo, entre los niños— de numerosas zonas del Mississippi. Las condiciones en que los emigrantes van a vivir son de tal modo horribles que sólo las palabras *ghetto* y *slum* pueden describirlas. La segunda conclusión que Massimo Calderazzi expone es la siguiente: No la raza, sino más bien la clase o la casta es la razón de fondo. El problema negro, como problema social, es el problema de una subclase que debe hallar los caminos políticos para su lucha, clasista, contra las clases que detentan el poder económico, o sea, político. La protesta racial fue, en los años pasados, el único medio, hasta entonces, de expresar la protesta social, pero sólo constituyó un preludio, una marcha de acercamiento y no el encuentro efectivo en el campo de batalla. Un hecho mucho más importante por lo que preparaba que por lo que en sí era.

Considera el autor, además, que no han existido, salvo muy cualificadas excepciones, auténticos líderes políticos que se hayan ocupado con todo detenimiento de la defensa del pueblo negro. Una de esas posibles excepciones, en opinión del autor de este libro, no la constituye, no obstante todo lo que al respecto se ha escrito, el presidente Lincoln: «Es inexacto ver a Lincoln como el apóstol y mártir del rescate de los negros. Los dirigentes del movimiento abolicionista americano en seguida intuyeron los límites del antiesclavismo de Lincoln. Desde el momento de su aparición en la escena política nacional hasta el de su trágica muerte, Lincoln suscitó en los hombres consagrados a la causa abolicionista esperanzas contrastadísimas, profundos desalientos y hasta duros rencores que se

guían a las esperanzas desilusionadas». Por otra parte, igualmente lo subraya el autor, «la nula eficacia del antiesclavismo de Lincoln fue interpretada por bastantes abolicionistas, un poco por espíritu polémico y otro tanto por puto y simple error, como resultado de la pobreza de ideas y de la incertidumbre».

Independientemente del análisis de los principales acontecimientos históricos el autor vuelca toda su atención en torno de la problemática que la población negra tiene planteada en la actualidad. La discriminación contra los negros, escribe, como vecinos de viviendas social y económicamente inferiores es parte integrante de la costumbre: un argumento eficaz, de una eficacia casi infalible en América, es que el permitirse vivir a los negros en casas blancas acaba por acarrear un injusto perjuicio a los blancos: la devaluación de las propiedades inmobiliarias. Lo que, si es verdad, no debe quedar entendido a medias. Es cierto que los residentes de un barrio pequeño-burgués, por ejemplo, no quieren un residente negro, aunque asimismo sea un pequeño-burgués. Y es cierto que no lo quieren porque es de raza negra.

El negro, destaca el autor de estas páginas, siempre pierde ante el blanco: los triunfos que los negros han alcanzado en el plano de la competencia con los blancos no son muchos, bien porque una parte de las metas —como límite, la presidencia de Estados Unidos— les son vedadas. Por lo tanto, antes de 1967 no existía ningún político negro que, a nivel nacional, hubiera desarrollado una actividad que no estuviera en conexión exclusiva con el problema negro. Sólo cuando en 1967 Martin Luther King, Premio Nobel, tomó posición contra la gue-

rra de Johnson en el Vietnam, quizá dando a su postura ciertas particulares motivaciones negras, se puede decir que un negro surge como líder americano y no como un líder de los negros; tanto es así que se llegó a hablar de una posible candidatura de M. L. King a la presidencia de Estados Unidos: una candidatura de protesta o de disturbios, ciertamente, pero de fuerte significación política.

Según la concepción del autor de estas páginas es obvio que la acción política exclusivamente negra es inverosímil. La «revolución» de tipo tradicional, o sea, la conquista del poder en Estados Unidos, es imposible; entre otras cosas se necesitarían las grandes masas blancas. Queda la guerrilla, la cual no es ni mucho menos una meta en sí misma, pero sería un desarrollo muy importante por no provocar disturbios y repercusiones que no es indispensable planificar anticipadamente. Sin embargo, la guerrilla —de la que muchos ahora se pronuncian partidarios, tras haber tenido durante largos años puestas sus esperanzas en la integración que creían posible— es más que nada una imagen sugestiva.

En definitiva, piensa Massimo Caldezzani, el movimiento negro, por tanto, es una fase de transición: se prepara para la acción política, precedida o no de la violencia y la guerrilla. Queda ahora hablar de los hombres. ¿Quién guiará el movimiento negro? Hoy el frente negro no está unido y, por ello, existen tantos cabecillas como sectores tiene el movimiento.

Sólo una América transformada en su estructura por un giro a la izquierda podrá integrar en sí a los negros; y el giro a la izquierda será imposible sin la aportación de los negros.—J. M. N. DE C.

PENSAMIENTO POLITICO

GIORGIO NARDONE: *El pensiero di Gramsci*. De Donatè Editore. Bari, 1971; 550 páginas.

El pensamiento de Gramsci es bastante conocido, sin embargo, su obra vuelve a ser, una y otra vez, objeto de nuevos estudios, como si se dijera, por algo será. Es frecuente que, durante su vida, el propio autor no es capaz de autodefinirse, por tanto, tienen que examinar su obra las generaciones posteriores con el fin de «acertar» lo que, en realidad, «quería decir». Es, además, lógico. En un momento dado, un pensador, un publicista, un dramaturgo, etc..., está cargado de un dinamismo subconsciente, y como tal, lo pone sobre el papel. Luego ni siquiera se acuerda. A veces, de estos casos salen las mejores obras. En el caso de Gramsci todas las corrientes intelectuales, dialécticas y antidialécticas, corrientes y menos corrientes, intentan sacar, sobre todo en el ámbito del pensamiento contemporáneo, lo «mejor» para sus propios fines. No cabe duda, Gramsci se presta a todo. A la «temporalidad, a la certeza y a la libertad». Un tanto confuso todo eso. Podríamos decir que precisamente por esta razón, Gramsci pertenece a todos y a la vez a nadie; es, en todo caso, un pensador, diríamos *sui generis*...

Gramsci es, a la vez, ético y práctico; quizá por esta razón tantas dudas en torno a su obra. Lo que pasa es que, positiva o negativamente, al menos en este caso, Gramsci es presentado como un sujeto que intenta abordar cualquier clase de problemas objetivamente. Claro está, hasta podríamos afirmar que *Gramsci coincide en lo teórico-práctico con la teoría leninista de la acción*... No, no cabe ni la menor duda, Gramsci es, simultáneamente, positivo y negativo. Por esta razón, todos reivindican el de-

recho exclusivo a interpretar a Gramsci a su manera, por supuesto, «lo más objetivamente posible»... Cada uno a su manera..., queremos decir, por si fuera poco. Muchos observadores no se dan cuenta que Gramsci incurre en el terreno literario tan sólo por evasión, ocasionalmente. Claro está, las «modernísimas técnicas de detectar el pensamiento» de una persona valen más que la dignidad de esa persona, o de cualquier otra, a pesar de que tales técnicas estén a disposición de individuos que han escogido «su profesión» no por vocación, sino por otras razones. Gramsci critica —positiva o negativamente—, pero critica. Ese es el valor que habría de adjudicársele a su obra. Los «expertos» no lo comprenderán nunca. La verdad no interesa; sencillamente, porque hay que estar a la altura para comprenderla, si no fuera así, toda la *existencia humana* se reduciría al capricho de unos cuantos. En efecto, Gramsci sigue siendo «sospechoso», y lo más interesante es que nadie sabe por qué. Ya es algo, de ahí su personalidad contradictoria... Gramsci presta una atención bien delimitada a la persona humana. Como si se tratase de una síntesis, pero siempre proyectando..., entonces, hay algo positivo en su pensamiento. Es interesante, dice el autor del presente libro, que hay dos aspectos en la obra de Gramsci: la multiplicidad de la manifestación y lo unitario de la inspiración; es decir, Gramsci, en efecto, se presta a toda clase de interpretaciones por ser un personaje ambiguo, voluntaria o involuntariamente.

En efecto, es difícil establecer una línea compacta en el pensamiento gramsciano. Gramsci resulta ser teórico y

práctico a la vez, luego se da el caso en que no es ni teórico ni práctico. El problema es conseguir que su obra aparezca ya de una vez como un cuerpo compacto, desde el punto de vista tanto espiritual como material (= ista). Repeticiones llevan a la radicalidad, al radicalismo, de afirmación. Luego viene lo ocasional, la improvisación, hasta lo episódico y, por supuesto, disperso. En realidad, Gramsci es un problema de por sí, porque él mismo no sabía quién era. Puede que se trate de un genio o de un... (?). No podemos saberlo, e insistimos en que él mismo no sabía quién era... De ahí que en vez de «positivo y negativo» bien podría emplearse el término «cualitativo y cuantitativo». El método de investigación empleado por el autor es algo, pero no completamente, como una síntesis, en efecto, pero siempre apuntando al fondo de la obra de Gramsci. Este es un factor positivo de Nardone.

Lo cierto es que Gramsci es un personaje histórico sumamente contradictorio. Será la razón por la que el autor del presente estudio preste más atención al aspecto de la lógica que al de la cronología. A continuación, en la obra de Gramsci, a pesar de lo positivo y negativo, pese a lo cualitativo y cuantitativo, se observarían elementos como «permanente y a la vez mutable». Entonces se explica la confusión que gira en torno a su obra y a su personalidad.

Lo que importa es que en el pensamiento gramsciano ha de prevalecer más el ritmo de su desarrollo que afirmaciones casuales. Es decir, se trata del fondo, y no de la superficie..., o mejor dicho, de la superficialidad. Veamos la estructura de la presente obra:

1. La primera y la segunda parte se refieren al aspecto histórico, al proceso histórico, como «socialidad humana». Historia y realidad van juntos. 2. La

descripción de una experiencia de orden práctico y de sus componentes esenciales y de la tensión que la constituyen: en primer lugar, nos encontramos ante un abordamiento teórico de la realidad histórico-política, y, en segundo lugar, ante lo puramente político: necesidad de libertad y dialéctica, objetivamente se trata de la dialéctica entre economía y política; por tanto, estamos ante la unidad entre la dinámica de la historia global y la dinámica de la experiencia de momento; de ello suelen aprovecharse los marxistas, como no. 3. Ya estamos en la cuarta parte de la obra de Nardone: intenta poner a luz la estructura de la práctica y organiza en forma más sintética los resultados de los precedentes. Termina notando una fundamental homogeneidad entre la articulación dialéctica de la práctica, la de la historia en su fase de «transición» revolucionaria y el sentido de la reflexión gramsciniana. La dialéctica para Gramsci no es una ley de la naturaleza, tampoco ley necesaria de la historia.

En su tiempo, por los años veinte, Gramsci era incluso miembro del PC de Italia; sin embargo, surge la duda en torno a si su decisión era o no consciente de su acto. Era marxista, por supuesto, pero todo indica que no pasara de ahí. Más bien podría afirmarse que era marxista anticomunista, al ejemplo del marxismo y socialismo occidental, uno de los grandes precursores de los contestatarios intelectuales actuales a escala mundial. Gramsci presta mucha atención a la libertad del hombre, a la necesidad de libertad, entonces tuvo que ser, inevitablemente, antistalinista. Era un socializador, quizá, pero también es cierto que la dialéctica era un fenómeno, tan sólo, pasajero. No cabe duda, los comunistas italianos se inspiran más en Gramsci que en Lenin o Stalin...—S. GLEJURA.

JOHN HARRISON y PETER LASLETT: *The Library of John Locke*. Clarendon Press, Oxford, 1971; 313 págs.

Este trabajo viene a sumarse a los tenaces esfuerzos emprendidos en nuestros días para desbrozar el «climax» que ha circundado la faena de los máximos representantes filosóficos, sobrepasando a la perspectiva meramente exegética. Con todo, los dispositivos esclarecedores parecen no sólo apuntar a la cada vez más perentoria circunstancialidad de la figura intelectual en cuestión sino que, además, como diría Bacon respecto de la experimentación, intentan arrancarle los secretos a lo que antaño denotaba un simple interés anecdótico o, *in excelso*, museográfico: la biblioteca particular. Así es como se han registrado aquí, con sólido aparato técnico y conceptual, más de tres mil volúmenes que acompañaron a Juan Locke durante su azarosa existencia.

Pedro Laslett, una de las mayores autoridades sobre el pensamiento político lockeano —basta recordar la primera edición crítica en inglés de los *Dos Tratados del Gobierno* que efectuó para la Cambridge U. P.—, se refiere en un extenso estudio preliminar a la configuración, desenvolvimiento y derivaciones experimentadas por tal colección, así como a algunos aspectos biográficos de su propietario: sobre todo a aquellos concernientes a sus últimos años, durante el hospedaje que recibió en Otes por parte de la hija del neoplatónico Ralph Cudworth.

Establece también Laslett interesantes parangones, al evaluar el alcance disciplinario de la biblioteca de Locke; ya sea

en relación a la de su amigo Isaac Newton, ya sea conforme a los distintos períodos por los que atravesó la misma, descubriéndose algo un tanto insólito: la escasez de textos filosóficos existentes en ella. Esto, al margen de las desconcertantes influencias, quizá contribuya a reforzar la imagen que, desde otro ángulo, dibujara Sartre acerca de Locke, como uno de los pocos filósofos auténticamente creadores; a diferencia de los «ideólogos», que sólo explotarían el horizonte trazado por los «grandes muertos».

Otra dimensión descolante concierne al análisis de las marcas y anotaciones con que Locke acotaba los libros que leía, así como las listas y catálogos que llevaba sobre ellos. Por otra parte, se convalida con nuevas informaciones la casi obsesiva faceta de Locke por mantener el anonimato autoral, revelándose que la cautela lo condujo al extremo de excluir su propio nombre de los inventarios bibliográficos domésticos cuando registraba varias publicaciones que él mismo había escrito...

Tras su primera edición en 1965 para la Oxford Bibliographical Society, esta enjundiosa obra vuelve a ver la luz en forma remozada, actualizándose el cúmulo de datos que han ido brotando desde entonces, en consonancia con la reciente vorágine de trabajos sobre el filósofo británico, a la cual el profesor Macpherson no ha dudado en calificar como «la industria lockeana».—HUGO E. BIAGINI.

FRANCISCO FERREIRA DE CASTRO: *Modernização e democracia o desafio brasileiro*. Editora de Brasilia, S. A. Brasilia, 1969; 393 págs.

El 31 de marzo de 1964 se sublevó un sector del Ejército en Minas Gerais contra el Presidente del Brasil, Goulart. Este, al ver que se iban uniendo a los suble-

vados más guarniciones, se vio obligado a abandonar Río de Janeiro y marchó a Brasilia, de donde tuvo que salir también para Porto Alegre en busca del apoyo del tercer Ejército, que hasta aquel momento se mantenía fiel a la Presidencia.

El presidente de la Cámara de Diputados, Mazzilli, se hizo cargo interinamente de la Presidencia, y Goulart, ante la desertión del tercer Ejército, tuvo que refugiarse en el Uruguay, el día 4 de abril. El día 9 del mismo mes, los jefes militares proclamaron el «Estado revolucionario», y dos días más tarde, el Congreso, reunido en sesión especial, eligió al general Humberto Castelo Branco Presidente del Brasil para el período que quedaba del mandato presidencial.

Los ex Presidentes Kubitschek, Janio Quadros y Goulart fueron privados de sus derechos cívicos por un período de diez años, y gran número de funcionarios y dirigentes sindicales de izquierdas destituidos de sus cargos y encarcelados.

El 17 de julio de 1964 el Congreso aprobó una enmienda constitucional que concedió el derecho de sufragio pasivo a los analfabetos en las elecciones municipales; estableció el sistema de mayoría absoluta en la elección de Presidente, que, en caso contrario, pasaría a decisión del Congreso, y amplió el mandato de Castelo Branco hasta marzo de 1967. De 1967 a 1972 es ya, casi, información periodística muy conocida.

Este libro de Ferreira de Castro, *Modernização e Democracia*, y que tiene como subtítulo «El desafío brasileño», se dirige al muy creciente número de personas —de todas clases sociales y de todas las ideas— que se están preocupando por los problemas ligados a las profundas transformaciones por las que está pasando en estos últimos diez años la sociedad brasileña.

El autor está convencido —y sabe lle-

var al lector a este convencimiento— de que, cada vez más, se torna urgente y necesario un esfuerzo de crítica y una reforma del pensamiento político, para llegar a un conocimiento eficaz de esos problemas y de los nuevos valores que han surgido, para ser aplicado en el esquema político-institucional del Brasil.

Estos conocimientos servirán a las élites dirigentes para ir resolviendo las inmensas tareas que están planteadas, y colocarlas en situación de responder satisfactoriamente a un proyecto de modernización eficaz de la sociedad brasileña.

Para contribuir a este esfuerzo se publica este libro, que representa un punto de partida para el trabajo de reconstrucción. El lector observará, al leerlo, los diversos enfoques que el autor determina, con predominio de algunos factores: por ejemplo, el económico, donde persigue la idea del desenvolvimiento económico del Brasil, o el científico-político, pues se preocupa por el desempeño de las funciones y equilibrio del Poder nacional para que resulte, a ser posible, la suma de todos los factores representativos de la sociedad, orientados para el bien común del pueblo brasileño.

La obra está dividida en cinco partes: la primera, localiza los factores sociopolíticos del período de transformación; la segunda, se ocupa de los objetivos básicos perseguidos por el Poder nacional; la tercera, estudia las estructuras políticas brasileñas y analiza su adecuación a aquellos objetivos; la cuarta se dedica a la nueva orden implantada por el movimiento revolucionario del 31 de marzo de 1964, y la quinta, a la política exterior, para sintonizarla con los objetivos de modernización preconizados.

Es digno de observar y de mencionarse que el libro ofrece una visión perfectamente sistematizada y actual de toda la problemática sociopolítica del Bra-

sil actual, con gran independencia y libertad en sus apreciaciones. Es, pues, una magnífica contribución al estudio de

los problemas políticos, sociales y constitucionales del pueblo brasileño.—TOMÁS ZAMORA.

TEMAS EUROPEOS

BRAULIO ALFAGEME: *Europa: Cambios de estructuras*. Aguilar, S. A. de Ediciones. Madrid, 1971; 184 págs.

El autor del libro que presentamos, ingeniero del I. C. A. I., y muy documentado en cuestiones sociales por las que siente gran inquietud, ha participado en numerosos Congresos y Reuniones, nacionales e internacionales, y ha seguido muy de cerca a algunos de los más destacados sociólogos de nuestro tiempo. Vive, además, en la práctica de los cargos de dirección de Empresas, que es el mejor libro donde se ven las realidades cotidianas y se arbitran las soluciones más adecuadas. Y teoría y práctica insertas —como dice en breve pero enjundioso prólogo el profesor Legaz— en una dirección intelectual que postula y presupone una fundamentación jusnaturalista en el tratamiento de los problemas de orden social y económico que es, sin duda alguna, en la dirección de sus maestros del Instituto Internacional de Friburgo, Utz, Nell-Breuning, Messner y otros doctísimos expositores de la doctrina social católica en su visión más actualizada.

Cambios de estructuras para Europa postula el enunciado y el contenido del libro. Otra vez aquí el polémico término de «estructuras», pero que si admite las más diversas definiciones, todos saben lo que ello quiere decir, como todos sabemos lo que es el tiempo y la luz aunque no sea tan fácil definirlos. Lo cierto es que el autor afirma —como lo afirman con insistencia los más recientes documentos sociales pontificios— la necesidad de una nueva ordenación social en Europa. Esta nueva ordenación social ha de fun-

damentarse en los principios de la ética social cristiana aptos para orientar una estructura social y en un conjunto de normas concretas de posible aplicación práctica.

Las bases de la ordenación social y económica son la libertad del hombre y su responsabilidad en el servicio del bien común; su problema básico es la coordinación de la libertad con el bien común dentro de cada realidad concreta, y para esto es preciso potenciar las organizaciones intermedias, corporaciones y Sindicatos y su vinculación con el Estado cuyo intervencionismo es cuidadosamente señalado por el autor.

La segunda parte del libro estudia la organización de la profesión como base insustituible de la libertad social, distinguiendo el régimen de Empresa libre del de dirección central, así como las asociaciones de clase y la organización profesional. La organización corporativa de la sociedad y su importancia para el Estado es examinada por el autor tanto en el campo de la doctrina como en el de la aplicación práctica durante el período de 1948 a 1966. La evolución del pensamiento corporativista y la organización profesional en su relación con el progreso del Derecho laboral; la evolución de la doctrina social de la Iglesia, con especial referencia a Pío XII, la *Pacem in terris*, la *Mater et Magistra* y el Concilio Vaticano II, ocupan otros tantos capítulos del libro. La organización profesional en diversos países de Europa (Holanda y Austria, Francia, Suiza, Alemania e Ita-

lia) y un capítulo dedicado al sindicalismo español, cierran esta segunda parte de la obra de Alfageme.

La tercera parte —que es, sin duda, la más importante del libro— se refiere al problema de la Empresa y la libertad. Porque la Empresa encarna la libertad como valor humano fundamental. Cualquier «cambio de estructuras» ha de tener, necesariamente, en cuenta no sólo la afirmación sino la efectiva garantía de las libertades concretas. Sin esto no sería posible ningún Estado social de Derecho. Y como Estado de Derecho la legislación social y la «preeminencia del punto de vista jurídico» han de presidir la política social de los cambios estructu-

rales de la Empresa, ya que ésta es un elemento estructural del orden social.

Los componentes y caracteres de la Empresa libre; las metamorfosis de la libre Empresa; la pequeña y mediana Empresa; la participación activa del personal en la Empresa (no sólo la «participación en beneficios» sino la «cogestión»); son tratados por el autor, en esta tercera y última parte del libro. Y todo ello bajo el prisma de la sólida doctrina social católica que inspira toda la obra.

Pero el problema —terminaremos con el prologoista— es si un cambio en el orden de la Empresa es factible sin que cambien también las estructuras en la sociedad.—EMILIO SERRANO VILLAFANE.

FRANCO NOGUEIRA: *As crises e os homens*. Atica, Lisboa, 1971; 547 págs.

Con argumentos históricos, el ex ministro de Asuntos Exteriores de Portugal, Franco Nogueira, nos intenta demostrar: lo vital que es para la independencia del país el mantenimiento de Ultramar; lo fundamental del mantenimiento de una estructura militar apropiada y cohesión moral en el país; importa tener una actitud de reserva en cuanto a España; es conveniente revalorizar siempre la alianza lusobritánica; es imperativo mantener una directriz firme sin desvíos ni subordinaciones, a ideologías de momento; cabe procurar una colaboración con los Estados Unidos como potencia marítima; es conveniente mantener una estrecha colaboración con el Brasil en el plano político y moral.

La obra muestra gran manejo de los personajes y acontecimientos históricos. La minuciosidad de los detalles, y a veces de lo anecdótico, enturbia, sin embargo, la visión general del conjunto. Para Nogueira la Historia es construída por las élites, por los grandes hombres y los condicionamientos económicos y sociales juegan un papel secundario. En lo relati-

vo a la independencia de Portugal se inclina por el papel relevante, aparte de los grandes portugueses, patriotas, de los determinantes geográficos. A diferencia de Sardinha, para Nogueira la posible existencia de una raza portuguesa con un singular temperamento («saude», «sebastianismo», etc.) no tiene relevancia.

Muchas páginas se dedican al «peligro español». Peligro que aumentará, si alguna vez Portugal perdiese el Ultramar. «¿Sin sus puntos de apoyo en el Ultramar puede tener la Metròpoli portuguesa una independencia viable? Si alguna vez Portugal estuviese limitado a la Metròpoli dejaría de tener significado en el plano internacional: no disponiendo de medios, no podríamos ser útiles a terceros; no siendo útiles no podríamos obtener apoyos o compensaciones en las negociaciones; en definitiva, toda nuestra política exterior habría de pasar forzosamente por España. Dejaríamos de tener una política exterior: sin acuerdo o la aprobación de España no podríamos dar ni el menor paso» (pág. 539).

Gran Bretaña constituye el gran país

amigo de Portugal, salvaguardador de su independencia, prudente en las declaraciones internacionales en contra del Gobierno portugués. En las actitudes de Inglaterra respecto a Portugal hay rasgos constantes positivos, objetivos comunes en todos los Gabinetes británicos: «desear que tengamos estabilidad política interna; ayudarnos a tener estabilidad financiera, recomendarnos en el plano militar que nos organicemos hasta el límite de nuestras posibilidades; aconsejarnos, no involucrarnos en crisis internacionales y que con nuestras fuerzas procuremos evitar los intentos de inmiscuirnos en dichas crisis; solicitar de Portugal, en los grandes conflictos bélicos, pequeños auxilios que no quiebren su neutralidad; dar colaboración masiva cuando a solicitud de Inglaterra nos vemos envueltos en un conflicto general» (pág. 531).

El libro de Nogueira muy interesante por lo gran cantidad de datos históricos que describe, por sus comentarios apasionados de fenómenos políticos típicos portugueses (el iberismo, la política colonial, las consecuencias del liberalismo, la agitación social de la República, la postura firme de Salazar en los asuntos internacionales, etc.) se encuentra en el fondo empapado de un gran pesimismo sobre el futuro. Hay una obsesión, un gran miedo, a que Portugal no sea como fue en el pasado, a que pierda su independencia, a que sea despreciada por los demás países. «En torno a Portugal y atacando sus intereses vitales, actúan siempre las mismas fuerzas extranjeras e internacionales; éstas aparecen bajo capas ideológicas diversas, consonantes con las épocas. Pero sus objetivos no se alte-

ran y son permanentes... La falta de personalidad de las élites portuguesas constituye un peligro nacional permanente... La élite, en nuestra Patria, ha sido con demasiada frecuencia ineficaz, socialmente hablando, porque vive muchas veces más los problemas de fuera que los propios...» (pág. 12).

Con carácter polémico la obsesión de Nogueira de un Portugal perseguido por los organismos internacionales, por ciertos países, por las recientes naciones independientes, se traduce en una postura política no del todo coincidente con la del actual Jefe de Gobierno portugués, profesor Marcello Caetano. La reciente reforma constitucional a través de la cual se configuró una autonomía política para los territorios africanos, fue duramente criticada por Nogueira. A su juicio, esta autonomía significa el comienzo de la desintegración del gran territorio lusitano.

El total olvido de los condicionantes económicos en las decisiones políticas quizá sea una de las notas que más extraña al lector. Cabe preguntarse sobre la viabilidad de un Portugal aislado de las grandes corrientes de integración económica internacional. En un mundo donde no es posible el incremento del desarrollo económico sin formación de bloques supranacionales, en un mundo donde las masas anhelan un progreso social y cultural ilimitado, ¿cómo podemos pronunciarnos a favor del principio de las nacionalidades y en contra de los movimientos internacionalistas, a favor de la construcción de una Gran Nación aun a costa del estancamiento económico y social de sus hijos?—A. E. G. D.-LL.

ARMANDO CASTRO, A. J. AVETAS NUNES, JOAQUÍN GOMES y V. TRIBUNA MOREIRA:
Sobre o capitalismo portugueses. Coimbra, 1971; 233 págs.

¿Cuáles son los actuales problemas con los que se enfrenta la economía portuguesa? Destácanse, entre otros, los siguientes: a) La profunda crisis agraria.

que se intensifica en numerosos aspectos, tanto a nivel de la actividad económica global (escasez de mercados, fuga demográfica, agudización de los graves desequilibrios regionales, etc.) como en la misma estructura del sector (bajísimo nivel técnico económico, incapacidad de desencadenarse un crecimiento autosustentado de producción y de los circuitos de comercialización). b) El pequeño mercado interno consumidor. c) Descenso en los últimos cuatro y cinco años de los ritmos de crecimiento industrial en cantidad y en calidad. En estos años han aparecido elementos frenadores de la intensificación del ritmo. Entre ellos destacan los acontecimientos de Ultramar, después de 1961, que llevan a un esfuerzo militar supremo. d) El aumento de la inflación como consecuencia de causas estructurales del sistema económico. e) La emigración en masa. La emigración puede representar la función de válvula de escape de las tensiones sociales y económicas, pero no cabe duda que, en el fondo, esta sangría de mano de obra es un grave factor perturbador de la economía. f) El proteccionismo a ciertas actividades o a ciertos tipos de organización.

Portugal, para la solución de sus problemas económicos ha escogido la vía neo-capitalista o neo-liberal. En esta situación el papel del Estado se altera sustancialmente: en vez de intervenir por vía puramente coactiva, como hasta hace poco sucedía (condicionamiento de organismos corporativos públicos), el Estado pasaría a actuar por vía esencialmente económica, financiera y fiscal. Lanzando las infraestructuras básicas de la industria, dominando algunos sectores claves con un fuerte sector público, subsidiando la industria privada o concertándose con ella para empresas más importantes, utilizando el sistema fiscal no sólo como medio anticíclico, sino también como instrumento de desarrollo regional, etc.; el Estado, en íntima asociación con las fuer-

zas del capital, estaría en condiciones de garantizar la estabilidad del sistema y de contribuir en su reforzamiento y eficiencia. Eso no está en contradicción con la «filosofía neoliberal» puesto que uno de los rasgos característicos de ésta es exactamente atribuir al Estado la tarea de garantizar el crecimiento equilibrado, el «pleno empleo» y la estabilidad de los precios, garantizando al mismo tiempo una «concurrència practicable».

Las consecuencias de la actual evolución de la economía portuguesa tiene sus repercusiones en el campo político. En efecto, para los años 60 se pasa de una economía «cerrada y pre-científica» a una economía neo-liberal y más preocupada por los fenómenos de las integraciones económicas supranacionales. «Ciertos acontecimientos que comenzaron en la década de los años 60 (integración económica europea, nueva ola de emigrantes para Europa, guerra en Africa) llevaron al capitalismo portugués a pensar en la necesidad de operar determinadas alteraciones en la política económica, una vez que habían desaparecido, o estaban en vías de desaparecer, las condiciones que permitirían lucros elevados con baja productividad y bajos índices técnicos, con bajos salarios, con favorable política de acondicionamiento industrial, con derechos aduaneros protectores, facilidades fiscales, preferencias en los mercados ultramarinos (ya sea en proporcionarse materias primas, ya sea en la colocación de productos) condiciones todas que colocaron al país en el atraso que todos conocemos.»

Si a la economía «pre-científica» le corresponde una estructura política autoritaria, la nueva ola neo-liberal se ajusta más a un Estado sensible a las libertades públicas. Esta es la tesis de SEDES (Sociedad para el estudio del desarrollo económico y social). Esta Sociedad no se considera política sino técnica y pretende introducir en Portugal los principios neo-capitalistas que invaden Europa.

Los autores no se muestran optimistas respecto al progreso de su país. «Es verdad que el grupo dominante está dispuesto a entrar en el juego económico internacional y aceptar sus exigencias, es verdad que la economía portuguesa tendrá que abrirse a la libre circulación y a las iniciativas empresariales, pero la historia económica demuestra que los capitales extranjeros dominantes no sacrifican sus intereses a los éxitos posibles de un desarrollo socioeconómico equilibrado de los países dominados, y demuestra también que las economías do-

minadas acaban al final por verse sacrificadas en sus reales necesidades, víctimas de distorsiones y estrangulamientos. El futuro es, pues, poco risueño.» Ya en la introducción, como presagiando el pesimismo radical que embarga, se señala: «El hecho de que se produzcan cambios no puede hacer olvidar sus límites y las nuevas contradicciones que pueden provocarse, ni el hecho de que todos los cambios llevados a cabo por las clases dominantes tienen, en definitiva, como primordial objetivo, favorecer la sobrevivencia del capitalismo». — A. E. G. D.-LL.

MICHEL GÉRAC: *Portugal, années 70. Paris, 1971: 290 págs.*

Realmente el público europeo aún no se ha dado cuenta de los acontecimientos políticos por los cuales está atravesando Portugal. Son acontecimientos de suma gravedad: hay lucha bélica continua en los territorios portugueses de Ultramar; los ataques de los organismos internacionales a este país se acentúan; las represalias de los países del Tercer Mundo se agudizan. Gércac se preocupa por la opinión internacional en torno a Portugal. Su libro es una defensa apasionada en la cual a la vez que se exponen las verdades, se subraya la trascendencia auténtica de los fenómenos.

Frente a los continuos ataques, el Gobierno portugués opta por la continuidad de su política de Ultramar y por el mantenimiento de las instituciones corporativas y autoritarias consideradas más ajustadas al temperamento de su pueblo que las demo-liberales. Es innegable el crecimiento de una clase media que poco a poco va tomando las riendas del Poder. La opinión simple de las grandes diferencias de clases en Portugal es rechazado por Gércac: «La necesidad, muy aguda, del país de disponer de profesionales competentes en todas las Empresas,

multiplicadas en los últimos años, se traduce en una oferta de oportunidades hasta entonces inesperadas para todas las ambiciones justificadas. He aquí la gran baza de la clase media. Es ella, sus tecnócratas y sus técnicos, sus especialistas y obreros especializados, sus mujeres integradas en la vida activa, su juventud liberada de las estrictas disciplinas de ayer, la que está animando cada vez más esta voluntad de progreso que se experimenta en el Portugal actual a la búsqueda de fórmulas nuevas.»

En su afán de defensa de todo lo relativo a Portugal, Gércac pone de relieve cómo los enemigos de este país no observan que el desarrollo económico y social de los territorios portugueses exige grandes sacrificios, dignos de respeto por todos. «Asombra constatar que Portugal, considerado por sus enemigos, o por los que no lo conocen, como un país subdesarrollado, está entre los dieciséis países miembros del Comité de Ayuda al Desarrollo (de los países menos favorecidos), lo que significa una generosidad análoga a la de Francia. La ayuda pública de Francia a los países pobres, según informe de la OCDE, se

eleva a casi un 0,69 por 100 de su Producto Nacional bruto. Portugal sigue luego con 0,68 por 100 mucho antes que Suecia (0,44), Alemania Federal (0,39), Estados Unidos (0,33) y Japón (0,26).» El esfuerzo de Portugal por mantener los territorios africanos no tiene límites. La juventud portuguesa consagra al África dos años de entre los más activos de su vida, sus mayores energías. Dos tercios de los 235 millones de escudos consagrados en el III Plan de Desarrollo (1969-1973) al Espacio portugués son afectados a África. ¿Por qué permanecer en África? A juicio del actual Gobierno porque ello supondría una renuncia al progreso de los portugueses que viven más allá de la Metrópoli. El abandono de África tendría para ellos consecuencias nefastas.

La liberación del régimen con la entrada en el Gobierno del profesor Caetano ha sido efectiva, a juicio de Gércac. «Nadie puede negar que amnistías fueron acordadas, el regreso de exiliados, la flexibilidad en la censura (salvo en lo concerniente a la defensa de la integridad nacional).»

Sin oportunismos, Marcello Caetano «ha, firmemente desde los comienzos de su Gobierno, precisado su posición: él se considera continuador de la obra de Salazar. Pero continuidad indica movimiento y perseguir un gran objetivo no significa apegarse a métodos desfasados o a nociones anticuadas, sino adaptarse, y a su debido tiempo, innovar para que la doctrina permanezca viva y actual, fecunda.

«La Unión Nacional —subraya Gércac en su línea apologética— se ha transformado en la "Acción Nacional Popu-

lar" con el fin de ampliar sus filas y admitir un abanico de tendencias. Dentro de la Acción la actividad de los liberales es temperada por la rigidez de los Ultras. Las mujeres ya no tienen necesidad de autorización marital para obtener un pasaporte. Los vínculos internacionales con países hermanos (Brasil) o primos (España) se estrechan. Se preparan reformas profundas de enseñanza. Se ha efectuado la reforma de la Constitución. El obispo de Oporto vuelve a su diócesis. Las inversiones nacionales y extranjeras multiplican las Empresas en Metrópoli y en Ultramar. En las más pequeñas cosas y en las más grandes Portugal avanza. Pero es preciso proceder con toques sucesivos y cautelosos, meditando como en cada movimiento en una partida de ajedrez. El margen es estrecho entre la vigilancia sin parpadear de Salazar y las apresuradas exigencias de los jóvenes turcos»

De diversos pasajes puede extraerse la conclusión de que España tiene aislada a Portugal del resto de Europa. De este modo Gércac considera que Portugal es una isla. «Se observa cómo es esencial para Portugal que sus productos alcancen al mundo entero. Pero esta difusión sufre un real *handicap*: su situación geográfica la hace estar como si estuviese rodeada por el desierto. A partir de los grandes centros de producción es preciso recorrer más de mil kilómetros para alcanzar Francia, su más cercano cliente del Mercado Común. Sus entregas no pueden hacerse sino por mar o por aire.» Cabe preguntarse, sin embargo, si este aislamiento a que se refiere la autora no ha sido buscado por el mismo Portugal.
A. E. G. D.-LL.

JOÃO MARTINS PEREIRA: *Pensar Portugal hoje*. Publicaciones Don Quijote. Lisboa, 1971; 166 págs.

Se intenta una explicación socioeconómica de las convulsiones políticas que por 1926 condujeron al «Estado Novo». Con una visión fuertemente sociológica de los acontecimientos llega Pereira a la conclusión de que el régimen portugués actual se inserta de hecho en una determinada etapa del sistema capitalista europeo. La solución autoritaria de 1926 viene así a responder con una evidente lógica a la «urgencia de poner al día las estructuras político-jurídicas al nivel, aún primario, de las fuerzas productivas». La República portuguesa había sido construida en torno a la ideología que para subsistir necesitaba de un dinamismo de clases. Esta dinámica de clases no podía ser aceptada por los grandes intereses agrarios y por la diminuta burguesía industrial y financiera entonces existente. Obsérvese que según J. Alarcão la lucha de clases se veía agudizada en Portugal en los años veinte por el estancamiento de los salarios nominales en el sector industrial con el consiguiente perjuicio sobre las conquistas alcanzadas con anterioridad sobre el poder de compra de las clases trabajadoras.

El cambio de Monarquía a República —según Pereira— fue puramente político. Hacia 1910 (comienzo de la República) se completó en Portugal un proceso que podría ser designado como de «revolución burguesa», advirtiéndose, como señala Jacinto Baptista, que «a una Monarquía parlamentaria sucedió una República parlamentaria y que en cuanto a las estructuras sociopolíticas esenciales las diferencias entre los dos regímenes se revelan bastantes tenues». A pesar de todo la República supuso un modo más fácil de acceso al Poder de las clases urbanas ligadas a la industria, al comercio y a las finanzas salidas de las asociaciones capitalistas y fabriles.

El análisis de Pereira es francamente crítico y demolador de las instituciones políticas actuales portuguesas. Se muestra incluso pesimista respecto a la adaptación de estas instituciones a los imperativos económicos internacionales. La presión del capital extranjero, abundante, tiene que acentuarse si quiere lograrse esa «modernización del Estado» y «reforma administrativa» que tanto se predica. Hay una gran presión por estructuras políticas neo-liberales. La dirección de estas presiones puede desprenderse fácilmente del informe emitido en 1969 por la Cámara de Comercio e Industria luso-alemana: «Cuanto menos normas, reglamentos, condiciones y presupuestos hubiesen, cuanto menos legislaciones proflícas y condicionamientos administrativos hubiesen, que son, por lo general, incomprensibles al inversor extranjero y que perjudican la libre decisión empresarial, tantas más responsabilidades económicas verdaderas serán atribuidas al empresario dispuesto a invertir, tanto más fuerte será la contribución del capital extranjero para el desarrollo de los recursos existentes en el país».

La tendencia neoliberal, sin duda, se verá contrarrestada por una resistencia considerable de numerosos sectores a la «modernización del aparato estatal», a la debilidad de las estructuras autoritarias. La burocracia y autoridades enemigas del cambio se verán apoyadas por la pequeña y media burguesía, por la burguesía latifundista incapaz de adaptarse a los nuevos conceptos de producción y gestión.

Es de especial importancia para conocer al Portugal actual el estudio de las inversiones extranjeras. El capital extranjero impone al desarrollo económico una serie de desequilibrios estructurales y estancamientos sociales difíciles de supe-

rar, por otro es fuente dinámica de la evolución socioeconómica. El fenómeno de la integración europea es una realidad irrefutable. La asimilación de Portugal por parte de los grandes espacios económicos, las formas que ello reviste, así como las consecuencias que provoca en términos de relaciones de intercambios y de penetración de intereses extranjeros habrán de constituir en el futuro los puntos de referencia básicos de cualquier análisis de las estructuras socioeconómicas portuguesas. A partir de 1961, cuando enfrentándose el Gobierno con las crecientes exigencias de capital para fines no productivos y consecuentes dificultades financieras del Estado en la promoción del desarrollo, la política oficial económica extiende su mano al capital extranjero y le da toda clase de facilidades. Es una política que obtuvo éxito rápidamente, acudiendo el capital exterior beneficiado en los impuestos y al amparo de los bajos salarios de los trabajadores.

No cree Pereira en la liberalización

del régimen. Además, a su juicio, esa liberación sería puramente «burguesa». «En Portugal, dada la enorme rigidez ideológica que sirvió de apoyo, en las últimas décadas, a la acumulación del capital y desarrollo de los monopolios internos, la situación ha sido precisamente la inversa: cualquier forma de contestación, o que fuese interpretada como tal, debería de ser eliminada.»

En definitiva, el actual trabajo de Martins Pereira nos ofrece una visión histórica de Portugal, diferente a la que estamos acostumbrados. Las grandes líneas generales y las explicaciones a veces simples de los problemas quizá sea consecuencia de la radical actitud ideológica que se adopta. Sería conveniente que en el futuro este conocido autor portugués delimitase de modo claro los aspectos fácticos y los ideológicos con el fin de no convertir las descripciones históricas en argumentos más a favor de las tesis políticas que se sustentan.—A. E. G. DÍEZ-LLANOS.

TEMAS DEL MARXISMO Y COMUNISMO

JACQUES D'HONDT: *De Hegel à Marx*. Presses Universitaires de France. París, 1972: 228 páginas.

Se recopilan en este libro una serie de trabajos de su autor, publicados en distintas revistas entre 1964 y 1972, bajo un título no excesivamente ajustado por cuanto es Hegel mucho más que Marx el centro de la reflexión. A tal punto que incluso los trabajos que aparecen en primer lugar, de gran interés, se refieren a autores anteriores a Hegel mismo, como fuentes no excesivamente conocidas del pensamiento de éste. Así, la idea del «alma bella» que aparece reiteradamente en la *Fenomenología* se dice que procede de Marivaux, «cuyas obras principales ciertamente las vería Hegel, apasionado

del teatro» y al que hace una referencia en uno de sus escritos teológicos de juventud. Del germano-francés Forster se hacen derivar muchas de las ideas estéticas de Hegel, señaladamente sus concepciones en cuanto al arte gótico y su admiración por el clasicismo griego y la vigencia o no vigencia de éste. Da la impresión de que las influencias se exageran un tanto, quizá en el afán subconsciente de investigar el *Hegel secreto* que, con el subtítulo *Investigaciones sobre las fuentes ocultas del pensamiento de Hegel*, es el título de un libro publicado por d'Hondt en 1968. No es precisamen-

té que se trate de mostrar una dependencia de Hegel respecto de autores franceses —para esto hubiera sido mucho más sencillo elaborar sobre la influencia sobradamente conocida de Rousseau—, sino de descubrir otros ingredientes de su pensamiento, cosa ciertamente no sencilla por lo poco aficionado que Hegel era a las citas, y la inseguridad de muchas de éstas.

La trabazón de Marx con Hegel sólo aparece en la cuarta y última parte del libro, en los trabajos sobre la historia y la dialéctica en ambos, siendo quizá el dato más importante el de que sobre el hegelianismo de Marx pesa en este punto la influencia adicional y profunda de Darwin y, con ella, la admisión de que la mutación o variación accidental como factor de la evolución que se integra en la evolución misma como constitutiva de ésta y no siempre como una monstruosidad marginal; o como una aberración que pronto se deja marginada. Bien es verdad que en los textos básicos que se aportan en esta parte predominan los de Engels sobre los de Marx, con lo que indirectamente se viene a estar de acuerdo

con la tesis generalizada de que el darwinismo fue sobre Engels sobre quien tuvo un impacto profundo, sin entrar en si la trasposición a lo social de Darwin, o el tratar de impostar la dialéctica en la naturaleza o en la biología, o la evolución en las relaciones socioeconómicas se correspondieron efectivamente con las ideas del propio Darwin.

El último trabajo que el libro recoge, *La crisis del humanismo en el marxismo contemporáneo*, es una crítica de Althusser en el sentido de que la interpretación que éste hace de Marx tiende, a juicio de d'Hondt, a «quitar especificidad humana» al análisis de los hechos sociales.

La falta de unidad sistemática del libro queda sobradamente compensada por la profundidad del conocimiento de Hegel, que en él se demuestra y documenta, e ilustra a nivel de alta especialización sobre puntos concretos de hegelianismo y de algunos de aquellos «reflejos extraños» en los que, «con cada amanecer amanece un Hegel nuevo y cambiante» (pág. 16).—M. ALONSO OLEA.

HENRI ARVON: *L'Esthétique marxiste*. Coll. SUP, P. U. F. París, 1970, 110 páginas.

El primer capítulo de *La Estética marxista* inicia la obra examinando las opiniones de los fundadores del marxismo sobre el arte y la literatura: «Cualquiera que sea la reflexión estética de Marx y Engels, en las pocas páginas que consagran al arte y a la literatura, ofrece, sin embargo, un triple aspecto, sin que sea posible discernir *a priori* un orden de preferencia; la reflexión va de la dependencia total respecto de la situación social, a la autonomía francamente reconocida, pasando por la puesta bajo tutela con vistas a la acción política» (pág. 14). Las actitudes mantenidas por Plejanov,

Lenin y Trotski a propósito de la creación literaria y artística no facilita, tampoco, a causa de su diversidad, la captación de lo que la estética marxista sea. Como escribe el propio autor: «si se refiere uno directamente a las declaraciones y estudios de los diferentes doctrinarios marxistas en relación con el arte y la literatura... no se puede evitar atribuir a la estética marxista un carácter casi inaprehensible» (pág. 25).

Ante este hecho, lo mejor es, quizá, partir de la doctrina marxista misma, sobre todo si se tiene en cuenta que ésta se nos presenta como una visión

global de la realidad humana. «Lo que aparece entonces como objeto esencial de una estética marxista es la dialéctica (el subrayado es mío) compleja de las relaciones de la obra de arte con la vida humana» (*ibid.*). En este sentido, los capítulos segundo y tercero están destinados a analizar, entre otros temas, las relaciones entre actividad cultural y evolución económica —señalándose que la estética marxista reconoce una autonomía relativa a la creación literaria, y que, en ocasiones, la evolución de las formas artísticas no corre paralela al desarrollo infraestructural—, la interdependencia del contenido y la forma, etc.

Bajo el título «El arte revolucionario», el capítulo cuarto aborda, a veces muy brevemente, algunas de las contribuciones artísticas relevantes que se produjeron al socaire de la revolución rusa de octubre. El cambio de contenido político y social que la mencionada revolución trajo consigo había de traducirse en la esfera artística, en la aparición de formas que en ciertos casos se hallaban latentes en las condiciones sociales previas al estallido revolucionario. H. Arvon pasa revista a las aportaciones de A. A. Bogdanov y el movimiento literario «Proletkult», al impulso revolucionario que recibe el arte gracias al genio de Maiakovski y, con mayor detenimiento, a las experiencias teatrales de Meyerhold con sus nuevas técnicas —la «biomecánica» y el «constructivismo dinámico»—. Luego de una somera referencia al extraño fenómeno de la ascensión de la escuela formalista (el formalismo se interesa con exclusividad en la propia obra poética, su composición, ritmo, métrica y estilo, rechazando cualquier interpretación psicológica y sociológica de la obra literaria), el capítulo concluye con una alusión a la reacción contra las nuevas tendencias que se vislumbra ya en 1925 y que constituye un hecho para 1932... Maiakovski se

suicida en 1930 y Meyerhold es «evaporado» en 1939.

Particular interés tiene el capítulo quinto, dedicado al teatro revolucionario alemán. Las páginas que recogen las innovaciones introducidas por Erwin Piscator y Bertolt Brecht, influidos ambos por Meyerhold, en el teatro alemán, son de una gran sencillez y claridad, tremendamente iluminadoras sobre la función social del teatro...

El autor retorna al contexto histórico-ruso en el capítulo sexto para analizar la sucesión en el tiempo de aquel arte revolucionario de los años veinte. Nos hallamos ahora ante la corriente denominada realismo socialista «de triste uniformidad y conformismo exasperante». «El realismo socialista representa (...) una concepción burocrática y administrativa de la literatura que sorprende tanto por el carácter turbio e indeterminado de sus nociones puramente estéticas como por el rigor implacable de los juicios formulados. La mayor parte de las veces en función de la sola oportunidad política» (pág. 79). «La desestalinización hubiera debido favorecer el restablecimiento de una estética marxista abierta. Sabemos que la liberación se detuvo prudentemente en la forma. Ahora bien, es preciso recordarlo, la separación entre la forma y el contenido es contraria a la dialéctica marxista» (pág. 109).

Un debate celebrado a intervalos —1932, 1938 y 1968, aunque en esta fecha Brecht hubiera ya fallecido— entre Lukacs y Bertolt Brecht y que arroja luz sobre el problema de la estética marxista cierra el libro que comentamos.

La conclusión del autor es que «quizá sería preciso aportar a la estética marxista, prisionera en la actualidad de una realidad pretendidamente socialista, ese suplemento de utopía que Ernst Bloch reclama para el marxismo en general en su libro *El principio esperanza...*» (página 110).—SANTIAGO SÁNCHEZ GONZÁLEZ.

FRANCO SOGLIAN: *La revolución rusa*. Editorial Bruguera. Barcelona, 1971; 327 páginas.

Con la revolución de octubre de 1917 acontece un extraño fenómeno, a saber: que según avanza el tiempo desde la fecha del estallido del proceso revolucionario que más hondamente conmovió los cimientos espirituales de nuestro inquieto mundo cada vez resulta más difícil el señalar las auténticas causas que suscitaron el acontecimiento al que nos referimos y, sobre todo, que el proceso revolucionario soviético no ha terminado, es decir, que la revolución de octubre admite sin reserva alguna la comparación con el desarrollo, apogeo y eclipse de cualquier volcán universalmente conocido. No debe, por consiguiente, extrañarnos el hecho de que con ocasión del cincuentenario de la revolución —efeméride cumplida en el año 1967— se hayan escrito y expuesto una serie de afirmaciones y tesis realmente contradictorias. De todas esas tesis existe una que impera sobre las restantes —tesis recogida en las páginas del libro que comentamos—: «La Revolución —así con mayúscula— se realiza en dos tiempos. La Rusia de 1917 era una Rusia en guerra. La situación nunca fue muy buena, pero había sido tolerable hasta 1916. A partir de este instante, empeoró. El período 1916-1917 fue extremadamente duro; el abastecimiento se volvió muy difícil, y en el mes de febrero del 17 hubo manifestaciones provocadas por las restricciones alimenticias. La primera revolución, la de febrero, fue una sorpresa para todos. No estaba preparada. Surgió de las manifestaciones populares, cada vez más violentas. Y también, de la incapacidad del Gobierno. El zarismo se derrumbó sin intentar detener la rebelión. Y los que habían hecho la revolución estaban sorprendidos que no supieron qué hacer al principio». Consecuentemente,

como perfectamente ha señalado un autor contemporáneo, «se asistió a la formación de dos tipos distintos de poderes: por un lado, como en 1905, se constituyen los consejos, los soviets, consejos de soldados y consejos de obreros; por el otro, existía un Gobierno legal, la asamblea, la Duma, que designó un Gobierno provisional. Los soviets aceptaron dejar toda la autoridad en manos del Gobierno provisional, el cual puede ser calificado de Gobierno burgués. Este Gobierno burgués se enfrentó con problemas extremadamente difíciles: cesar o proseguir las hostilidades, organizar nuevas instituciones, reforma social. Quiso continuar la guerra, probablemente por fidelidad a lo que consideraba como la palabra dada y quizá también porque era un medio de evitar, por el momento, las reformas sociales y políticas».

Para simplificar la cuestión que antecede, cuestión que nos permite encontrar la médula esencial del por qué revolucionario, lo realmente transcendental consistió en que, en octubre, la burguesía —como ha recordado un especialista en la materia— que tenía el Gobierno provisional no fue capaz de resistir. El partido bolchevique se adueño rápidamente del poder y propuso un programa muy claro: primero, hacer la paz y, después, solucionar el problema social, el problema de la tierra y el problema obrero.

Es curioso, sin embargo —así lo entiende el autor de estas páginas—, que el pueblo ruso quería y a la vez temía al proceso revolucionario: «Que el miedo a la revolución era mucho más poderoso que las demandas liberales, las inquietudes patrióticas y los mismos proyectos de represión del movimiento obrero queda patente en los resultados de la presunta ofensiva lanzada por el

liberalismo contra la autocracia en concomitancia con la guerra. El éxito inicial obtenido en junio-julio de 1915 con el alejamiento del gabinete de cuatro ministros particularmente odiados en la Duma prosiguió, en agosto del mismo año, con los ataques lanzados contra los responsables de la conducción de las operaciones que llevaron a la sustitución del jefe del Estado Mayor general».

Para el doctor Franco Soglian existió, además, una razón profundamente poderosa que condujo al estallido final de la revolución: la aguda crisis de índole esencialmente económica. «La falta de criterios racionales en cuanto al aprovechamiento de los recursos y al empleo y distribución de la mano de obra contribuyó a acentuar los viejos males y a crear otros nuevos. En tanto que aumentaba el número de especuladores y oportunistas que se beneficiaban de la guerra, los sectores cuya producción no estaba directamente vinculada a la demanda bélica se vieron sumidos en una grave crisis; la carestía afectó de manera particular y en breve espacio de tiempo a los bienes de consumo.»

La situación revolucionaria, como siempre ocurre cuando las estructuras sociopolíticas dejan ver claramente su debilidad, afectó hondamente a áreas tan especialmente sensibles como la de la agricultura. En efecto, subraya el autor, «en la agricultura, la movilización del proletariado rural perjudicó seriamente a las grandes propiedades, de las cuales provenían normalmente las más ricas cosechas. Los pequeños campesinos, por el contrario, encontraban cada vez menos incentivo en producir para el mercado, a consecuencia de la escasa disponibilidad y del elevado coste de los bienes a adquirir. De este modo, el aumento de la demanda de productos alimenticios se conjugó con una disminución de la oferta. Hacia finales del año 1916, el aprovisionamiento de las ciudades comenzó a

registrar caracteres alarmantes por su insuficiencia, agravada ésta por la desorganización de los transportes y por la rápida subida de precios».

Cabe, por supuesto, el preguntarse: ¿por qué triunfaron en la revolución de octubre los bolcheviques? La respuesta es relativamente fácil, a saber: «los bolcheviques no conquistaron el poder, sino más simplemente lo rescataron. Primero la autocracia, después la democracia, capitularon frente a las fuerzas de la anarquía. Cualquier puñado de hombres decididos hubiera podido hacer lo que los bolcheviques hicieron en San Petersburgo en el octubre de 1917: ocupar los pocos puntos clave de la ciudad y proclamarse Gobierno». En conclusión, certera conclusión a la que llega el autor de este libro, «la revolución bolchevique no tuvo lugar gracias a un vacío de poder absoluto, sino gracias a un rápido, aunque gradual, desvío del presupuesto principal del poder —la adhesión expresa o tácita de las masas a una determinada amalgama de hombres, programas y valores— de una parte a otra mejor, de aquel punto cero que dio lugar a la revolución de febrero a la parte de la cual aquel presupuesto habría consentido el recurso a la fuerza. El desvío, además, fue totalmente masivo, de tal modo que pudo hacer que la fuerza fuese empleada, en la medida más reducida posible, cuando el proceso llegó a su coronamiento».

Dedica el autor la parte final de su obra al estudio de lo que la revolución de octubre ha supuesto para el resto del mundo, y para ello toma la perspectiva de los cincuenta y cinco años que ya han transcurrido. Recordemos que el profesor Arnold J. Toynbee ha dicho, tal vez con acierto, que «las repercusiones de la revolución fueron inmediatas y dinámicas, sobre todo, en Europa». Sin embargo, como es bien sabido, el espíritu del comunismo jamás ha logrado, cuando menos por el momento, imperar sobre

la sensibilidad de los pueblos europeos. «El fracaso del comunismo en su intento de extender su dominio a toda Europa no desacreditó en absoluto el mito bolchevique. En Inglaterra, por ejemplo, el Gobierno constitucional y tradicional de los asuntos políticos difería curiosamente de los métodos dictatoriales que los bolcheviques habían heredado en Rusia de una larga línea de predecesores. La campaña «Rusia para los rusos», organizada para protestar contra la intervención británica en la guerra civil rusa, recibió el apoyo de la unión obrera, y hubo motines en las tropas francesas, cansadas de combatir, y en la flota enviada en ayuda de los adversarios de los bolcheviques. La mayoría de los líderes de la clase obrera británica, tan fuertemente opues-

tos al comunismo en su propio país, no estaban menos obsesionados con la idea de que el Gobierno bolchevique era, en cierta medida, el verdadero representante de la clase trabajadora. Los mayores enemigos del nuevo régimen ruso eran, en general, los mismos que se mostraban más hostiles al movimiento proletario: alinearse a su lado para atacar a Moscú hubiera sido considerado, en cierto aspecto, como un acto desleal hacia la clase obrera».

Entiende el autor, y con esta tesis pone punto final a su libro, que, en rigor, «la política de brutal violencia y despiadado terror del Gobierno soviético hacia todos sus oponentes rusos ha sido gradualmente suplantada por el dominio de la ley...».—J. M. N. DE C.

SED: *La política de los dirigentes chinos.* Berlín Este y Dresden, 1971-1972; 62 páginas.

El conflicto chino-soviético se polariza en torno a dos grandes bloques «intercomunistas»: uno es formado por los prosoviéticos y otro por los prochinos, incluso en aquellos países que no tienen nada que ver con el comunismo. Frecuentemente se trata de motivos puramente políticos o estratégicos. En el presente caso, los aliados incondicionales de la U. R. S. S., los comunistas de Pankov, intentan refutar las argumentaciones «revisionistas» de los líderes de Pekín conforme a las directrices moscovitas.

La presente publicación contiene diez «documentos» publicados anteriormente en alemán en los siguientes órganos oficiales de prensa del S. E. D.: *Neues Deutschland*, 26 de marzo, 1 y 29 de julio, 12, 14, 21 y 24 de agosto y 1 de septiembre de 1971; *Horizont*, núm. 32-1971, y *Berliner Zeitung*, el 20 de agosto de 1971. La versión española tiene como objetivo el contrarrestar la infiltración china en el mundo de habla espa-

ñola, en primer lugar en los países iberoamericanos.

La polémica intercomunista demuestra que los comunistas no son capaces de dialogar, ni siquiera, entre sí; o se niega o se acepta, no hay camino intermedio. De esta experiencia se deduce que el marxismo-leninismo es más bien un «dogma» que una ideología revolucionaria de acción. La llamada coexistencia es inadmisibles en el campo ideológico; mientras tanto, hay todavía Gobiernos que pretenden probar lo contrario (1); es incomprendible, después de cincuenta y cinco años de existencia del régimen soviético. Según parece, las lecciones sacadas al respecto de los casos de Yugoslavia (1948-49), Alemania Oriental (1953), Polonia y Hungría (1956), Checoslovaquia (1968-69) forman parte de un pasado desafortunado y desafortunado sin más consecuencias que las que pudieran ser consideradas, tan sólo, a título de «recuerdo». El cisma chino, albanés y hasta

cubano empieza a penetrar en la mente del hombre sólo como una forma del policentrismo comunista. No obstante, la disputa con Pekín parece ser más grave de lo que pudiera resultar a primera vista.

Pankov acusa a los dirigentes chinos del nacionalismo afirmando que todos los «teóricos» del maoísmo hasta Garaudy y Goldstücker coinciden en el odio y la lucha «contra el P. C. U. S. y la U. R. S. S., contra el socialismo verdaderamente existente en la comunidad de Estados socialistas». En otro lugar se arguye que «es característico de la historia del P. C. de China que, desde su comienzo mismo, dos tendencias lucharon entre sí: la internacionalista (=marxista-leninista) y la pequeño-burguesa (=nacionalista), la cual presentaba corrientes tanto derechistas como izquierdistas».

En cuanto a las relaciones chino-americanas, Pankov cree que los Estados Unidos no tienen ningún interés en un cambio de su política en dirección a la coexistencia pacífica, sino al contrario, pretenden aprovechar las posiciones anti-soviéticas de los dirigentes chinos para los objetivos del imperialismo norteamericano. Mientras tanto, los chinos reaccionan negativamente ante la «propuesta soviética de una conferencia de las cinco potencias nucleares sobre el desarme...».

Una actitud destructiva se manifestaría en todos los dominios de la política china y entre las más recientes corrientes políticas cuentan las aspiraciones de Pekín de entenderse con la C. E. E., la alianza de los monopolios y Estados imperialistas de Europa occidental; mientras tanto —según observa con satisfacción, el periódico *Die Welt*—, la propaganda china con toda su fuerza contra la política común de los Estados miembros del COMECON. Ya los emperadores chinos solían guiarse por el principio de «ha-

cer destruir a los bárbaros con las manos de los bárbaros», postura que refleja el pensamiento de Mao Tsé-tung, quien manifestaría repetidas veces su teoría de «observar desde la cumbre de la montaña la riña entre los tigres en el valle». Las relaciones de Pekín con las distintas fuerzas políticas internacionales serían determinadas por su propia aspiración a la hegemonía, dirigiéndose ese chovinismo de gran potencia protagonizado por el grupo de Mao única y exclusivamente contra los Estados socialistas en Asia y Europa y, por supuesto, contra su fuerza motriz que es la Unión Soviética, pero «nunca contra el imperialismo». Por esta razón Pekín habla de una «lucha larga, implacable y de principio» contra los países socialistas. De ahí la palabrería de un «crecimiento revolucionario en los países de Europa oriental».

No cabe duda de que el nacionalismo ha invadido al comunismo mundial de tal manera que el conflicto chino-soviético bien podría ser considerado como una erupción volcánica promovida por la naturaleza misma de las cosas. Es cierto, los moscovitas no cesan en sus jacancias de que su marxismo-leninismo «ha suprimido el nacionalismo de los distintos pueblos de la U. R. S. S., y ha creado, en cambio, condiciones necesarias para el «internacionalismo proletario».

La verdad es que el «internacionalismo» de la U. R. S. S. no es sino el nacionalismo soviético, ese nuevo nacionalismo que representaría el nuevo hombre soviético. Los dirigentes de Pekín ofrecen, por su parte, un nacionalismo suyo, propio, como contraposición al soviético; entonces aciertan los comunistas de Pankov al caracterizar al nacionalismo chino-comunista como *antisovietismo*.

La publicación inserta varias realidades que hacen comprender perfectamente la situación intercristiana. Si Pankov

afirma que la China de Mao realiza en un 80 por 100 de su comercio exterior con Estados imperialistas, es de suponer

que lo hace debido a que el mundo socialista soviético no le puede ofrecer prácticamente nada...—S. GLEJDURA.

GEORGES LUKÁCS: *La pensée de Lenine*. Denoël. París, 1972; 160 págs.

Lenin era un hombre de acción, cuya existencia intelectual se basaba en una conexión inseparable entre la teoría y la práctica. Georges Lukács no se equivoca y, por consiguiente, quien no conoce a fondo el pensamiento de Lenin en relación con su programa de acción, fácilmente caerá en desviacionismo. El presente estudio procede de febrero de 1924, escrito en Viena, poco después de morir el fundador del Estado soviético.

Pues bien, y, en efecto, el propósito de Lukács es establecer, pura y simplemente, la conexión entre la teoría y la práctica de Lenin, partiendo de la convicción de que, precisamente esta conexión, no está presente en toda su claridad ni siquiera en la conciencia de numerosos miembros del partido comunista. Ya lo suponíamos sólo al coger el libro aquí reseñado. Un observador occidental puede —o no— caer en «desviacionismo» y no pasa nada, sin embargo, cuando ocurra eso a un comunista convencido, la cosa varía. Aún más cuando se conocen obras y escritos de Lenin en ruso. Sólo que la mayoría de los «expertos» en soviología desconocen dicho idioma. Por otra parte, tampoco los soviéticos, al retransmitir el pensamiento de Lenin en idiomas extranjeros, pueden hacerlo conforme al contenido del mismo, sobre todo en cuanto a su interpretación. Quizá de ahí procede la confusión. No todo el mundo fuera de la URSS domina el ruso, aún menos la mentalidad rusa; tampoco los soviéticos podrán dominar idiomas extranjeros precisamente desde este punto de vista. La confusión es completa y quizá beneficiosa para los dos bandos.

La revolución leninista sigue en pie de

actualidad y dentro de ella el proletariado ha de seguir siendo clase dirigente; sin embargo, el proletariado no es capaz de ejercer su dictadura; por ello tiene que recurrir a un órgano electo, selecto y selectivo, que será el partido comunista, y dentro de ese, unos cuadros bien preparados. Todo se reduce a unos cuantos dirigentes que gobernarán en nombre del partido, del proletariado, del pueblo y del movimiento internacional comunista. Así están las cosas. Muy sencillo todo eso. Imperialismo y antiimperialismo. Estado en proceso de desaparición o de fortalecimiento son conceptos que no tienen un valor real, sino tan sólo propagandístico; mientras tanto, la política real revolucionaria ya es otra cosa. Que sea solamente la política exterior soviética.

Georges Lukács era, es y siempre será marxista. Es un marxista magiar, pero distinto de otros intelectuales marxistas. Admira a Lenin, con o sin razón, sin embargo, es un admirador crítico que a lo largo de los últimos cincuenta años no ha perdido de vista los grandes cambios que se han producido en el mundo y tampoco dentro del comunismo mundial. Lukács defiende a Lenin, porque él mismo es leninista.

La «Realpolitik» de Lenin no sería la de un hombre de acción empírica, sino la síntesis práctica de una actitud esencialmente teórica. Esta siempre culminaría en la captación de las realidades concretas de la situación histórica y social, donde era necesario actuar. Para el marxista Lenin «el análisis concreto de la situación concreta no se opone a la teoría "pura", sino al contrario: es el punto culminante de la teoría auténtica, pun-

to en que la teoría encuentra su verdadero cumplimiento, cuando se transforma en práctica.»

La última de las tesis de Marx sobre Feuerbach, la que les sirve a título de conclusión —hasta aquí los filósofos se han limitado a explicar el mundo, y a partir de ahora se trata de transformarlo— ha encontrado, arguye Lukács, en la persona y en la obra de Lenin su realización más adecuada. Marx ha formulado esta exigencia realizándola en el campo de la teoría por dar una interpretación de la realidad social en cuanto base teórica apropiada en vista de su transformación. Y es solamente con Lenin que esta esencia teórico-práctica de la nueva visión del mundo llegaría a ser acción que interviene en la realidad histórica.

Lenin ha sido un revolucionario inquieto, pero distinto de los anteriores, subraya el autor: siempre tenía algo que aprender, detestaba la retórica y exageraciones y siempre estaba pegado a la realidad. El escrito, «¿Qué hacer?», es

como un símbolo de toda la actividad literaria de Lenin, el pensamiento teórico que constituye el fondo del mismo y representa al mismo tiempo una síntesis anticipada del conjunto de sus concepciones.

Por ejemplo: las luchas espontáneas de clase, como son las huelgas, no siembran entre el proletariado sino gérmenes de conciencia de clase, incluso cuando se trata de huelgas bien organizadas. No le ofrecen «el conocimiento de la contradicción irreconciliable que opone sus intereses a los del conjunto del régimen político y social existente». Se trata que la totalidad brinda la orientación que debetomar la conciencia de clase para engendrar una práctica revolucionaria: sin referencia a la totalidad no existe práctica históricamente correcta, sólo que el conocimiento de la totalidad nunca es espontáneo, al revés, ha de ser aportada «desde el exterior», eso es, mediante la teoría a todos aquellos que se han comprometido en la acción.—S. GLEJDURA.

CHENG TIEN-MU: *Maos Dialektik des Widerspruchs*. Holsten Verlag. Marburg, 1971: 304 páginas.

La *Dialéctica de la contradicción*, de Mao, es una obra que analiza el concepto de la «Prensa y Propaganda» en el pensamiento del líder comunista chino. El autor emprende la tarea de probar que la concepción de Mao en este sentido no tiene como finalidad la enseñanza, la influencia o diversión, tampoco la función informativa, comentarista o comunicativa entre lectores, sino que se trata más bien de funciones que fueran capaces de demostrar los conceptos teóricos para con la estructuración de la nueva sociedad, mejor dicho, de una nueva sociedad, y sobre este presupuesto desarrollar y realizarlos mediante el reflejo y el tratamiento de ciertas contradicciones y con determinados métodos.

No sería otra cosa que la «chinización» del marxismo-leninismo por Mao, subraya Cheng Tien-mu. La cuestión central consistiría en elaborar una teoría, en virtud de la cual se crea algo nuevo rechazando del marxismo lo que no se ajusta a la situación concretamente china. Entonces queda sólo una solución: elaboración de nuevos principios que estén de acuerdo con la realidad histórica china, también desde el punto de vista económico y político. Es como si el marxismo-leninismo se vistiera de signos nacionales chinos. Mao insiste en la necesidad de disponer de obras sobre el marxismo-leninismo, pero siempre en estrecha conexión con las condiciones chinas de existencia y desarrollo.

Según algunos marxista-leninistas, el marxismo es una invitación a la acción, en cambio, Mao afirma que éste *puede serlo* sólo a condición de que la teoría es probada y comprobada con la práctica. Quiere decir eso que el marxismo-leninismo no es la última verdad, sino tan sólo un camino hacia la misma a través de la práctica. Puede haber varios caminos...

Con audacia y tenacidad afronta Mao al marxismo-leninismo y su teoría de la comunicación social. Tomando como punto de partida este hecho, el autor intenta presentar una imagen lo más objetiva posible del sistema maoista de pensamiento respecto al proceso de información para con la elaboración de la unidad revolucionario-cultural de la teoría y de la práctica. Esa es su dialéctica, experimentada de un modo especial por medio de la reciente «revolución cultural proletaria».

Para Mao, la contradicción es un fenómeno universal y todas las cosas están cargadas de la misma. Sería una ley general válida para todos los tiempos y para todos los países, sin excepción alguna.

Por la misma regla, la contradicción sería la ley fundamental de la naturaleza y de la sociedad, por tanto, también del pensamiento, ya que la «contradicción significa movimiento, cosa, proceso y, por supuesto, pensamiento». O en otro lugar: «La ley de la contradicción que implican las cosas, o la ley de la unidad de las contradicciones es la ley fundamental, la más fundamental de la dialéctica materialista.» En caso de negar a las cosas su contradicción significa negarlo todo... En efecto, es la chinización de la dialéctica materialista, según Cheng Tien-mu.

Las concepciones maoistas constituyen la teoría y la práctica, una contradicción dialéctica y a la vez una unidad dialéctica, dentro de lo cual la práctica desem-

peña un papel preponderante en la elaboración de la teoría, la cual, a su vez, ha de servir a la práctica. Este principio del intercambio en el pensamiento de Mao encuentra un complemento importante, asimismo una deducción en su teoría de la prensa y de la propaganda en cuanto al análisis de las contradicciones.

Entre otras cosas, la teoría maoista de la prensa y propaganda trata de la interacción dialéctica entre el hombre y el sistema cibernético con ayuda de modelos internos del ambiente, es decir, se refiere al proceso de la relación de interacción entre las dialécticas subjetiva y objetiva. Es la contradicción que existe entre el comunicante y el que recibe la comunicación. Siguiendo la línea de Mao, resulta que su teoría debe ostentar las siguientes características: 1. Ha de consistir en reconocimientos teóricos sintetizados, en relación con la «democracia nueva» o la guerra popular. 2. Ha de ser fruto de la práctica revolucionaria, transformable en la práctica, aplicable a la práctica y comprobable con la práctica. 3. Igualmente ha de servir a la transformación de la sociedad y del pensamiento, de la manera de pensar o de la mentalidad.

El análisis de la «dialéctica de la contradicción», de Mao, plantea cuatro problemas diferentes: 1. ¿Cuál es el impacto que causan los conceptos teóricos de Mao respecto a la estructuración de una nueva sociedad y de un nuevo hombre? 2. ¿Cuál es la importancia en tal sentido para con la elaboración de un hombre comunista nuevo dotado de la capacidad de pensar de otra manera que como lo hace hasta ahora? 3. ¿Sirvió la «gran revolución cultural proletaria» sólo a la lucha de Mao contra el revisionismo o fue un largo, doloroso y permanente proceso de reeducación para combatir al egoísmo? 4. ¿Acaso se trata de un proceso que puede surgir una y otra vez, aunque en forma y con métodos distintos?

No cabe duda, el pensamiento de Mao ha causado un impacto hasta fuera de las fronteras chinas. Por tanto, conviene

estudiarlo para comprenderlo, neutralizarlo y hasta aprovecharlo para un diálogo razonable.—S. GLEJDURA.

MICHEL LESAGE: *Les régimes politiques de l'U. R. S. S. et de l'Europe de l'Est*. P. U. F. París. 1971; 365 págs.

El autor reconoce que el estudio de los regimenes políticos del bloque soviético presenta tres dificultades serias: 1. Falta de información. 2. Falta de expresión. 3. Dificultad de interpretación. Por esta razón recurre a los siguientes tres principios: información directa a base de fuentes de primera mano —prensa, estadísticas, discursos, decisiones del partido y del Estado; evitar fórmulas consideradas en el Occidente como completamente normales, pero rechazadas en los países en cuestión por interpretarlas como un acto hostil; finalmente, sacar conclusiones sólo cuando éstas parecen ser ciertas. El objetivo del presente libro es el estudio de las instituciones en el bloque soviético y de su funcionamiento.

En todos los países europeos se ha prestado —y sigue prestándose— considerable atención al Este europeo, menos en España, al menos en forma de un fondo editorial que pudiera presentar una sólida base para la acción política; parece ser más cómodo reproducir alguna que otra obra extranjera que tampoco satisface, por ser fruto de un determinado ambiente intelectual y dirigido también a un determinado sector intelectual, público y político, pero que no puede cubrir las necesidades propias al respecto. El libro de Lesage es fruto de un autor francés y destinado, principalmente, al público francés. Aun así, Lesage reprocha a su país el que no se ocupe debidamente del problema planteado..., es decir, que está todavía lejos de conocer las realidades del bloque soviético. «El desarrollo de los estudios sobre aquellos países en Francia nos parece eminentemente

necesario», afirma Lesage y añade: «Sin embargo, éste está condicionado por el desarrollo de las ciencias sociales, puesto que lo importante no es solamente conocer el idioma ruso o los idiomas de los demás países, sino, sobre todo, el disponer de métodos e instrumentos conceptuales que permitan captar las realidades.»

En los regimenes políticos del Este europeo hay características comunes, como consecuencia de la ideología marxista y de la política de acción leninista, no obstante, de acuerdo con las condiciones históricas de desarrollo, cada uno de esos Estados acusa particularidades que hoy día ni siquiera los soviéticos se atreven negarlas. De ahí el llamado policentrismo comunista mundial. En virtud del principio del «internacionalismo, primero proletario, luego socialista, Moscú intenta salvaguardar la unidad de su bloque a cambio de ciertas concesiones en favor de las «vías particulares de desarrollo hacia el socialismo y comunismo».

Los dirigentes de dichos países toman como punto de partida el marxismo para justificar su acción, tratándose de una concepción del socialismo caracterizada principalmente por las transformaciones económicas y sociales: nacionalización de los medios de producción y de los bancos, colectivización de las tierras, recurso a mecanismos de planificación administrativa, por tanto, el régimen político ha sido el instrumento esencial de estas transformaciones... Con razón. Sólo que la función política del Estado queda bien respaldada por la legislación positiva, y en este caso no es extraño que

se adopten decisiones políticas fundamentales a expensas de la sociedad con toda legalidad. Para estudiar la relación entre el derecho escrito, especialmente entre el derecho constitucional y las instituciones políticas, pueden ser empleados dos métodos: tomar la Constitución y las reglas jurídicas publicadas como punto de partida y estudiar su aplicación; el segundo consistiría, por el contrario, en estudiar primero la práctica y luego situar al derecho escrito frente a la misma. Este segundo método parece ser más acertado que el primero, ya que conociendo la práctica, es más fácil situar el derecho escrito en las instituciones. En tal caso, es posible distinguir con más facilidad las reglas aplicadas de las no aplicadas y, por tanto, buscar las razones correspondientes... de esa extraña relación entre política y derecho. Las mismas observaciones son aplicables a los Estatutos del partido.

Junto al derecho escrito entra en juego, y en la misma línea, la ideología marxista. En el presente caso, el fin del estudio no consiste en saber si el marxismo ha sido «correctamente» aplicado o ha sido deformado, sino que se trata de averiguar cuál es el mecanismo de funcionamiento de las instituciones políticas de las sociedades soviética, polaca, checa o eslovaca, magiar o rumana, yugoslava o búlgara... Según afirma el autor, el único problema concerniente a la ideología es precisar su influencia sobre la percepción de los problemas y sobre su expresión igual que sobre su solución. Por las mismas razones que se aplican al derecho escrito, resulta mucho más eficaz localizar el papel de la ideología dentro del cuadro de las reglas que se aplican en vez de escoger la ideología de los dirigentes comunistas como medio de dominar las realidades. Por este motivo, *Le sage* —para no extenderse excesivamente al campo ideológico— procura, pura y

simplemente, establecer límites a los problemas de la calificación de los regímenes por los dirigentes. La ideología como tal evocaría la lucha de clases, la revolución proletaria, la dictadura del proletariado, el socialismo y la construcción del comunismo, o la desaparición del Estado. Entonces son los propios dirigentes llamados a definir esos términos y a adaptarlos a las realidades a las que han contribuido a configurar o que se les habían impuesto a ellos mismos contra su propia voluntad.

El método comparativo parece ser el más apropiado para penetrar en el fondo de los regímenes reinantes en la URSS y los países del Este europeo. En esta relación, el autor establece algunos conceptos con el fin de estudiar las relaciones políticas entre las instituciones de un régimen u otro. Desde el punto de vista organizacional, es imprescindible distinguir:

1. La organización administrativa, basada en la jerarquía y comprendiendo a la vez secretariados jerarquizados y sus respectivos subsecretariados, departamentos o secciones.
2. La organización de burós y comités que, ante todo a escala superior e intermedia, asumen las responsabilidades de las diversas ramas de administración, como: aparato del partido, administración del Estado, la de las llamadas organizaciones sociales, constituyendo, al mismo tiempo, órganos de coordinación y dirección entre las (dichas) administraciones.
3. Las organizaciones llamadas de base, las conferencias y los comités, sobre todo a nivel local, que se componen principalmente de representantes de esas organizaciones, siendo, por consiguiente, una especie de órgano representativo del partido.

Lo mismo ocurre tomando la situación de los miembros del partido; también hay tres categorías:

1. Los funcionarios permanentes del mismo que desarrollan su actividad en el aparato del partido a título de administrativos.
2. Los responsables de otras ramas administrativas y organizaciones existentes en la sociedad, por ejemplo, administración económica y social, Sindicatos, Fuerzas Armadas, asuntos extranjeros, juventudes, Asambleas representativas, etc.
3. Los miembros del partido que no desempeñan ninguna función oficial y de responsabilidad; podría decirse que son aquellos afiliados al partido que forman parte masiva de su afiliación, sin más que ostentando el carnet de miembros (más bien pasivo, entonces).

En resumen: el estudio de los regímenes políticos existentes en la URSS y sus países satélites es un estudio sobre las relaciones actuales entre todas las categorías de instituciones en el proceso de adopción de decisiones políticas. La primera parte del libro aquí reseñado se refiere a la evolución de los regímenes políticos, especialmente del soviético, a título de modelo; a continuación se abordan las relaciones entre la URSS y los regímenes de su órbita; la segunda parte se ciernen sobre el funcionamiento de estos regímenes, sobre todo desde el punto de vista de su mecanismo, estructura administrativa y sus órganos representativos.

No es fácil valorar todos los aspectos de la existencia socialista-comunista de los países, o, mejor dicho, de los Estados del Este europeo, aun menos cuando se trate de unas fuentes originales ofrecidas en idiomas occidentales. No es suficiente, y quizá por eso el autor se ex-

cesa de antemano, de no poder hacer un análisis completo. Sin embargo, la sinceridad, sentida o simulada, no es un argumento suficiente como para pedir perdón..., sencillamente porque existen, desde hace muchos años, y precisamente en los países occidentales, cuadros intelectuales que podrían contribuir al esclarecimiento de los problemas existentes en los países del Este europeo, pero no se les permite por estar *aferrados* al positivismo jurídico hasta contra los intereses de su propio —y respectivo— país. Eso pasa también a Lesage. Excepto unas cuantas fuentes que giran en torno a la URSS y su bloque del Centro y Este de Europa, apenas acude a obras o testimonios personales de primera categoría que pudieran localizar, aparte de los conocimientos idiomáticos, precisamente lo que hace falta: el fondo de un régimen u otro del Este europeo, sobre todo desde el punto de vista histórico, cultural, étnico y religioso. En Occidente se generaliza mucho y se profundiza poco. De ahí los fallos en relación con los propios problemas internos de esta índole, y aún más en cuanto a los planteamientos político-internacionales. Como si de verdad el entendimiento, la convivencia y el intercambio mutuo de valores occidentales no merecerían más que un beneficio puramente comercial. Se editan y traducen obras que en lugar de instruir al lector, desfiguran por completo su imagen del mundo. Será la «política» la madre, pero no la maestra, de los destinos de la Humanidad. Como siempre, todo se debe a la «crisis de la sociedad actual».

* * *

Lesage maneja una serie de fuentes que bien podríamos calificar como de segunda o tercera mano. Fuentes originales, semioriginales e «intermediarias». Todo eso está bien, sólo que sin conocer la mentalidad de los pueblos estudiados, no

puede ser capaz de exponer imparcialmente su existencia. Hay lagunas y, sencillamente, la presente obra será útil a los enterados, pero nunca a los que anhelan saber algo más de lo que «ya saben». En el fondo, Lesage lo admite. Su obra no es más que una exposición, por cierto excelente, pero nada más. Porque le falta exactamente lo imprescindible: la interpretación; el caso de Estados multinacionales del campo soviético: la propia URSS, Checoslovaquia o Yugoslavia, también Rumania, Hungría, Bulgaria, etc., podrían perturbar la mentalidad occidental con una exposición, y a la vez, o a continuación, de los problemas nacionales y de nacionalidades que existen entre los rusos y ucranianos, bielorrusos, pueblos bálticos, caucásicos y transcaucásicos, centroasiáticos, etc., o entre checos y eslovacos, polacos y alemanes, rusos, bielorrusos y ucranianos, entre magiars y rumanos o eslovacos, entre serbios, croatas, eslovenos, búlgaros y albaneses...; lo que no se quiere reconocer por este lado, se silencia lo que existe por otro. Mientras tanto, la mejor manera de resolver problemas pendientes es afrontarlos, como «ocurriría» ahora en

Asia o Africa; queremos decir que como no debería ocurrir, por si acaso...

Lesage naufraga, aunque no del todo. Expone, ofrece, insinúa, pero, repetimos, no interpreta; todavía no; puede que lo haga a continuación en otra obra, que esperamos. Si no fuera así, nos remitiríamos a constatar que su presente estudio es incompleto, porque así es. Es un primer paso y puede que dé frutos deseados, si es que tiene la intención de proseguir —bajo la dirección del profesor Duverger, especialista en Ciencias políticas—, el camino de especialización en los problemas del Este europeo. Los franceses conocerán el Centro y el Este de Europa bastante bien, pero no intentan conocerlo tal como es, sino tal como ellos quieren que sea: napoleónico o degaullista. Este es el error de los politólogos de Francia. Incluyendo a Michel Lesage, autor del presente estudio, y Maurice Duverger, quien dirige la colección «Thémis», que patrocina la obra *Los regímenes políticos de la URSS y de la Europa del Este*, apta para profesores, pero no para estudiantes universitarios deseosos de aprender más de lo que en este caso se les ofrece.—S. GLEJURA.

FRANÇOIS FEJTÓ: *A History of the Peoples Democracies*. Pall Mall Press. Londres, 1971; 374 págs.

Es la historia de los países del Este europeo después de la desaparición de Stalin. En la primera parte, el autor recoge los siguientes problemas: implantación de un nuevo curso político; relaciones entre la URSS y sus países satélites; el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética y los líderes comunistas ante la destalinización; las revoluciones de 1956 en Polonia y Hungría; «una Santa Alianza» contra el revisionismo y el comunismo nacional; el conflicto chino-soviético y la postura de

las democracias populares; el proceso de «liberalización» bajo la Era de Jruschov y los países socialistas después de él; la «segunda revolución yugoslava», la tragedia checa y eslovaca de 1968-1969 y sus implicaciones. La segunda parte, basándose en los hechos descritos hasta aquí se refiere a las estructuras y las tendencias como: contradicciones dentro del sistema comunista mundial; el despertar nacional y el cebo occidental; fuerzas de cohesión e instituciones comunitarias; desarrollo de las estructuras políticas in-

ternas; reformas económicas y de planificación; evolución cultural con su fondo ideológico.

Con una exposición introductoria, el autor ofrece al lector los antecedentes que se extienden a la época desde 1944-45 hasta la muerte de Stalin prestando especial atención al XIX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, celebrado a partir del 5 de octubre de 1952 en el Palacio del Kremlin e inaugurado por el propio Stalin, al que centenares de delegados, en representación de más de seis millones de miembros del partido comunista de Unión Soviética tributaron una ovación prolongada que parecía no terminar nunca. Terminó antes de lo previsto, ya que en marzo de 1953 Stalin había muerto. Poco después se llevan a cabo en la URSS reestructuraciones de los altos mandos del partido; sube al Poder un liderazgo colectivo con Malenkov al frente; cae Beria y Jruschov prepara su camino hacia el Poder, consiguiéndolo en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, en 1956, cuando denunciaría los crímenes de Stalin. Se produce un gran desconcierto en el comunismo mundial, en virtud del cual el italiano Togliatti elabora su doctrina del policentrismo, sobre todo al comprobar que los acontecimientos de Polonia y Hungría eran una consecuencia lógica del monolitismo staliniano. Con ello, el líder comunista italiano salvaría, prácticamente, al campo ruso-soviético de una desintegración completa, iniciada ya el 17 de junio de 1953, es decir, poco después de la muerte de Stalin, con el levantamiento alemán en Berlín-Este.

El liderazgo colectivo soviético es implantado en otros países socialistas, por ejemplo, en Checoslovaquia (=Zápotocky, Presidente de la República después de la muerte de Gottwald, producida una semana después de la de Stalin); Novotny, secretario general del partido comu-

nista, y Siroky, en representación de Eslovaquia. En otros países, la situación cambió también considerablemente.

Lo cierto es que todos esos acontecimientos promovieron una política de distensión entre la URSS y sus Estados aliados que reivindicaron más libertad y sobre todo más respeto a su soberanía nacional. Hasta el punto de «rehabilitar» al régimen de Tito, en rebeldía desde 1948-49. Sólo que en aquella época entra en la escena del comunismo internacional la China de Mao, que pronto obstruiría la política exterior y el liderazgo indiscutible del Kremlin debido a sus reivindicaciones territoriales y también ideológicas. Sin embargo, los soviéticos no estaban, ni estarán, dispuestos a renunciar a su hegemonía frente a los demás aliados: el 14 de mayo de 1955 nace el Pacto de Varsovia, cuyos efectos se prolongarán hasta la actualidad, ya que está bajo el mando soviético y, por tanto, es posible intervenir militarmente en cualquier parte de su bloque so pretexto de «salvaguardar las conquistas» del socialismo. En vista de ello, Yugoslavia reafirma su condición de náufrago entre el Occidente y el Oriente, aunque más bien dentro del Este. Le favorecen sus condiciones geográficas.

La reacción a la revolución antisoviética en Hungría fue al principio confusa, luego se aclararía con ciertas concesiones del Kremlin a sus aliados ya en virtud del policentrismo de Togliatti. Poco a poco, la URSS va imponiendo una vez más su criterio de líder indiscutible en el movimiento comunista, aunque fuera policéntrico. En 1957, el partido comunista de la Unión Soviética convoca la primera conferencia intercomunista en Moscú del 14 al 16 de noviembre: hubo dos sesiones —la primera se celebraría entre los representantes de los partidos comunistas en el Poder—; firmaron todos menos Yugoslavia; en la segunda reunión participaron sesenta y ocho par-

tidos comunistas de los entonces setenta y cinco existentes en el movimiento comunista mundial, en el curso de la cual se adoptó un Manifiesto de la Paz preparado por los soviets y los polacos; firman también los yugoslavos, probablemente para no destruir todos los puentes que conducen a Moscú. En todo caso, Yugoslavia se encontraba entre los acusados de promover el policentrismo y una parte de la revolución magiar fue a caer sobre Belgrado.

La Conferencia intercomunista de 1957 consiguió «reconciliar», al menos teóricamente, dos posturas radicalmente opuestas: la soviética de la coexistencia pacífica y la china de una guerra antiimperialista total. En efecto, este compromiso apenas sobreviviría algunos años, cuando a principios de los años sesenta los chinos adoptan una postura abiertamente antisoviética en todos los aspectos. Albania se alía con Pekín, Rumanía procura no perturbar a los chinos y Yugoslavia prosigue su política «neutralista».

Mientras tanto, la URSS y los países de su órbita emprenden una serie de reformas económicas, quizá bajo la influencia del proceso de «liberalización» promovido por Jruschov, sin embargo, sin éxitos viables y tangibles. Buena prueba de ello son los acontecimientos de Checoslovaquia de 1968. No llegó a acertar en nada la URSS, por lo cual la pérdida de ese país podía haber significado el paso definitivo hacia la desintegración del campo socialista en la Europa Oriental. Era inevitable la invasión del 20-21 de agosto, aunque, acto seguido, los soviéticos se comportarían con bastante benevolencia en los países ocupados. Sólo que ya estaban preparando su «doctrina de la soberanía limitada» justificando, de es-

ta manera, por medio de unas normas nuevas de DI su intervención armada...

Igual que en Polonia y Hungría en 1956, los soviets no restituyen en Checoslovaquia al equipo que provocó el desastre. Durante algunos meses, excepto casos aislados, no hubo represalias, tampoco purgas; el mismo equipo siguió en el Poder. De los tres principales protagonistas de los acontecimientos checos y eslovacos, Dubcek, Husák y Svoboda, sólo el primero es eliminado en 1969; los dos siguientes están aún en el Poder, pero ya no bajo la inspiración del idealista eslovaco Dubcek, sino a las órdenes del Kremlin. Así, junto al gommulismo y al kádárismo surge un nuevo fenómeno en la Europa Central: el husákismo, como portadores del «auténtico marxismo-leninismo» a gusto de los soviets. Además, los tradicionales problemas nacionales entre checos y eslovacos encontrarían, bajo la presión eslovaca, precisamente, una aprobación formal del Kremlin en forma de una federalización de Checoslovaquia... No obstante, después de la consolidación de la situación en las Repúblicas socialistas checa y eslovaca, respectivamente, los soviéticos han vuelto a asomarse una vez más con seguridad sobre el Danubio en dirección Sur y Oeste de Europa. Helsinki y Viena están en sus manos en cuanto a las negociaciones sobre la seguridad, cooperación y la disminución de efectivos militares en el Viejo continente.

Por razones técnicas, señalamos que el original de la presente obra fue publicado en 1969 en las Ediciones del Seuil, de París, con el título de *Histoire des Démocraties Populaires: Après Stalin*. La versión inglesa corre a cargo de Daniel Weissbort.—S. GLEJÐURA.

TEMAS AFRO - ASIATICOS

GIAMPAOLO CALCHI NOVATI: *La revolución del Africa Negra*. Editorial Bruguera, S. A. Barcelona, 1972; 221 págs.

Entiende el autor de estas páginas que, en efecto, el proceso de la liberalización del Africa negra ha llegado a su fin. Consecuentemente, quiérase o no, «la liberalización del Africa negra está casi terminada. El "poder" soberano es una realidad para la mayoría de sus países. La incidencia sobre el significado de la independencia africana de la restante esfera colonial —particularmente en los territorios del Africa Meridional— es, en verdad, mayor que una simple valoración cuantitativa, por las consecuencias que proyecta sobre la "libertad" y sobre la "paridad" de las poblaciones africanas en su complejo marco y por su repercusión en el mundo. No obstante, la emancipación de estas últimas posesiones coloniales se coloca ahora bajo una perspectiva distinta, de plazo y no de valor. La convicción de que el colonialismo constituya el factor perdedor de la confrontación en curso podría, quizá, precipitar la solución, estimulando a las fuerzas internas e internacionales, que pueden influir sobre el resultado, a tomar posición a favor del movimiento nacionalista. Sobre todo si el "equilibrio" entre las grandes potencias sabe conciliarse mejor con el derecho de autodeterminación de los pueblos.»

Evidentemente, y esto no necesita mayor aclaración, lo anteriormente expuesto no significa que los problemas del Africa negra hayan terminado. Conviene recordar, y así lo hace el autor, que «los Estados negro-africanos no poseen una economía nacional consistente, y sus poblaciones no tienen una conciencia política que pueda sostener una política de progreso; la dispersión del poder político por la supervivencia de sistemas tri-

bales muy antiguos y muy arraigados, representa otro obstáculo para la consecución de los principales objetivos de un movimiento revolucionario».

El Africa negra, además, ha tenido que luchar con la poderosa influencia que supone la política desarrollada por las metrópolis europeas. Consecuencia de esa influencia fue el hecho, sorprendente incluso para los propios africanos, de que «el Africa tradicional acabó por parecer —más que arcaica— un mundo sin vida, porque los estímulos de progreso que habían empezado a manifestarse en su seno, y que los primeros contactos con los europeos habían multiplicado, acabaron por ser distorsionados, agotándose en la faja "colonizada", privando al grueso del país y de la población de la levadura que había debido llevar consigo antes de la madurez. La inestabilidad, las depredaciones, la pobreza de las sociedades negro-africanas —aun después de completada o casi completada la descolonización constitucional—, deben atribuirse a esta duplicidad antinatural provocada por el imperialismo. El contraste entre la ciudad y el campo, entre la costa y el interior, entre los evolucionados y las comunidades tribales, entre instituciones "occidentales" y culturas tradicionales es total, y la desarticulación que se deriva de ello ha sido siempre el mayor obstáculo para cualquier política de desarrollo; colmar esta diferencia ha sido, pues, con diversa fortuna, la tarea que se ha propuesto, en Africa, no importa cuán conscientemente, cualquier revolución.»

Según lo que acabamos de enunciar, justamente, cabe preguntarse: ¿Cuál ha sido el sueño del panafricanismo...? La

adecuación de los sueños panafricanistas a la realidad concreta de los territorios africanos (los futuros Estados independientes) se debe a los movimientos de opinión, convertidos luego en partidos políticos nacionalistas, que se desarrollaron en la Costa de Oro (Ghana) y en Nigeria. El panafricanismo fue el *trait d'union* que infundió en las reivindicaciones difusas de la *élite* africana politizada un contenido expresamente «nacional»: en esta acepción nacional, el momento de la independencia estatal tiene prioridad sobre los principios de nación, pero esta deficiencia se debe, por lo general, a factores extraños de perturbación (como la heterogeneidad étnica, lo artificial de las fronteras, la ausencia de tradiciones estatales consolidadas, etc.). Creado el Estado, los Gobiernos africanos se han empeñado en la búsqueda de una nación, unificando a las tribus comprendidas en los límites de la propia soberanía.

De todas formas, hoy por hoy —conclusión a la que llega el doctor Calchi Novati luego de un detenido análisis de todos los estallidos revolucionarios que en las diferentes latitudes geográficas del África negra cabe registrar—, el balance revolucionario no es muy positivo, a saber: la fragilidad de los Estados africanos, su debilidad económica, la ausencia de datos nacionales seguros, el monopolio de la hegemonía occidental, los errores de la U. R. S. S., la carencia de un medio cultural que sea africano y al mismo tiempo moderno han disminuído las conquistas de la independencia africana hasta las formas de una soberanía de fachada. Los golpes militares de 1965-1966 han sido, antes que una «regresión», la prueba de una insuficiencia general. Así, los países africanos se encuentran bajo los mismos interrogantes de fondo que en la inmediata postguerra fueron avistados por las mentes más lúcidas: interrogantes que afectan a la vitalidad de sus sistemas económicos y

políticos, a la alimentación de sus poblaciones, al derecho a tener un puesto a la par en la escena internacional, al fin del condicionamiento imperialista.

Tal vez, a nuestro parecer, uno de los capítulos más importantes de esta obra resulte el consagrado al estudio del denominado socialismo africano. En efecto, opina el autor, «cuando se habla de "socialismo africano" o de "socialismo en África" se precisa la nota de su particularismo, que ha suscitado no pocas desconfianzas, al igual que el panafricanismo, entre los doctrinarios marxistas. Muy lejos de referirse exclusivamente al marxismo, el socialismo africano reivindica —sobre la base de consideraciones, que son al mismo tiempo ideológicas y prácticas— el derecho de ser "africano", una especie de tendencia natural. Los teóricos de la vía africana al socialismo —contra los cuales se muestra muy severo el africanista soviético Potekhin—, no creen poder aplicar a las sociedades africanas los módulos del socialismo tal como éste ha sido elaborado o realizado en Europa. Un poco por el temor a caer en una forma nueva de opresión y un poco porque no juzgan idóneas esas fórmulas para la situación de las sociedades africanas. El socialismo en sentido tradicional es el producto de un análisis referido a las sociedades industriales y, aunque el movimiento socialista —más allá de las complicidades ocasionales de los partidos socialistas europeos con el colonialismo— haya acabado por ser objetivamente un estímulo hacia el resquebrajamiento de los imperios, su doctrina prescinde del estudio de las contradicciones en que se debaten las sociedades subdesarrolladas y colonizadas, y, en particular, las sociedades negro-africanas.»

Es preciso reconocer, en todo caso, el profundo arraigo que la doctrina socialista ha encontrado en el África negra. Lógicamente, pues, «el socialismo ha inspirado, no importa si conscientemente o de

una forma más vaga, las revueltas de origen campesino en el Camerún y en Madagascar. El socialismo es la ideología a que apelan todos los movimientos de liberación nacional que operan en las restantes colonias del continente o en los países sujetos a régimen de minoría blanca. El socialismo es, en fin, la expresión, en términos políticos, de la gran esperanza de redención que la independencia, sobre todo en el plano constitucional, ha infundido en toda África, y cuya fallida realización explica en gran parte la inestabilidad y las tensiones que afligen a casi todos los Estados del continente.»

Resulta curioso cómo en el África negra, al amparo de tanta y tan profunda y extremada violencia, ha surgido una nueva *élite* social que goza de suma importancia: la clase militar. Clase sobre la que, en cierto modo, descansa el futuro del África negra. Así, por ejemplo, cuando un problema sociopolítico no aca-

ba de entrar en vías de adecuada solución, la clase social anteriormente aludida lo soluciona mediante el empleo del golpe de Estado. Consecuentemente, la solución del golpe de Estado se hace inevitable en estas condiciones: no es sólo el partido único el que degenera en la intervención del Ejército; es el deterioro continuo de una solución que se quería preconcebida al fin de una secular sujeción y a la recuperación plena de la dignidad, como individuos y como naciones, lo que no permite ya el puro y simple inmovilismo.

África, sin embargo, está obligada a avanzar en orden abierto, sin poder arrojar a la lucha el peso de una fuerza que existe sólo a condición de la unidad. Es obvio, pues, que «el panafricanismo se ha convertido así en poco más que un desahogo de retórica tras del cual África oculta su impotencia».—J. M. N. DE C.

GIAMPAOLO CALCHI NOVATI: *La revolución argelina*. Editorial Bruquera, S. A. Barcelona, 1971: 447 págs.

Son múltiples los motivos que, en cierto modo, justifican el estallido revolucionario argelino. Casi todos son profundamente analizados por el autor de estas páginas con ejemplar minuciosidad y objetividad. De todos, sin embargo, existe uno que resulta muchísimo más elocuente que los restantes, a saber: que la administración francesa en Argelia tuvo siempre como propósito esencial el de «meter al país conquistado en la matriz del país conquistador». Una serie de Decretos sobre la integración de la colonia en la ley francesa como «prolongación de Francia» en África se promulgaron en 1870, según la fórmula de las «competencias separadas»: ejecución en Argel, decisión y control en París. La asimilación fue perfeccionada en 1881 por

el primer auténtico gobernador civil, Albert Grévy, con los Decretos que pusieron a todos los sectores administrativos a las directas dependencias de los respectivos directores franceses, reduciendo al mismo gobernador al papel de simple portavoz del Gobierno central, dotado de poderes casi exclusivamente nominales. La asimilación ha sido durante mucho tiempo una coartada del colonialismo, un corolario de la teoría de la «personalidad negativa» del Estado súbdito, pero su puesta en práctica fue en Argelia inadecuada a las premisas, porque a la destrucción de la sociedad árabe no siguieron las correspondientes ventajas sociales y políticas.

El balance final de la colonización, consecuentemente, no deja dudas sobre

su significado para la sociedad argelina. La «nación» argelina había desaparecido, perseguida en todos sus valores (unidad económica, lengua, religión, cultura, etcétera), porque la «resistencia» impidió el asentimiento del colonialismo sobre las bases de la dominación indirecta como en Túnez o en Marruecos. «La Argelia de la primera mitad del siglo XIX presentaba menos indigencias, más ocasiones de progreso con relación a la civilización de la época y al movimiento de los pueblos líderes, de las que mostró al final del mismo siglo, cuando este país, despojado de millones de hectáreas de tierra, de sus bosques, de sus minas, de su libertad y de sus instituciones, perdió al mismo tiempo el apoyo esencial y el motor de toda evolución verdaderamente colectiva.»

No obstante lo que pudiera pensarse es cierto, en efecto, que la revolución argelina no ha sido ni el fruto de una mera construcción ideológica ni, muchísimo menos, como se ha escrito a menudo, el subproducto de un movimiento guiado desde el extranjero, sino el resultado de toda una evolución, pasada a través de la reafirmación de la personalidad histórica de Argelia y de la toma de conciencia, por parte de su pueblo, de la propia tradición nacional y cultural.

Por otra parte —subraya el autor— no debemos olvidarnos que existió un hecho que, justamente, aceleró, dentro de lo que cabe, el proceso revolucionario argelino, a saber: la segunda guerra mundial aceleró el ritmo de evolución de todos los problemas del mundo colonial y alentó, por vías mediadoras, el empuje nacionalista. Africa, y particularmente Argelia, fue teatro principal de la guerra y se vio envuelta directamente en el debate político centrado sobre la autodeterminación de los pueblos. Los principios codificados por las Naciones Unidas, la política anticolonial de la

URSS y de los Estados Unidos, y la desintegración de los imperios de las potencias europeas en Asia, hicieron irreversible el fenómeno de la «descolonización».

Evidentemente, resulta innecesario el indicarlo, el autor de este libro consagra un denso capítulo al análisis del papel representado por el llamado Frente de Liberación Nacional. El programa político del Frente de Liberación Nacional apunta a la «independencia nacional», mediante la restauración de la soberanía del Estado argelino «democrático y social en el cuadro de los principios islámicos» y el respeto de todas las libertades sin discriminaciones. El movimiento insurreccional se propone seguir la vía revolucionaria contra la corrupción y el reformismo tocando a la llamada «a todas las energías sanas del pueblo argelino con vistas a la liquidación del sistema colonial». El Frente de Liberación Nacional está decidido a llevar a fondo la lucha, cuyo éxito es «seguro»; mas para evitar contiendas y ruinas inútiles, expone algunos principios cuya acogida por parte de las autoridades francesas podría fomentar la pacificación. Estos principios eran el reconocimiento de la nacionalidad argelina, la apertura de negociaciones con representantes autorizados del pueblo argelino para el reconocimiento de la soberanía argelina una e indivisible, la creación de un clima de confianza con la liberación de los detenidos políticos y la abrogación de las medidas de emergencia.

Resulta curioso el advertir que el movimiento de liberación argelino ha tratado de ser, en rigor, un movimiento que responde a las apatencias de todos los argelinos. Justamente, se nos indica en estas páginas, «la liberación de Argelia no será obra de un partido sino obra de todos los argelinos», escribía el periódico de la revolución *El Moudjahid*. En realidad, el programa del Frente de Liberación Nacional no tardó en recoger la una-

nimidad de las fuerzas políticas, si se «excluye al MNA, caído ahora en el «colaboracionismo». Los «centralistas» del viejo MTLD confirmaron en seguida su adhesión. También los «elegidos» rechazaron las ofertas que Francia adjuntaba a la represión para reanudar la vieja idea de la asimilación en la nueva forma de la integración.

Especial atención dedica el autor de estas páginas, igualmente, al tema del Ejército. La subida del Ejército como única fuerza activa de la política argelina tiene orígenes lejanos. Se explica así la disociación que se creó después de la independencia entre la autoridad y las masas populares, que habían sostenido con sus sacrificios una de las más épicas guerras de liberación de los tiempos modernos. La tesis de Fanon sobre lo inmediato de la revolución cuando la independencia se obtiene con la violencia de todo un pueblo alzado en armas contra la violencia del colonialismo, sólo han sido desmentidas en apariencia, porque en la guerra de liberación argelina había estado siempre latente la presencia de fuerzas político-militares que, dejando aparte al hipotético partido revolucionario, pensaban en términos «convencionales», preparando en los «santuarios» del exterior al Ejército, oportunamente «politizado», de la futura Argelia independiente. La igualdad entre lucha anticolonial y rescate de las poblaciones colonizadas no continuó ya con la misma necesidad.

Desconfía el autor de este libro del término «revolución» que, en cierto modo, ha pasado a ser total y absolutamente inexpresivo dado que, efectivamente, la palabra «revolución» se ha empleado durante mucho tiempo a ton-

tas y a locas, sin un contenido preciso. Sin embargo, siempre ha galvanizado el impulso de las masas populares que por instinto le conferían un significado que trascendía a la guerra de liberación. De lo que carecía, lo que aún le sigue faltando para ser una revolución en el pleno sentido de la palabra, es la base ideológica indispensable. Durante la guerra de liberación, el solo dinamismo de la lucha bastaba para estimular y arrastrar las aspiraciones revolucionarias de las masas. Hoy, que con el fin de la guerra y con el restablecimiento de la independencia nacional este dinamismo se ha detenido, es necesario prolongarlo sin dilación en el plano ideológico. A la lucha armada debe suceder la batalla ideológica; a la lucha por la independencia nacional sucederá la revolución democrática popular.

¿Cuál ha sido el resultado más positivo de la revolución argelina? Durante toda la guerra —subraya el autor— y sobre todo hasta 1958, los países occidentales se alinearon junto a Francia y participaron, en el cuadro de la NATO, en su esfuerzo bélico. Sobrevalorando las rivalidades de tales países, la dirección de la revolución no se dio cuenta del carácter secundario de tales oposiciones respecto al carácter de la revolución argelina.

En conclusión —nos dice el autor— Argelia soporta el peso de dos clases de problemas: los nacidos de la colonización y los nacidos de la guerra y de la independencia. Estos problemas explican la actual situación e imponen en gran parte la acción necesaria que deberá llevarse a cabo en todos los campos para realizar la aspiración socialista. J. M. N. DE C.

FRANCESCO CATALUCCIO: *La revolución india*. Editorial Bruguera, S. A. Barcelona, 1972; 330 págs.

La India moderna surge de la experiencia colonial y es por eso por lo que los historiadores, sobre todo británicos e indios, han puesto su mejor voluntad de documentación, precisión, análisis e interpretación en el período que, comenzando en la batalla de Plassey (1757) y en la victoria de la iniciativa de Clive sobre la de su oponente francés Dupleix, o, más exactamente, en el fin de la Confederación Maratha y en la consolidación de la preeminencia, *paramoutcy*, de la Compañía de Indias sobre los Estados indios (1818), alcanza hasta la proclamación de la independencia de la India. La India fue un capítulo demasiado importante en la acción colonizadora británica para que la historiografía de allende el canal no intentase reconstruir sus líneas de gobierno y las directrices de su política indígena, sus errores de método y los primeros intentos de sus pioneros, sus dudas de valoración y las sagaces intuiciones de sus estadísticas, de sus funcionarios y de los hombres de negocios ligados a la cuestión india; y, por otra parte, la colonización británica se hizo sentir demasiado en la evolución moderna de la India, en sus características nacionales y orientaciones de su vida, provocando crisis y exámenes de conciencia, roturas psicológicas y despertar de energías, para que los historiadores indios no sintieran estimulante la necesidad de estudiar a fondo todos los significados humanos, sociales, culturales y económicos hallados en la experiencia colonial, las causas y consecuencias de su sujeción a una voluntad extranjera, los motivos de comportamiento y la oportunidad o pertinencia de sus reacciones. Consecuentemente, pues —subraya muy acertadamente el autor—, la India parece el banco de prueba ideal para identificar

los aspectos positivos y negativos de la colonización moderna, para hacer un balance, no abstracto, sobre la base de la licitud o ilicitud moral de la imposición por la fuerza de un tipo de civilización no preparada para la defensa política y militar de sus valores, sino concreto e «histórico» del fenómeno colonial, que ha llegado a su ocaso: balance dirigido a determinar no lo que debería haber sido sino lo que ha sido, no porque no se siguió una determinada línea de conducta sino las tensiones y los intereses que llevaron a aquellas decisiones y a aquellas posturas.

En realidad, nos es dado apreciar en otro lugar de estas páginas, en la India ha habido una potencia colonial que no ha sido guiada solo, al menos en la fase de su directa administración, por el puro y simple cálculo de disfrutar despreocupadamente del territorio conquistado, sino que, además, ha descompuesto profundamente el tradicional equilibrio vital de este territorio, y ha habido una población indígena caracterizada, a la vez, por personalidad cultural y crisis de degradación, por insuficiente capacidad de reacción inmediata al dominio de otros y por una rápida toma de conciencia de sus valores autónomos vitales. ¿Qué fuerzas receptivas y repulsivas ha manifestado esta población indígena con respecto a la presión político-cultural exterior? ¿Cómo las ha valorado el Estado colonizador? ¿Cómo ha actuado para reforzar las primeras y quitar fuerza a las segundas y en qué medida las ha tenido en cuenta en sus decisiones de gobierno?

La India tuvo en común con los otros inmensos territorios de América, Asia y África, que los descubrimientos geográficos de los siglos XV y XVI y el impulso industrial y comercial de la Europa mo-

derna abrieron a las iniciativas económico-comerciales y al dominio político de algunos pueblos europeos, la incapacidad estructural y organizativa para contraponer una fuerte resistencia político-militar y para imponer un diálogo de intereses fuera de la perspectiva colonial; pero más que ningún otro territorio de fuera de Europa se presentó al conquistador con valores culturales de significado universal, con experiencias intelectuales y tradiciones vitales de tal categoría que no le permitían una completa voluntad de evolución, un trasplante puro y simple de su tipo de civilización.

El primer atisbo de la llamada revolución india lo podemos encontrar en el hecho de que, efectivamente, un importante sector de la sociedad india, restringido en número, pero culturalmente despierto y económicamente emprendedor, escogió el camino de la ruptura radical con el pasado y de la plena aceptación de la ideología occidental. Formaban este sector comerciantes mayoristas e intermedarios introducidos en la órbita de la actividad comercial de la compañía, profesionales favorables a las ideas de progreso, intelectuales que no podían soportar el ambiente cultural que los había formado. Generalmente, influyó sobre su toma de posición, como sucedía en dirección contraria para los brahmines, un cálculo de promoción social y de ventajas económicas. Algunos de entre ellos no hicieron más que transferir al terreno cultural una predisposición a la colaboración que, en el terreno político, los había empujado a tomar el papel, por emplear la terminología que se nos ha hecho familiar con la segunda guerra mundial.

Evoca el autor, en las páginas centrales de su libro, que el mito del «buen gobierno» se concretó en una impotente actividad legislativa y reformista que alcanzó a todos los aspectos de la vida del país. Constituyó el punto de partida

de la «revolución india» en el sentido de que puso los fundamentos de un Estado indio unido y moderno, creó las premisas para una relación entre ciudadano y Estado, de una nueva concepción de la India en los indios, de una más amplia perspectiva de la vida nacional y de una articulación más precisa de las diversas funciones estatales.

Especial atención consagra Francesco Cataluccio a la figura de Gandhi. Para el autor, y así lo especifica, el secreto de la enorme popularidad que Gandhi conquistó en todos los estratos de la sociedad india —se convirtió en el *mathama*, es decir, alma grande— fue esta convicción de su superioridad moral que él supo despertar en los indios y, sobre todo, el haber dejado bien claro que aquella superioridad política era capaz de bloquear y doblar la fuerza material del adversario. En virtud de esta sacudida psicológica y política de que fue artífice consiguió imponer las luces y las sombras de su conducta política, y sus gestos audaces y sus repentinos repliegues, sus visiones realistas y sus reacciones impulsivas, su espíritu conciliador y su tenacísima intransigencia, sus revolucionarias palabras de orden y sus directrices de compromiso.

A juicio del autor, el proceso revolucionario que experimentó la India desembocó en algo realmente transcendente, a saber: en el imperio de la opinión pública. Algo seguramente nuevo y positivo en la India, llegada la independencia, fue la opinión pública. Opinión pública de restringido alcance, pero viva y apasionada, especialmente en la clase media y entre las filas de los obreros y de los braceros, que tenían conciencia del largo camino que quedaba por recorrer para la realización de un Estado y de una sociedad con estructuras modernas, y mostraba una cierta ansia por apresurar los tiempos de la acción renovadora. Se quería que el país mostrase su madurez,

ahora que no se podía recurrir a la coartada del régimen colonial que estorbaba el arrojio indio, imponiendo la ley de su provecho; se daban cuenta de que había llegado el momento de dar un significado político y moralmente más válido a la lucha de liberación nacional hasta ahora combatida. A la revolución «por la independencia» debía seguir una revolución interna capaz de transformar en ciudadanos de pleno derecho y en total igualdad a los muchos millones de indios económica y socialmente relegados a los márgenes de la vida nacional, capaz de romper con firmeza los esquemas tradicionales que aislaban a castas y clases, de mudar a fondo modos y sistemas de producción, sobre todo en el campo, de

cutar los infinitos nudos de privilegios que siempre habían obstaculizado una verdadera renovación de la sociedad india, de reavivar y valorizar todas las fuerzas productivas y culturales. Demasiados problemas, y todos con carácter de urgencia, había sobre el tapete: para la India no se trataba de un simple paso de lo extraordinario a lo ordinario.

Entiende el autor, a modo de conclusión, que la India posee todos los elementos para erigirse en una de las áreas clave de la comunidad de las naciones, pero a la vez presenta pavorosas lagunas estructurales y paralizantes de todo su potencial humano y cultural a fin de lograr un renacimiento de fondo.—J. M. N. DE C.

TEMAS HISPANOAMERICANOS

FRANCESCO RICCIU: *La revolución mexicana*. Editorial Bruguera, S. A., Barcelona, 1971; 217 págs.

Subraya el autor de estas páginas con muchísimo acierto que, efectivamente, la característica esencial de la revolución mexicana de 1910 radica en el anhelo que el pueblo mexicano demostró en la consecución de lo que podríamos considerar la conquista de lo «nacional». Consecuentemente, en opinión del doctor Ricciu, «el México contemporáneo es el producto de tres acontecimientos revolucionarios: la revolución de la independencia (1810-1821), la revolución de la reforma (1854-1867) y la revolución mexicana (iniciada en 1910). La primera emancipó al país del dominio colonial español; la segunda proclamó la libertad de conciencia y el laicismo del Estado; la tercera ha puesto en marcha un proceso regenerador para la conquista de la democracia. Tres pilares de un mismo edificio, erigido para individualizar las características de la mexicanidad. La construcción de este edificio ha costado sangre y sufrimientos,

pero también ha sacado a la luz el heroísmo de todo un pueblo, artífice apasionado de su propio destino».

De todas formas, como con toda autoridad ha sugerido Octavio Paz —oportunamente citado por el autor de estas páginas—, la revolución mexicana, en comparación con cualquier otra revolución, presenta una extraña dialéctica sociopolítica, a saber: «La revolución es una inmersión imprevista de México en su propio ser... Es un movimiento dialéctico tendiente a reconquistar nuestro pasado, a asimilarlo y a hacerlo vivir en el presente... Es un estallido de la realidad, una revuelta y una comunión, un despertar de viejas ideas dormidas, la manifestación de muchas ferocidades, muchas ternuras y muchas finezas que no habían podido expresarse». De aquí su aspecto casi paradójico: cada revolución, por sí misma, es el esfuerzo de edificación de una sociedad nueva; la revolución me-

xicana ha perseguido indudablemente este objetivo, pero lo ha hecho coincidir con las fuentes ancestrales de la mexicanidad, repudiando las cosas espúreas que se habían sobrepuesto entretanto.

Es curioso, igualmente, el hecho de que la revolución mexicana presente, a diferencia de los restantes procesos revolucionarios de nuestro siglo, un elenco de héroes populares, es decir, de hombres a los que amaba profundamente el pueblo y en los que veía plenamente identificados con su anhelo y esperanzas: Zapata, Villa, etc. «La voz que se esperaba, la gran propuesta de rectificación, vino desde el sur. La lanzó Emiliano Zapata. Después del desafío a Francisco León de la Barra y tras la sucesiva rotura con Madero, Zapata se había refugiado de nuevo en su Morelos natal, agitando la bandera del agrarismo. La lucha que realizaba hundía sus raíces en la pureza de las tradiciones y consistía, usando la eficaz comparación de Octavio Paz, en la revolución de la realidad mexicana, oprimida por los esquemas del liberalismo y por los abusos de los conservadores y de los neoconservadores. En un sentido profundo, sigue explicando Octavio Paz, el movimiento zapatista negaba la obra de la reforma, porque constituía un retorno a aquel mundo, del cual, con un corte neto, los liberales habían intentado separarse. Pero, a la vez, aceptaba de la reforma la siempre válida lección de libertad, para asimilar la savia histórica de México y hacer de su pasado válido un maravilloso don.»

Tal vez, desde la perspectiva esencialmente sentimental, la figura de Zapata aventaje ligeramente a la de Villa —el caudillo que fue vencido por la burocracia—. Así, afirma el autor de este libro, «dos hechos fundamentales contribuyeron a la derrota de Villa. Sobre todo, como ya se ha dicho, la ley agraria de 6 de enero de 1915: después del Plan de Ayala, que todavía sólo era un plan.

fue el primer documento de la revolución que proponía en términos legislativos una solución concreta al problema de la tierra; la réplica villista del 7 de junio, tuvo el defecto de ser tardía. En segundo lugar, la alianza con el mundo obrero hecha por Carranza, a través de Obregón, en el mes de febrero. Aquella fue la gota que colmó el vaso. De ella se derivó, en efecto, la formación de "batallones rojos", que, hombro con hombro con las tropas constitucionalistas, permitieron a Obregón maniobrar el ataque. Un ataque no sólo militar, sino también ideológico y político, porque estaba imbuido de las ideas socialistas que se irradiaban de la Casa del Obrero Mundial. Por lo tanto, puede afirmarse que la victoria de Carranza se basó esencialmente en aquel encuentro revolucionario entre obreros y campesinos, que se había madurado en un proceso de convergencia gradual».

Cabe, naturalmente, preguntarse: ¿Qué es lo que, en rigor, se propuso la revolución mexicana? La revolución mexicana fue, desde luego, un conjunto de causas que degeneró en el estallido de 1910; también, por supuesto, fue la epopeya militar del período 1910-1917, pero asimismo era una autocrítica permanente, una acción constante de adaptación a la realidad. Por eso, aún hoy, en México, se habla de continuidad revolucionaria, se habla de ella —piensa el doctor Ricci— porque se trabaja en el filón de una doctrina, que es precisamente la doctrina de la revolución. Como aparece en la Constitución de Querétaro, esta doctrina es dialéctica. No embalsama en fórmulas cristalizadas las soluciones de los problemas políticos, económicos, sociales y jurídicos del Estado; al contrario, anunciaba una serie de principios que se transforman en normas de legitimidad para que el México de cualquier época realice plenamente su propio destino.

«La revolución mexicana, por otra par-

te, sostiene —destaca el autor de estas páginas— la tesis política de la democracia como sistema interior y exterior de Gobierno; igualmente proclama la validez de la concepción histórico-política de la extrema izquierda con tendencia filosófica progresista: efectivamente, proclama la emancipación de las masas y lucha contra los prejuicios del hombre, tutelando con preceptos de Derecho público los deseos de la mayoría.»

Destaquemos, por supuesto, que la revolución mexicana sostuvo como principio esencial, es decir, principio básico, que el pueblo goza en cualquier momento del derecho de darse la forma de gobierno preferido; porque en el pueblo y sólo en el pueblo reside la soberanía de forma que todo poder público emana del pueblo y debe desarrollarse en beneficio suyo.

No deja de ser interesante otro de los principios que la revolución mexicana ha legado a la posteridad: el principio de la coexistencia pacífica internacional. Justamente, uno de sus más gloriosos líderes políticos afirmó —nos referimos a Juárez—, que «nada justifica el ataque al derecho ajeno, porque en tal derecho se basa la paz», el México salido del caudillismo revolucionario —escribe el doctor Riccio— funda sobre tres puntos su propia conducta respecto al mundo exterior: la autodeterminación de los pueblos, la no intervención y el respeto al derecho ajeno. Toda la política exterior mexicana, ya durante el principio de la revolución como demuestran los episodios de la confrontación entre Carranza y Wilson, se ha basado en los puntos prece-

dentos: una política de coexistencia y de respeto, vivificada por motivaciones íntimamente humanísticas.

Podríamos, pues, a la vista de cuanto antecede, afirmar que la revolución mexicana fue una especie de leyenda hecha realidad y, consecuentemente, todavía palpitante. «La primera entre las grandes revoluciones del siglo, la revolución mexicana, ha sido una cabalgada extraordinaria. En una fiesta orgiástica de balas, como la definió Martín Luis Guzmán, entre los disparos y la pólvora, las riñas y las canciones, el dolor de la muerte y la borrachera de la vida, ha hecho justicia a la historia de México; la ha librado de las simulaciones parasitarias volviéndolas a guiar hacia sus matrices originarias. Ha crecido día a día, descubriendo y redescubriendo. Ha obligado al pueblo a adentrarse en sí mismo para sacar a la luz las fuentes de su filiación. Se ha convertido en una palabra mágica, iluminada por mitos que incesantemente se renuevan; como dice Octavio Paz, Pancho Villa aún cabalga en el norte, en canciones y corridos; Zapata muere en cada fiesta popular; Madero se asoma a los balcones agitando la bandera nacional; Obregón y Carranza aún viajan en los trenes revolucionarios, arrancando a los jóvenes de sus casas paternas...». Ciertamente, he aquí, como perfectamente estudia el autor de este libro, una revolución impulsada, a pesar de todo, por la poesía, la humanidad y el afán de eternidad. Por eso, sin duda, la revolución mexicana de 1910 no ha acabado todavía su ciclo vital.—J. M. N. DE C.

E C O N O M I A

FRANCO BONELLI: *La crisis del 1907*. Fondazione Luigi Einaudi. Torino, 1971; 240 páginas.

En la segunda mitad del año 1907, y en conexión con una crisis mundial de liquidez monetaria, una depresión prolongada y grave del mercado de los va-

lores mobiliarios puso en dificultad la «società ordinare di credito» (= bancas mixtas), habiéndose inmovilizado en proporción elevada los depósitos en crédito destinados a la industria, en participación accionaria y en operación de bolsa. Uno de los tres bancos mayores mixtos —la Società Bancaria Italiana— se ha encontrado en la situación de no poder satisfacer las demandas de reembolso de sus depositantes. Los restantes Bancos, temiendo las graves repercusiones de tal eventualidad y en el intento de adoptar medidas adecuadas de defensa, restringirían el crédito y, por tanto, pusieron en dificultades las Empresas que financiaban. Consecuencia: las Empresas industriales surgidas pocos años antes han inmovilizado los capitales recibidos a título de crédito, buscando otros medios para afrontar las necesidades corrientes de la producción.

La crisis bursátil no desembocaría en una crisis aún más grave sólo porque la Banca de Italia, y de acuerdo con las medidas del Gobierno presidido de Giolitti, evitaría las últimas consecuencias de la crisis de liquidez mediante la emisión de medios monetarios en aquellas zonas en que se manifestaría la mayor tensión.

Durante la época de 1905-1907, Italia era un país que inmovilizaba los capitales de inversión industrial durante algunos años sin que las Empresas hubieran podido contar con un tiempo razonable o adecuado del proceso de autofinanciación. Por cierto, las importaciones aumentaban rápidamente agravando, por consiguiente, el déficit de la balanza comercial..., y para reequilibrar la balanza de pagos tuvo que recurrir a los correspondientes movimientos de los capitales. Ya entonces era imposible separar la política monetaria nacional de la situación mundial. Quizá está experiencia pueda servir de lección incluso para nuestros días. Porque la Italia de entonces supo

salvarse de la crisis monetaria internacional por sus propios medios, bien pudiera decirse así...

En su conjunto, la crisis del 1907 no perjudicaría los resultados del intento de desarrollo industrial, ya que éste siguió su camino prácticamente durante un decenio. Crisis parecidas se dieron en Italia ya antes y después: en 1893-1894 y 1931-1933, respectivamente. Interesa subrayar, que en la paralización de la crisis del 1907, el papel del Estado resultó ser esencial e insustituible para evitar que se vieran comprometidos los resultados de la política del desarrollo industrial. Fue un experimento sumamente positivo, ya que ahora nos permite conocer las características principales del desarrollo industrial y capitalista de la sociedad italiana a principios del siglo XX.

La reconstrucción de los hechos expuestos en la presente publicación se basa, en buena parte, en los documentos conservados en el Archivo Histórico de la Banca de Italia. Por esta razón suelen no ser citados expresamente; en cambio, las demás fuentes están reproducidas en las respectivas notas y fuentes bibliográficas. La obra cuenta con seis capítulos y dos apéndices: premisas de la crisis — relaciones entre los Bancos y las Empresas; las condiciones del mercado accionario y las posiciones de los Bancos; la crisis mundial de liquidez y la posición de Italia en el mercado monetario — origen y desarrollo de dicha crisis; de la crisis bursátil a las restricciones de créditos — síntomas, el papel de los Bancos, nuevas emisiones de liquidez de parte de la Banca de Italia; instrumentos que intervinieron en sofocar la crisis — el Gobierno, la Banca de Italia y la postura de los Bancos «mixtos» — las dificultades correspondientes, aumento de la circulación monetaria, el ulterior empeoramiento de la situación bursátil y bancaria, la iniciativa de la Banca de Ita-

lia interviniendo en el mercado de acciones, otras medidas, dificultades, contratiempos y soluciones; el problema financiero de las grandes Empresas — consecuencias de las restricciones de créditos, la situación de los industriales siderúrgicos «genoveses», nueva intervención de la Banca de Italia; herencia y lecciones de la crisis — su superación, supervivencia de la Società Bancaria Ita-

liana, el problema de una política del crédito, las condiciones del mercado financiero después de 1907, la cuestión de la financiación de las Empresas, sobre todo de carácter siderúrgico, el papel del Estado en coordinación con la Banca Estatal. En efecto, queda todo bien recogido para darse cuenta de la problemática expuesta y de las soluciones encontradas.— S. GLEJĐURA.

D E R E C H O

A. SÁNCHEZ DE LA TORRE: *Principios de Filosofía del Derecho*. Universidad de Deusto, 1972; 304 págs.

A su reciente *Introducción al Derecho*, el profesor Sánchez de la Torre añade ahora su obra *Principios de Filosofía del Derecho*, con las que proporciona a sus alumnos, de la Universidad de Deusto dos buenos libros de texto, puestos al día, con los que pueden seguir sus explicaciones de clase y entender la bibliografía, que recoge, y completa su formación filosófico-jurídica.

El libro que presentamos, que su autor llama modestamente *Principios* o *Apuntes*, se dirige a los estudiantes «no como una demostración de saber, sino de una elucidación de lo que se puede aprender, y de cómo estudiarlo». Trata el autor de establecer un concepto de Filosofía del Derecho que posea las condiciones requeridas para serlo, sin incurrir en los desvíos en que han caído importantes doctrinas contemporáneas. Una Filosofía del Derecho reunirá, por tanto, los requisitos siguientes: 1) Constituir un saber jurídico de nivel filosófico; y 2) Proceder de una reflexión filosófica acerca de la realidad jurídica, los conceptos jurídicos, y la experiencia jurídica en cualquiera de sus dimensiones afectivas.

Este «nivel filosófico» postula, en primer lugar, que la Filosofía del Derecho pretenda un conocimiento jurídico último

y radical, cuyos principios sean fundamentales y fundamentales de «lo jurídico». Esto es, será una ontología de la realidad jurídica. Y como el Derecho sólo para el hombre y en consideración al hombre ha sido creado en todos los tiempos, la Filosofía jurídica puede ser fijada en la dimensión de la «libertad», donde radica tanto el sentido individual de la existencia humana, como el sentido colectivo de la responsabilidad social que el Derecho establece y administra. Por esto una Filosofía del Derecho «ha de constituir un arranque ontológico en el análisis de la libertad interindividual, y su desarrollo formalmente jurídico en la dialéctica abierta entre la libertad individual y la responsabilidad colectiva, así como entre la libertad social y las garantías colectivas de seguridad». Porque, efectivamente, el Derecho consiste en la organización y aseguramiento de «lo suyo» de la persona humana —tanto *uti singulus* como *uti socius*— mediante aquellas formas de vida instauradas y afirmadas normativamente como jurídicas.

Por ello, para Sánchez de la Torre, formalmente organizado el Derecho a partir del concepto metafísico de persona, la categoría del «ser personal» domina la

totalidad del panorama filosófico del Derecho, que ha de ser examinado filosóficamente en aquellas dimensiones en que se desarrollan efectivamente las personas. Y consideradas éstas como «sujetos racionales conscientes», la Filosofía del Derecho *estudiará* la radicación ontológica de estos temas: la *subjetividad* social entendida como unidad humana en la realidad jurídica de la libertad y responsabilidad; la *racionalidad* social entendida como facultad humana de escoger y seleccionar los medios conducentes a los fines queridos; y la *consciencia* social o capacidad humana de determinar los efectos de la conducta en la libertad propia y en las conductas ajenas conforme al empleo que los sujetos jurídicos hayan hecho de los recursos jurídicamente institucionalizados (pág. 61).

Esto es el libro de Sánchez de la Torre, un estudio compendiado de ese vasto plan temático de la Filosofía del Derecho. Un saber jurídico, hecho *more philosophico*, de la realidad jurídica y de la realidad social y antropológica a que se refiere el Derecho. Un estudio o teoría general de la estructura del Derecho que,

juntamente con sus funciones, nos aproximan a una definición del Derecho. Justicia y Derecho, y el Derecho como objetivación de la justicia, ocupan otro interesante capítulo del libro.

En la *objetividad científica del Derecho*, de que trata el capítulo VI expone la teoría del Derecho positivo; la estructura de la norma jurídica y de la relación jurídica.

Muy interesante es el capítulo final que dedica Sánchez de la Torre al Derecho natural: el problema del Derecho natural (ética y Derecho, cultura y Derecho, naturaleza y Derecho, realidad social objetiva y fundamentos del Derecho): teoría del Derecho natural (concepto del Derecho natural, Derecho natural y principios jurídicos fundamentales), Derecho natural y Derecho positivo (sus relaciones, y función jurídica-social del Derecho natural).

Un buen libro de *Principios de Filosofía del Derecho*, porque responde a los problemas que la temática filosófico-jurídica presenta hoy a quien quiera conocer a nivel filosófico la realidad del Derecho.—EMILIO SERRANO VILLAFANE.

JACOBO VARELA FEIJOO: *La protección de los derechos humanos*. Jurisprudencia de la Comisión y Tribunal Europeo de Derechos del Hombre. Editorial Hispano Europea. Barcelona, 1972; 327 págs.

El libro que presentamos fue en su día la tesis doctoral del autor premiada con la máxima calificación por la Facultad de Derecho de Santiago de Compostela. Cuidadosamente estudiada y retocada constituye hoy una valiosa aportación al problema tan actual y crecientemente interesante de los derechos humanos.

Mucho se ha escrito ya, ciertamente, sobre los derechos humanos, sobre todo desde que éstos, en la práctica, eran poco menos que desconocidos. Sobre todo desde la Declaración Universal de la O. N. U., de 1948, y al cumplirse el

veinte aniversario en 1968, libros, revistas, prensa, medios de comunicación han proliferado por todo el mundo, especialmente por Occidente, sobre la proclamación, declaración e invocación de la dignidad de la persona humana y, como consecuencia, de sus derechos.

Pero es de señalar la lamentable paradoja de que ante esta verdadera «inflación» doctrinal, en cuyos principios básicos todos coinciden, acaso en pocas épocas de la historia, la práctica haya ido desmintiendo trágicamente lo que teóricamente proclaman los tratadistas.

Guerras y conflictos internacionales, olvido o desprecio de la persona en tantos pueblos; formas más o menos lanzadas —aun en el siglo XX— de esclavitud, miseria de los hombres y de los pueblos, son otros tantos mentís a esas «declaraciones» solemnes. Y esto porque no son tanto las declaraciones y afirmación de los derechos de la persona humana que, en definitiva, por ser inherentes a su propia naturaleza, los tiene aun sin esas «Declaraciones» históricas, lo que falta, sino una auténtica «garantía» y protección de esos derechos.

El libro de Varela Feijoo se fija, principalmente, casi exclusivamente, en este segundo aspecto que es el verdaderamente práctico e interesante. Porque aun cuando recoge el articulado de la «Declaración Universal de Derechos del Hombre», aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en París el 10 de diciembre de 1948, se limita a lo advierte el mismo— a la exposición de la Convención Europea de Derechos del Hombre, en su normativa y jurisprudencia —también en sus principios— como «la primera puesta en práctica de un sistema internacional de control y protección de los derechos humanos», situando el estudio de la Convención Europea «en el marco de ese movimiento producido en las últimas décadas en favor de la "internacionalización" de la protección de los derechos del hombre». Se preocupa predominantemente, pues, la obra que presentamos de los aspectos formales de la protección de los derechos humanos, lo cual hace notoriamente más interesante el libro.

Y con esta internacionalización de protección de los derechos humanos, de ser efectiva, se superaría el gran obstáculo que hasta ahora se ha opuesto a una verdadera garantía de los derechos humanos: el dogma, considerado intangible, de la soberanía nacional contra el cual se han estrellado cuantos intentos

han exigido que los Estados hagan dejación de su inatacable soberanía. Es lo que en otro lugar nosotros llamamos el «individualismo estatal», que es tan funesto respecto a la solidaridad y comunidad universal como lo es el individualismo personal respecto a la comunidad nacional. Porque si es cierto que los Estados suelen ponerse de acuerdo con facilidad en cuestiones de «menor cuantía» como, por ejemplo, tratados y convenios postales, de comunicaciones, transportes, etcétera, no sucede así en aquellos otros en que el resabio del principio de soberanía nacional les hace recelar de lo que puedan considerar atentatorio contra el mismo, aun cuando ello pudiese ser imprescindible para la convivencia internacional. En estos días está sobre el tapete mundial de la O. N. U. el problema del terrorismo y, aparte de otros recelos políticos, muchos nos tememos que el mayor, y acaso insuperable obstáculo, sea el de la conservación a ultranza del clásico dogma de nacionalidad y soberanía.

El libro gira, pues, en torno a la Convención Europea de Derechos del Hombre, firmada en Roma el 4 de diciembre de 1950 que, después del depósito del décimo instrumento de ratificación, entró en vigor el 3 de septiembre de 1963 (¡trece años más tarde!). Cinco partes comprende el libro: en la primera parte presenta el autor el cuadro del «Orden jurídico internacional y derechos humanos». La Convención Europea y los cinco protocolos a la misma. A estas normas añade —segunda parte— respecto al procedimiento ante los respectivos órganos, las contenidas en el Reglamento del Tribunal Europeo de Derechos del Hombre (18 de septiembre de 1959), el Reglamento de la Comisión Europea de Derechos del Hombre (texto revisado de octubre de 1960), y las Reglas de procedimiento adoptadas por el Comité de Ministros relativos a la aplicación del ar-

título 32 de la Convención (1959 y 1961).

Toda esta normativa es reproducida y analizada, ordenada y seleccionada conforme al plan que sigue el autor en su trabajo:

I. *Parte sustantiva* (general a las normas y su aplicación) y especial (los derechos y su extensión). II. *Parte orgánica y procesal*: la Comisión (órgano, partes y procedimiento), y el Comité de Ministros

(competencia, reglas de procedimiento).

Unas conclusiones en las que sintetiza su exposición, un apéndice con los textos fundamentales y un exhaustivo índice de jurisprudencia y una cuidada bibliografía, completan el interesante libro de Varela Feijoo, que es presentado con un doctísimo prólogo por el profesor Poch y Gutiérrez de Caviedes. — EMILIO SERRANO VILLAFANE.

FILOSOFIA

JULIÁN MARIAS: *Acerca de Ortega*. Colección «El Alción». Revista de Occidente. Madrid. 1971; 217 págs.

Gracias a Julián Marías, circunstancia bien sabida en los círculos intelectuales hispánicos —y casi nos atreveríamos a pensar que también en los de allende los mares—, la figura de Ortega y Gasset —nuestro más alto pensador de todos los tiempos—, no obstante la radiante y sugestiva claridad de su pensamiento, se nos ha hecho mucho más asequible y, sobre todo —y en lo concerniente a este extremo debemos realizar especial hincapié—, se ha mantenido esencialmente pura. En efecto, su fiel discípulo ha sabido abortar con admirable energía las empresas de todos aquellos que, seguramente con fines inconfesables, han tratado de desfigurar, alterar o mancillar los más nobles conceptos filosóficos orteguianos. Julián Marías, y nunca le agradeceremos lo suficiente su esfuerzo, ha permanecido, y permanece, en perenne vigilia para que las ideas de su maestro se mantengan con su frescos originario.

Como homenaje al cálido magisterio ejercido por Ortega y Gasset —va siendo ya hora de que ese homenaje se torne en nacional—, según se nos indica en la breve nota de presentación editorial de las páginas que comentamos, ha querido el autor de este libro que, justamente, el primero de los volúmenes que, a

partir de ahora, la prestigiosa Editorial Revista de Occidente se propone consagrar a la obra total del propio Julián Marías, estuviese dedicado al pensamiento de su maestro. En rigor, conviene advertir este extremo, no se trata de unas páginas —páginas nuevas— que el referido autor haya compuesto para tan feliz ocasión, sino, por el contrario, de una recopilación de escritos que, tal y como Julián Marías nos indica —en unas breves palabras preliminares—, vieron la luz a lo largo de veinte años. Consecuentemente, los asiduos lectores del joven pensador ya han tenido la grata ocasión de encontrarse con estos escritos, algunos de los cuales, en efecto, figuran en otros libros de carácter unitario. No obstante, es importante tenerlos ahora reunidos, por vez primera, en el volumen inicial que inaugura una nueva y bellísima colección.

Trataremos, pues, de espigar los conceptos más valiosos —con serlos todos— que se insertan en estas páginas. Por lo pronto, pensamos, existe una afirmación en este libro harto elocuente, a saber: que hasta el advenimiento de Ortega y Gasset no existió, prácticamente, auténtica filosofía en España. «Cuando Ortega hizo su aparición en la vida inteltec-

tual española —como escritor, como profesor de filosofía—, España llevaba mucho tiempo ausente de la creación filosófica. No es eso cosa extraña porque la historia de la filosofía descubre largas discontinuidades, que resultan superlativas si se considera un sólo país aislado, únicamente encubiertas por la existencia social de la filosofía en la docencia, las publicaciones y los comentarios. Pero en este caso se trataba de tres siglos nada menos: después de Suárez —muerto en 1617— los pensadores españoles, algunos nada despreciables, quedaron al margen de la filosofía que se estaba haciendo realmente en Europa o se limitaron a una inerte y distante recepción de ella.»

Por eso mismo, nos advierte Julián Marías, «Ortega tuvo que elegir entre ser un cultivador español de la filosofía —se entiende, de la filosofía no española que se estaba haciendo en el mundo, de la que él había estudiado e incorporado— o replegarse sobre sí mismo y su circunstancia y lanzarse a la empresa, acaso deslucida y del máximo riesgo, de crear una filosofía española».

Ortega, por consiguiente, tuvo que luchar, al margen de otras muchas cosas, contra la falta de ámbito, de estímulo y seriedad que, quierase o no, existía en la España de su época en relación con el quehacer filosófico. «En la España de hace cuarenta años —leemos en estas páginas—, por razones distintas, las dificultades —para hacer filosofía (agregamos nosotros)— eran máximas; se había perdido el hábito del pensamiento teórico; el único tipo intelectual que tenía vigencia y prestigio era el literato; los libros en general, salvo casos excepcionales, que por su carácter no cuentan, se leían escasamente. A causa de todo esto eran muy pocas las personas capaces de comprender una doctrina rigurosa y un tanto compleja. Ortega se encontró, pues, en una situación difícil: necesitaba exponer una doctrina de gran nove-

dad y precisión y lograr que fuese absorbida y entendida por un medio intelectual sin preparación para la teoría y aun hostil a ella.»

Uno de los grandes hallazgos filosóficos de Ortega fue, por supuesto, el referente a la razón vital. Este descubrimiento —si es que en filosofía es posible hablar de descubrimiento— hubiese bastado, creemos, para considerarlo un excepcional pensador. Se ha dicho, y esta afirmación es profundamente errónea, que fue un pensador sin método. Julián Marías, en repetidas ocasiones, se ha encargado de demostrar lo contrario, a saber: «La filosofía, propiamente, no tiene métodos, sino que es método, vía hacia la realidad, y ambas cosas van indisolublemente unidas. Ortega no hubiese podido descubrir y tomar posesión conceptual de la extraña realidad que es nuestra vida sin elaborar al mismo tiempo un método que fuese capaz, más allá de las formas conocidas del pensamiento, de aprehenderla en su peculiaridad y dar razón de ella: la razón vital.»

Profeta de realidades Ortega vislumbró, cuando nadie podía aventurarlo, la mayor parte de las enfermedades sociales que, ciertamente, han cobrado increíble realidad en nuestro tiempo. Una de ellas, sin duda, la más dolorosa, fue la concerniente al hombre-masa. A Ortega, igualmente, se le ha acusado de ser excesivamente aristócrata. Quienes le han anatematizado no se han preocupado, sin embargo, de indagar en las causas del porqué de ese aristocratismo espiritual esencialmente orteguiano. La razón en la que Ortega apoyaba su evidente repudio de todo lo referente a la aglomeración del hombre era obvia y consistente: «El hombre-masa —que pertenece a todas las clases sociales— no tiene proyecto vital propio; no se exige; vive en pura inercia y a la deriva; cree que sólo tiene derechos y no obligaciones; usa de una cultura que no ha creado ni entiende, sin

conciencia de los múltiples esfuerzos que ha requerido ni de su carácter inestable y problemático; su psicología es la del "niño mimado" o, si se prefiere, la del "señorito satisfecho".»

Con ejemplar sinceridad, nos dice Julián Marías, en torno de Ortega ha sucedido, y todavía acontece, algo realmente digno de tenerse en cuenta, a saber: que, a la postre, resulta más perjudicial para la impoluta inmacularidad de su pensamiento lo que algunos de sus fervorosos admiradores subrayan sobre su obra que, por el contrario, lo que con tintes esencialmente adversos señalan los que tratan de minar el edificio ideológico de su pensamiento. «Con bastante frecuencia se expone —escribe el autor de las páginas que comentamos—, comenta y utiliza, con el mejor de los propósitos

y conmovedora devoción, la filosofía de Ortega; se desarrollan sus teorías, se hacen aplicaciones de sus ideas principales, se intenta justificarlas y mostrar su verdad. Únicamente... se habla de otra cosa. A veces, de una cosa *parecida*; en ciertas ocasiones, de algo que tiene muy remota semejanza con lo que Ortega ha pensado.»

Quedan muchísimos aspectos de estas páginas necesariamente silenciados por el rigor del espacio editorial disponible. Subrayemos, no obstante, que la presencia de Ortega en la vida intelectual de nuestro tiempo es innegable. Presencia que se agigante, que se hace necesario contar con ella y, en definitiva, que se conserva —bajo la avizora e incansable mirada de Julián Marías— sustancialmente pura.—J. M. N. DE C.

MICHELE FEDERICO SCIACCA: *Il Chisciotismo tragico di Unamuno*. Marzorati-Editore. Milán, 1971; 271 págs.

La presentación de esta obra de Michele Federico Sciacca nos da ocasión para congratularnos de su amor por España. Lo tiene suficientemente demostrado a lo largo de su vida y lo afirma en el prólogo de esta obra, cuando nos dice que la cultura española es una dimensión de su pensamiento, manifestando su amor por esa cultura, por las tradiciones y por el paisaje de España. Este amor, sin duda, es lo que le impulsa a escribir el volumen que tenemos el honor de presentar. Consiste de dos partes: la primera dedicada al tema expresado en el título, *Il Chisciotismo tragico di Unamuno*, y la segunda a otros temas de carácter más particular.

No es la primera vez que el profesor Sciacca escribe sobre Unamuno, al cual anteriormente dedicó un capítulo de su obra *la filosofía oggi* en su primera edición. Su familiaridad con las obras de Unamuno, según nos dice, es ya antigua en una hermandad muy difícil y a

veces tempestuosa, cual conviene entre hermanos que se quieren bien, se sienten vecinos y lejanos, amigos y enemigos, semejantes y casi idénticos en muchas cosas (en el temperamento y carácter) y a la vez muy distintos. El ensayo actual no es una verdadera monografía. Pretende con él sacar a relucir, haciendo ver la positividad y la actualidad, la polémica unamuniana contra el cientificismo y el progresismo, hoy tan peligrosos.

En la introducción de la obra nos dice el autor que un filósofo sólo puede ser comprendido por otro filósofo, y así pretende enjuiciar a Unamuno, que interpretó y transfiguró la dimensión humana, española a la vez y universal, del *Quijote* de Miguel de Cervantes a don Miguel de Unamuno a quien persigue la angustia de la inmortalidad. Nos presenta a Unamuno en su calidad de conversador brillante, que busca tener sus oyentes, an-

re los cuales sea él mismo único protagonista, monologante; a Unamuno, cuya duda trágica es alimentada desde el interior en el anhelo de otra vida. Después de presentar a Unamuno como europeizante a su modo, como miembro de la Generación del 98, nos habla de sus polémicas con los científicos y con el catolicismo tradicional y la filosofía escolástica, en las cuales van a encontrarse todos los elementos de la fe propia del Quijotismo quijotesco, así como la confusión entre la fe vital, en el fondo siempre mundana, y la fe verdaderamente religiosa a menudo identificada, como consecuencia de un nebuloso panteísmo según el cual Dios es el Universo.

El cuerpo de la obra, después de la introducción, contiene dos capítulos densos. El primero se titula «El Quijotismo trágico en la vida», y el segundo «El sentimiento trágico en la vida». En «El Quijotismo trágico en la vida», el profesor Sciacca nos da a conocer el «Quijote» que imaginara Unamuno, revestido de carne visible y con un espíritu individual y vivo, no una idea abstracta: un «Don Quijote» que no es un héroe en el sentido de alma colectiva individualizada, sino el héroe del pueblo español, en él individualizado, aquél que sostiene los ánimos de cuantos luchan, les infunde «brío y fe, consuelo en la derrota, moderación en el triunfo», que ayuda, como Santiago, a aquellos que lo invocan; un «Don Quijote» que sabe quién es, quién quiere ser en su voluntad, despreciando las riquezas y dotado de la ingenuidad propia de todos los héroes. Junto a «Don Quijote» aparece «Sancho el Bueno», que es convencido por aquél hasta seguirle, abandonando mujer e hijos, Sancho no sabe nada de caballeros andantes; juzga como loco a su patrón; ve con ojos carnales y no espirituales, pero es necesario para completar a «Don Quijote», para hablar, que es pensar en voz alta sin guardar nada en el alma, para oírse a sí

mismo, para oír una voz, eco de su voz en el mundo. Nos habla Sciacca de la Gloria, del Sueño, de la Fe, de la Razón, de la Justicia, de la Religión quijotesca en Unamuno, así como del sueño de la inmortalidad, que éste pretende descubrir en el Quijotismo, para despertar a España y a Europa imponiéndoles la angustia de la muerte y el anhelo de la inmortalidad.

El segundo capítulo lo titula «El sentimiento trágico de la vida». En él analiza la conciencia agónica y la filosofía de la incertidumbre en Unamuno; fijándose especialmente en la que considera obra la más sistemática, al menos en las intenciones del autor, de Unamuno, a pesar de ser doctrinalmente débil y a menudo superficial en sus juicios críticos: *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, escrita en Salamanca el año de gracia de 1912 y publicada en 1913. A través de este capítulo podemos ver reflexiones sobre el verdadero humanismo y la contradicción de la existencia, sobre el punto de partida de toda filosofía y religión, que no es otro que el esfuerzo por perseverar indefinidamente en el ser por el instinto de conservación personal y la necesidad de vivir, sobre el instinto de invasión y el ansia de inmortalidad, sobre la crítica de la Teología y del racionalismo, sobre el escepticismo y la desesperación sentimental, sobre la fe, la esperanza y la caridad, sobre el Dios de Unamuno, sobre el fracaso de la inmortalidad en Dios. Todas las reflexiones se hacen por el profesor Sciacca como intérprete del pensamiento del profesor de Salamanca.

En el mismo volumen de la obra encontramos una segunda parte en la cual el autor reflexiona sobre otras páginas de la literatura española; como son: *Verdad y Sueño*; interpretación de *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca; *El caballero vivo de esta Europa mi-*

niente. Asimismo nos honra con otros escritos y reflexiones que le ofrecen ocasión para mostrar el gran españolismo del autor. Una de estas reflexiones tiene como lema: «Con Dios hablo español», y en ella con bellas palabras nos dice: «El español es la lengua apta para expresar los sentimientos fuertes, para las pasiones ardientes y, a veces violentas; es lengua que revela el alma del pueblo español, el alma española; lengua agresiva y violenta, de místicos anárquicos, de grandes y vigorosos sentimientos, lengua de un espíritu que es vital y de una vitalidad que es espiritual.»

Termina este volumen con un apéndice

sobre Iberoamérica, en el que invita a una colaboración entre la América y la Europa latinas, teniendo presente que están íntimamente unidos los futuros de ambas culturas.

Por nuestra parte, poco hemos de añadir. Las obras de Michele Federico Sciacca se recomiendan por sí mismas. Conocida es su personalidad para los lectores de la REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS. En la serie abundante de sus producciones, ésta sobre *Il Chisciotismo trágico di Unamuno* muestra también la grandeza y profundidad del pensamiento filosófico y poético, a la vez, del maestro Sciacca. LUCIANO BARCIA.

FRANÇOIS CHATELET: *Hegel según Hegel*. Barcelona, 1972; 297 págs.

Traducción de J. ESCODA. Editorial Laia.

Es un verdadero acierto ofrecer esta cuidada traducción del original francés (Hegel, París, 1968), de este breve y excelente libro sobre Hegel cuya significación básica reside, probablemente, en que su autor abandona los temas hegelianos de moda para centrarse sobre los tradicionales, esto es, sobre los metafísicos estrictos; de ahí que insista en que la *Ciencia de la Lógica* es el libro crucial al que se asciende desde los ensayos de juventud y desde la *Fenomenología del espíritu*, y del que se desciende, o cuyas manifestaciones o derivaciones concretas aparecen en las *Lecciones* de los sucesivos cursos de Berlín, con la excepción, quizá, de la *Filosofía del Derecho*, un nuevo intento de presentación global. Y de ahí que, por ejemplo, el tema de la alienación no aparezca ni mencionado (como ocurre en virtualmente todos los estudios sobre Hegel anteriores, pongamos, a 1950; el término *Entfremdung* no aparece en el *Hegel Lexicon* de la edición jubilar de los *Sämtliche Werke* o que, también por ejemplo, la reflexión sobre la relación dialéctica «amo-esclavo»,

y, en general, el capítulo IV de la *Fenomenología*, queden relegados a una nota y se diga explícita de ella que «a pesar de la importante resonancia que ha obtenido no consideramos como fundamental este momento de la obra hegeliana» (pág. 131; por lo demás se remite en cuanto a ellos a los conocidos estudios de Kojève, señaladamente a las sucesivas ediciones de su *Introduction a la lecture de Hegel*).

Caracteriza además este estudio su relativa objetividad; Châtelet no disimula su simpatía por Hegel y por el hegelianismo, pero logra mantener la distancia crítica suficiente para no envolver al filósofo ni a sus doctrinas en polémicas de partido, lo que debe ser destacado porque no es normal en exceso en los estudios modernos contemporáneos sobre Hegel, que muy frecuentemente pecan de lo contrario.

Por lo demás, lo colosal de la figura del gran metafísico se subraya una y otra vez: «Hegel... determina un horizonte, una lengua, un código, dentro de los cua-

les nos hallamos nosotros hoy todavía. Hegel, por eso, es *nuestro* Platón: el que delimita —ideológica o científicamente, positiva o negativamente— las posibilidades teóricas de la teoría» (pág. 22). Lo que equivale a reafirmar una vez más lo que ya dijera Zubiri hace años: Toda iniciación actual a la filosofía «ha de consistir... en una inquisición de la situación en que Hegel nos ha dejado instalados» («Notas históricas: Hegel», en *Naturaleza, historia, Dios*, pág. 138), ha de comenzar «hoy por ser una conversación con Hegel» («Hegel y el problema metafísico», en *Naturaleza...*, pág. 209). Avala el libro una relación muy pre-

cisa y exacta de las principales ediciones alemanas de Hegel y una bibliografía sobre Hegel, bien que esta esté formada básicamente por libros franceses, junto con algunos otros traducidos al francés. La «tabla cronológica» final ayuda a situar a Hegel y a sus obras en los acontecimientos históricos, políticos y culturales de su tiempo, y sirve, quizá, para compensar que el libro no se ocupe de lo que llama «la historia empírica de Hegel», por que respecto de Hegel, como respecto de todo gran pensador, lo esencial está expuesto no en las motivaciones personales sino en los textos» (páginas 9-10).—M. ALONSO OLEA.

AA. VV.: *Temas de filosofía contemporánea*. Ed. Sudamericana. Buenos Aires, 1971; 280 págs.

El II Congreso de Filosofía argentino estuvo precedido por un largo período de preparación. El tema escogido para el estudio fue «La filosofía en el mundo contemporáneo». El libro que pasamos a reseñar contiene algunos de los estudios presentados pero es un volumen previo a la publicación de las «Actas» de este Congreso, celebrado en la ciudad de Córdoba en junio de 1971.

Consta este libro de dieciocho trabajos, cuyos títulos y autores mencionamos a continuación.

Benjamín Aybar: «El pre-ser, la nada y la trascendencia».

Carlos Ludovico Ceriotto: «La pregunta por Dios en el pensar de Heidegger».

Enrique D. Dussel: «Metafísica del sujeto y liberación».

Octavio Nicolás Derisi: «El ser en el existencialismo materialista de Jean-Paul Sartre».

Raúl Echaurre: «Ser y realidad en el Ser y en el Tiempo de Heidegger».

Luis Farré: «La autosatisfacción del hombre».

Jorge L. García Venturini: «La filosofía».

Paul Gochet: «La significación de las frases falsas».

Nestor García Canclini: «Merleau-Ponty leído después del estructuralismo».

Ricardo Maliandi: «Sentido, función y vigencia de la filosofía».

Francisco Miró Quesada: «Filosofía y racionalización del mundo».

Oscar V. Oñativia: «Percepción e imagen».

Diego Pró: «Problemas de la historiografía de las ideas».

Mario A. Presas: «Husserl en los límites de la fenomenología».

Ricardo Pochtar: «Acerca del concepto de experiencia en la antropología estructural».

José Szabón: «El modelo semiológico y la reflexión filosófica».

Jorge Uscatescu: «El estructuralismo en el arte».

Miguel Verstraeter: «Fenomenología como hermenéutica: Fenomenología del pensar del ser».

El contenido de los trabajos es vario, tanto en cuanto a su contenido como en cuanto a su temática. La mayoría de los autores son pensadores argentinos a encuadrar dentro de las corrientes de la filosofía cristiana, aunque hay algún fenomenólogo, como Ceriotto u Oñativia, algún existencialista, como Maliandi o Presas, o algún espiritualista como Farré.

El peruano F. Miró Quesada, dedicado preponderantemente al estudio de la lógica jurídica, se ocupa en este volumen del método del conocimiento. Gochet, otro lógico del que ya teníamos noticias por un trabajo publicado en la revista *Logique et analyse*, y que presentó una comunicación interesante en el Congreso de Viena, vuelve a ocuparse de lógica con el tema, tan estudiado, de las frases falsas: no acepta la explicación que para su significado propone Russell y considera como más realista la explicación propuesta por Carnap aunque la tiene por no completa. Aboga por el establecimiento de unas convenciones que exijan la afirmación de lo que es cierto ya que las considera más útiles que las convenciones en las que se permite correr un riesgo calculado.

Benjamín Aybar, hace poco fallecido, en su trabajo hace una acertada crítica a la metafísica de Heidegger, afirmando razonada y brevemente que la verdadera metafísica debe comenzar por el alma y no *ex sensibilibus*, y que en el orden del conocer filosófico se tienen que dar los siguientes pasos: intuición del *pre-ser*, la integración del ser (logos), la cenesesia del conjunto, la sensación de la materia, la vida y su estar en el mundo, y Dios.

El trabajo de Dussel, en torno a la dialéctica oprimido-opresor a través de la Historia, se pregunta: «¿Existe una

filosofía en nuestra América» Afirma que la filosofía viene a desempeñar un papel histórico en el proceso de liberalización: al pueblo puesto en movimiento, al hombre de acción, viene el filósofo a añadir lo otro, lo nuevo que hay más allá; este es «el ontólogo que piensa desde la opresión para que nazca la filosofía en Iberoamérica».

Extraordinariamente concisa y breve es la crítica que al pensamiento materialista existencialista de Sartre realiza O. N. Derisi en este libro. Un estudio del mejor estilo tomista que llega a la conclusión de que la concepción materialista de Sartre domina toda su filosofía, y añade: «Lo artificial y empobrecedor de la rica realidad con que ella se presenta, demuestra de por sí la falsedad del principio materialista que la nutre.»

Aunque Heidegger es constantemente citado en la mayoría de los trabajos de este volumen, tres son los estudios dedicados a él en especial: el de Ceriotto, el de Verstraeter y el de R. Echauri. Echauri realiza unas apostillas al pensamiento de Heidegger y señala que este pensamiento entendido en la forma que él lo hace puede ser aceptado por el realismo cristiano. Verstraeter trata de contestar a la pregunta de qué es el pensar para Heidegger.

Se presentan cuatro estudios sobre el estructuralismo, método tan de moda en nuestros días, de García Canclini, Pochtar, Szabón y G. Uscatescu. Este último cuya producción filosófica abarca tantos temas y es tan conocida en los medios de la filosofía tradicional española se ocupa del estructuralismo en el arte. Sostiene que si bien la crítica de arte ha encontrado en los métodos estructuralistas posibilidades de renovar sus preocupaciones, es difícil encontrar en este método un camino, una fuente para llegar a captar el origen verdadero de la creación.

Diego Pró se ocupa del método de la historiografía. Ante la doble posibilidad

de analizar los hechos históricos, bien como elementos aislados de un proceso irreversible, bien como elementos concatenados que producen efectos semejantes ante situaciones parecidas, se decide por la primera de las posturas argumentando la irreversibilidad del hecho histórico máxime en la filosofía histórica.

Por último, García Venturini presenta el viejo y eterno problema de qué es la filosofía. Sostiene que las divisiones y aspectos de la misma no deben de hacer olvidar la pregunta fundamental sobre esta ciencia. Hoy, lejos de haber menos problemas filosóficos, éstos crecen de día en día, ya que a los viejos interrogantes se unen otros nuevos, suscitados, pre-

cisamente, por el progreso de las ciencias. Todos estos problemas, los que se suscitaron en el pasado, más los que se formulan en la actualidad, tiene que ser tenidos en cuenta por el que verdaderamente se preocupe del quehacer filosófico.

Como puede comprobarse, el libro que comentamos responde perfectamente al título que le han dado los editores. Echarnos en falta una clasificación temática de los trabajos, o, al menos, si esta clasificación no fuera factible, que el criterio de inclusión de los trabajos por orden alfabético de sus autores, que parece ser el seguido, fuera correctamente utilizado. M. C. ROVIRA.

V A R I O S

HEINZ WAGNER: *Der Arabisch-Israelische Konflikt im Völkerrecht*. Düncker & Humblot. Berlín, 1971; 475 págs.

Seguimos con el conflicto árabe-israelí. La guerra de los Seis días, de 1967, no resolvió nada. Excepto que se preste a consideraciones más profundas en torno al aspecto histórico y actual de las relaciones y actitudes entre los dos sectores del semitismo mundial. Por la naturaleza del conflicto se impone el aspecto actual que, poco a poco, va penetrando hasta en la conciencia de los internacionales de los cinco continentes. Y, por razones especiales, en Alemania. Es cierto, no escasean obras «unilaterales» en pro de los israelíes o en pro de los árabes, única y exclusivamente. Ese planteamiento ya no satisface a nadie. Es indispensable plantear ese asunto desde el punto de vista de los dos bandos comprometidos en el conflicto que, en efecto, pone a prueba la paciencia mundial. El autor del presente libro emprende la tarea de sintetizarlo todo. Porque la literatura política internacional en vez de contribuir al esclarecimiento de la cues-

tion debatida desorienta hasta *ad infinitum*.

Moral, justicia, Derecho internacional, son conceptos completamente distintos para los árabes y para los judíos, respectivamente. Cada una de las dos partes comprometidas entiende bajo esa expresión otra cosa, diríase algo que es exclusivamente suyo; por tanto, los judíos disponen de una moral, justicia y Derecho internacional en contra de los árabes, y en contra del resto del mundo; los árabes, por su parte, creen que esos términos son una realidad también exclusivamente suya, en contra de los judíos y en contra del resto del mundo. Tarea difícil la de Wagner en comprometerse en «armonizar» un tanto los dos antagonismos, aunque sí hay que admitir que en su subconsciente vibrarán algunos sentimientos projudíos, fruto de la famosa leyenda de la «culpabilidad colectiva» infligida a los alemanes del período nacionalsocialista a partir de 1945. No

obstante, es lo de menos, ya que la obra el «conflicto árabe-israelí» no puede ser considerada como projudía, sino más bien como un serio intento de poner las cosas en su sitio...

Veamos: entre la moral, justicia y Derecho internacional de los judíos y los árabes no hay puente alguno que no fuera el de enemistad; no existen puntos objetivos de contacto entre ellos, sino tan solo de un círculo vicioso que obliga a Wagner a intentar, al menos, establecer unos criterios que nos parecen aceptables: 1. En Europa existen tendencias francamente *proisionistas* (Böhm, ESCO-Fundación para Palestina o Eban). 2. *Intereses distanciados*, representados sobre todo por autores británicos (Sykes y Marlowe, por ejemplo). 3. Tendencia *pro-árabe* o *marxista* (Antonius, Khoury o Jeffries). 4. Corriente *pro-árabe* y al mismo tiempo *promarxista* (Weinstock y Rodinson, ambos judíos...).

Considerando el conflicto árabe-israelí desde el punto de vista jurídico-internacional, la confusión es aún más acusada: democracia, no intervención, agresión o autodeterminación no tienen un denominador común entre los judíos y los árabes. Por tanto, también la interpretación de la Carta de la ONU será distinta, ya que ni siquiera disposiciones jurídico-positivas son capaces de contribuir en algo concreto a la solución del problema. Según las experiencias vividas hasta ahora bajo el impacto de la situación en el Oriente Medio, el Derecho internacional es, simplemente, impotente. ¿Por qué? Muy sencillo: porque sus fundamentos nunca eran sólidos. Aún menos, cuando se trate de un mundo radicalmente dividido.

La postura judía se basa y verifica en la metafísica de la historia por creer que los actuales israelitas son los descendientes directos de los israelitas bíblicos que fueron expulsados de Palestina hace casi dos mil años; en cambio, los árabes no

saben de la diáspora judía nada, tampoco la comprenden; por otra parte, los judíos miman con una extraordinaria habilidad el antisemitismo europeo para justificar su existencia actual en forma del Estado de Israel; en cambio, los árabes no tienen nada que ver con este argumento, puesto que —sencillamente— no tienen nada que ver con el antisemitismo europeo. Parece que en este caso la razón se inclina del lado de los árabes. Es bien sabido que los judíos de todos los continentes explotan al antisemitismo europeo, especialmente al nacionalsocialista, hasta el punto de vivir, en gran parte, de la «culpabilidad colectiva» de los alemanes. Tal como son las cosas. Lo más sorprendente es que la mayoría absoluta de los alemanes se sienten, en efecto, responsables por lo ocurrido durante la Era de Hitler, aunque un 90 por 100 del pueblo alemán no participó en la política antisemita del III Reich. Se sienten culpables en virtud de la responsabilidad nacional, conforme a la solidaridad colectiva del pueblo alemán, porque se trata de un pueblo disciplinado y consciente de su destino en lo malo y en lo bueno. Los judíos explotan esta virtud a su manera...

Al margen de todo lo dicho, es innegable que tanto los judíos como los árabes constituyen un fermento peligroso de inquietud para la Humanidad. A través de la Historia, el elemento judío, y en su mayoría absoluta, nunca quiso integrarse en la sociedad en que vivía, más bien hizo todo lo posible para vivir al margen de la misma, sirviéndose de ella, pero, en último término, obrando contra ella. De ahí el «antisemitismo», provocado por ellos mismos; en cuanto a los árabes, es todavía prematuro deducir conclusiones algunas, pero no aciertan tampoco, hasta ahora al menos, en incorporarse a la comunidad internacional de pueblos ni siquiera dentro de su propio

ámbito. En conflicto árabe-israelí: es mucho más grave de lo que parece ser a primera vista. No obstante, creemos que la presente obra aporta instrumentos muy valiosos para enjuiciarlo con más objeti-

vidad que como suele enfocársele teórica y prácticamente... de parte «imparcial», que luego resulta peligrosamente subjetiva hasta los últimos detalles.— S. GLEJDURA.

JORGE USCATESCU: *Mis ventanas abiertas*. Organización Sala Editorial. Madrid, 1972; 133 páginas.

El docto humanista y profesor Jorge Uscatescu, fiel a la inquietud en que consiste el filosofar, y buen conocedor de que es omnicomprendivo el campo del saber filosófico, viene haciendo notables aportaciones a los temas más variados, que son tratados por él *more philosophico*, lo que quiere decir, con profundidad y visión de universalidad. Y, además, buscando las «ultimidades» racionales de tan sorprendentes paradojas como nos presenta la vida de nuestros días.

El libro que ahora presentamos es una colección de breves escritos tal como sus «ventanas abiertas» a aquella inquietud se los van presentando. No responde la obra a un esquema orgánico y organizado sobre un tema único ni siquiera predominante, sino que es un mosaico de temas de literatura, de pensamiento, de política, teatro, música, arte, etc., pero, eso sí, todo ello «al día», esto es, a la luz de la modernidad y de las concepciones ideológicas de los hombres de nuestro tiempo. Ni es apología ni crítica, sino exposición objetiva en la que, con gran prudencia y, por supuesto, conocimiento de causa, nos hace ver el pensamiento de los demás y si hay paradojas y contradicciones, lo son de ellos, no de su imparcial expositor.

Van fechados los escritos desde el 7 de enero hasta el 24 de septiembre, ambos inclusive, de 1971, y tal vez la mejor presentación de este libro fuese repetir aquí el largo índice policromo de tan sugestivo caleidoscopio, porque no será po-

sible seguirlo en cada uno de los escritos sin repetirle a él.

De Platón y Aristóteles, pasando por el poeta filósofo Hölderlin, Marx y Nietzsche, hasta Luckas, Heidegger y Merleau-Ponty en filosofía. También en el mundo de la técnica, que no en vano presenta Heidegger, como punto de partida de su meditación, la identidad entre la esencia de la técnica y la esencia de la metafísica, subrayando la importancia mundial de la técnica, que no tardaría en irse confirmando en sus conexiones con la ciencia, con la metafísica y el destino del hombre. Y la esencia de la técnica está unida en los escritos de Heidegger a la esencia de la modernidad.

Desde el lejano Durero, «primer renacentista en la pintura nórdica», hasta los grandes del surrealismo de nuestros días. Desde el teatro antiguo, clásico o romántico, hasta el futurismo y el surrealismo, o el teatro de laboratorio del polaco Grotowski o la «Medea» madrileña Unamuno-Séneca, o la «Antígona» del «Living Theatre» del matrimonio Beck-Malina, en los que «se ha llegado en el teatro a auténticas situaciones límite». Sin embargo, dice Uscatescu, que «hoy, como siempre, el teatro se nutre en buena parte de los valores de la tragedia antigua, tanto en el campo de la receptividad como en el de la creación mismas».

Temas de filosofía y teología, trabajo y cultura, sindicalismo y política, sociología, estructuralismo y lenguaje (a los que antes de ahora ha dedicado Usca-

rescu documentados estudios); ciencia y psicoanálisis; seguridad europea, democracia social; lujo y consumo, «conceptos malditos» (polémico tema de la «protesta» y «contraprotesta», de la «libertad» y de la «alienación» —que han merecido recientemente detenida consideración a nuestro autor—); Marcuse, «profeta desarmado»; la gran aventura del libro; arte y comunicación; teatro y fiesta; elogio de la cibernética; burocracia y organización, son, además de otros, los temas que Uscatescu hace desfilar ante

nosotros, presentando a través de algún libro o publicación de la mayor actualidad, con lo que nuestro autor nos revela en este libro no solamente su agudeza filosófica y periodística al saber escoger los problemas de nuestros días, sino su vasta y cuidada erudición de verdadero humanista, tan versado en los más diversos temas, sobre el que podíamos llamar tema-«motivo» que, cual acontece en las composiciones musicales, está presente en todas las publicaciones de Uscatescu y en este libro: el tema del hombre.—
E. S. V.

JOHN F. KENNEDY: *El deber y la gloria*. Editorial Bruguera, S. A. Barcelona, 1971; 334 páginas.

Será preciso que transcurra mucho tiempo todavía para valorar con toda ecuanimidad lo que el paso de John F. Kennedy por la Presidencia de los Estados Unidos ha significado. Ninguno de los detractores de la sugestiva personalidad desaparecida se ha atrevido a negarle, cuando menos, dos cualidades esenciales —cualidades que muy fácilmente podemos advertir a lo largo de estas páginas—, a saber: su innata humanidad y el gran cúmulo de ideas que atesoraba en su cerebro. No es menester entrar en la disquisición de si su programa sociopolítico era o no acertado. Lo importante, a nuestro parecer, consistía en la enorme preocupación —indisimulable preocupación— que las condiciones elementales de existencia de ciertos hombres y ciertos pueblos causaban en su ánimo. Ya sabemos, y conviene que hagamos especial hincapié en este punto, que no basta, para hacerlo viable, que un programa sociopolítico sea o parezca humanitario. En política —nacional o internacional— cuenta, muy mucho, la buena o mala estrella del líder en cuestión. John F. Kennedy fue mimado, en cierto modo, por los dioses: todo se lo

dieron y todo se lo quitaron. Nos apena, y grandemente, que su inacabada gestión presidencial no haya sido aún analizada con el rigor científico que fuera de desear.

Sólo con dos palabras —y ya han sido dichas por alguien— podríamos definir —o precisar— la solidez de su personalidad: «Mostró en todo momento una madurez de discreción y una fuerza de decisión impropias de su juventud. Jamás ningún Presidente demostró, como él, tal maestría ante las encrucijadas de su Administración, aun cuando era una Administración para hombres fuertes. Trepó a las alturas por estar dotado de extraordinaria habilidad política, pero una vez en la cima demostró gran amplitud de miras y elevación de propósitos, cosas ambas muy poco corrientes en los políticos profesionales.»

Tuvo Kennedy la certeza de que la hora actual de la Humanidad es una hora en la que impera la crisis absoluta. Justamente, se ha dicho, el Presidente Kennedy percibió con claridad que vivimos en una Era revolucionaria; veía cómo varias e importantes revoluciones tocaban a su fin, y luchó constantemente

para abrir los ojos al pueblo norteamericano antes de que fuese demasiado tarde.

Ningún hombre de nuestro tiempo ha mencionado más veces que el propio Kennedy la palabra paz. En efecto, subraya uno de los que fueron sus más fieles colaboradores, «sobre todo estaba profundamente interesado en la promoción de una verdadera paz mundial. Al principio de su Administración recomendó con ahínco se realizaran grandes gastos destinados a la defensa, incluyendo una estructura de armas tácticas que hiciera disminuir nuestra casi total dependencia de unas masivas fuerzas de represalia; durante su campaña repitió constantemente en sus discursos la frase "vacío de misiles" aun cuando no existía tal vacío, sino más bien un brazo que necesitaba ser reforzado. Pero siempre habló elocuentemente en favor de la paz y, al final, sus grandes logros se desarrollaron en este terreno.»

Hay quien piensa, cosa que estamos muy lejos de desmentir, que las páginas de este libro muy bien pueden ser consideradas como una especie de testamento espiritual del malogrado Presidente. La verdad, a nuestro parecer, es que estamos en presencia de una obra que, acaso, sea algo más que un simple testamento, a saber: un sugestivo documento que revela el saber político de uno de los hombres más representativos de nuestro tiempo. Simbolizó a la juventud norteamericana —la juventud idealista— y, desde luego, representó magistralmente lo que podríamos considerar como la arrogancia política.

El deber y la gloria bien puede servir como insuperable testimonio de lo que un hombre se propuso realizar para salvar la dignidad de toda una generación condenada, por los imperativos del azar histórico, a la inexorable frustración. Con la seguridad que por siempre le caracterizó muy bien supo Kennedy definir los

objetivos a cumplir: «El destino de esta generación —el de ustedes en el Congreso y el mío como Presidente— es vivir en medio de una lucha que nosotros no hemos iniciado, en un mundo que no hicimos nosotros. Pero las exigencias de la vida rara vez se prestan a elección. Y aunque jamás ninguna nación se haya enfrentado con semejante reto, también es cierto que ninguna nación ha estado nunca tan dispuesta como la nuestra a cargar con el deber y la gloria de la libertad.»

Destaquemos, por último, algunas de las ideas de John F. Kennedy que nos parecen esenciales para tener una ligera aproximación de la importancia de las tesis sociopolíticas que defendió; a saber: la primera hace referencia a la necesidad de contar con una Norteamérica unida: «Norteamérica aboga tanto por el progreso en los derechos humanos como por los asuntos de tipo económico, y una Norteamérica fuerte necesita disfrutar de unos derechos de igualdad para todos sus ciudadanos, sea cual fuere la raza o el color de su piel. Esta administración ha demostrado, como jamás se ha hecho hasta ahora, cuánto es lo que se puede hacer mediante el uso de los poderes ejecutivos, el cumplimiento de las leyes promulgadas por el Congreso, la persuasión, las negociaciones y el litigio para asegurar los derechos constitucionales de todos: el derecho a la educación pública y libre.»

La segunda idea esencial del pensamiento kennedyano incide, por supuesto, en el marco de la política internacional: la coexistencia pacífica. Justamente, advirtió en uno de sus discursos: «La tarea de construir la paz descansa en las manos de los dirigentes de cada nación grande o pequeña. Pues las grandes potencias no monopolizan el conflicto o la ambición. La guerra fría no es la única expresión de tensión en este mundo, y la carrera nuclear no es tampoco la úni-

ca carrera de armamentos. Incluso las guerras pequeñas son peligrosas en un mundo nuclear. La larga labor de la paz es empresa de cada nación, y en este esfuerzo ninguno de nosotros puede permanecer apartado de los demás. Para el logro de semejante objetivo, ninguno de nosotros debe permanecer con los brazos cruzados.» Y en otro lugar de este libro podemos leer lo siguiente: «La reducción de la tensión mundial no debe ser una excusa para una mezquina persecución de intereses egoístas. Si la Unión Soviética y los Estados Unidos, con todos sus intereses mundiales y compromisos de ideología, y con sus armas nucleares todavía apuntadas mutuamente, pueden hallar áreas de acuerdo y de intereses comunes, entonces, con toda seguridad, otras naciones pueden hacer lo mismo..., naciones inmersas en conflictos regionales, en problemas raciales o en la angustia del viejo colonialismo.»

La tercera y última idea a la que, aquí y ahora, nos vamos a referir —idea que debemos tener bien a la vista— es la concerniente al célebre programa, en el que tantas ilusiones depositó el Presidente Kennedy, de la «Alianza para el Progreso». «Bolívar —subrayó el Presidente—, en una carta escrita cuando estaba exiliado y la causa de la libertad parecía estar perdida, dijo: "Se han rasgado los velos. Hemos visto la luz y no es nuestro deseo volver a sumirnos en la oscuridad." En nuestra época se han rasgado nuevamente los velos. Los millones de habitantes de nuestros pueblos que han vivido y viven en la más

desesperante pobreza; los que han sufrido y sufren hambre, injusticia social e ignorancia, han visto un rayo de luz, de esperanzas de una vida mejor y más abundante para sí mismo y para sus hijos. Y no tienen la menor intención de volver a sumirse en la más completa oscuridad.» Consecuentemente, pensaba el presidente Kennedy, «la Alianza para el Progreso es un programa revolucionario en sus dimensiones. Precisa evidentemente de tremendos esfuerzos por parte de todos nosotros; eleva las aspiraciones y, a la vez, demanda sacrificios difíciles de realizar. Y aunque ya hemos hecho mucho en corto tiempo, aún debemos hacer mucho más y actuar mucho más rápidamente durante los meses venideros. Pues del éxito de la Alianza, de nuestro éxito en este hemisferio, depende el futuro de la dignidad humana y la independencia nacional por las que lucharon nuestros antepasados en cada país de este hemisferio.»

El deber y la gloria es, en definitiva, la exposición antológica de los discursos principales que John F. Kennedy pronunció a lo largo de su breve permanencia en la Casa Blanca. Esta recopilación nos permite comprobar algo que, en efecto, intuíamos: que John F. Kennedy fue un buen político, un estratega aceptable y, por encima de todo, un gran humanista. Sigue, pensamos, vivo en el recuerdo, dado que, en honor a la verdad, sus sucesores no han logrado enmendar sus posibles yerros. Norteamérica, ciertamente, padece una atroz crisis de hombres representativos. John F. Kennedy lo era...—J. M. N. DE C.

ISAAC DEÜTSCHER: *La década de Jruschov*. Alianza Editorial, Madrid, 1971; 197 páginas.

Jruschov, como es bien sabido, ha sido una de las figuras que más amplia popularidad gozaron un día y que, no obstante, ahora yace en un absoluto olvido. Se ha

dicho, y no entramos a discernir si con razón o sin ella, que supuso un período de transición y que, en última instancia, nada nuevo trajo a la política soviética in-

ternacional salvo un ligero matiz de apertura. Apertura que, en rigor, tampoco fue nada extraordinaria. Se le acusa de ser una figura gris, sin personalidad definida y, especialmente, falta de auténtica inspiración sociopolítica. No debemos, pues, extrañarnos de que sobre Jruschov se escriba poco y, además, que —como en las páginas de este libro se revela— lo que se escribe gire más sobre su época que sobre su persona.

Los especialistas de la materia —política internacional o relaciones internacionales— no salen de su asombro cuando se les plantea el tema de determinar la razón en virtud de la cual Jruschov fue elevado a la máxima magistratura soviética. Aquí tenemos, en cierto modo, la explicación en virtud de la cual el autor de estas páginas enfoca el desarrollo de su obra fijándose preferentemente en la coyuntura sociopolítica que caracterizó a la década de Jruschov antes que penetrar en el enigma de la personalidad del dirigente soviético.

Cabe preguntarse —podemos advertir a lo largo de estas páginas una constante inquietud del autor en torno de este tema— por qué un gran país, en un momento de supremo esfuerzo de autopurificación, no ha sido capaz de elevar al poder a hombres con un pasado limpio, hombres que no fueran epígonos de Stalin. La respuesta, en todo su horror, es muy sencilla: todos los dirigentes de la opinión antiestalinista habían sido exterminados, y un país que durante tanto tiempo había permanecido políticamente atomizado no podía engendrar dirigentes de un día para otro. La desestalinización se había convertido en una necesidad nacional para la Unión Soviética; pero al no existir antiestalinistas capaces de llevarla a cabo, la tarea de realizarla recayó en los gobernantes stalinistas, los cuales no podían hacerlo sino a medias. Fueron las circunstancias las que les impusieron esa misión, poco afín con lo que ellos eran. Se enfrentaron con esa tarea divididos entre sí y divididos en su

propio ser, desgarrados entre la sinceridad y la hipocresía, entre el valor y el temor, entre sus compromisos con el stalinismo y sus deseos de romper con él, entre el pasado y el futuro.

Es curioso, y así hay que reconocerlo, que la personalidad de Jruschov suscita extrañas sorpresas. Justamente, subraya el autor de estas páginas, la ambigüedad del jruschovismo pone un interrogante sobre algunas de las reformas y sobre buena parte del progreso realizado. Provoca incertidumbre, dudas e incluso temor en el pueblo soviético, que se pregunta qué es, al fin y al cabo, lo real; si la repudiación jruschoviana de la opresión staliniana, o su repudiación de la repudiación. Mientras oficialmente se condenen y se justifiquen a la vez los crímenes de Stalin, no hay seguridad de que los sucesores de Stalin no cometan, a su vez, crímenes parecidos. Ciertamente, ha desaparecido el poder arbitrario de la policía política; pero ¿no puede reaparecer? En los asuntos económicos y sociales, el Gobierno ha dejado de confiar en la coacción; pero ¿no volverá a recurrir a ella una vez más?

¿Cuál es, por lo tanto, la auténtica significación de la presencia de Jruschov en la política internacional soviética? Antes, afirma el autor, he señalado que la política exterior soviética es una mezcla de residuos del aislacionismo staliniano y de un nuevo internacionalismo. En este aspecto, no cabe duda de que la política exterior soviética es una prolongación de su política interior. Tanto dentro como fuera de la U. R. S. S., el jruschovismo constituye un frágil equilibrio entre las tradiciones stalinianas y la reacción contra ellas. La persistencia de un aislacionismo residual no se debe simplemente a la inercia; también es producto de la situación internacional. En un mundo dividido en dos bloques rivales, cada bloque se ve forzado a permanecer aislado del otro, y en cada uno de ellos la potencia más fuerte trata de conservar las prerrogativas que le con-

fiere el liderazgo. Pero aquí, como en política interior, lo que importa es la interacción entre lo viejo y lo nuevo.

Hay que anotar en la hoja de servicios de Jruschov sus intentos en favor de la paz internacional —ya sabemos que tímidamente—. Las propuestas de desarme presentadas por Jruschov ante las Naciones Unidas parecen responder a una comprensión de la futilidad y el horror de esta situación. Su argumentación en favor del desarme total es tan simple como el huevo de Colón. Si hasta la fecha han fracasado todos los intentos de desarme parcial, ha sido, sin duda, porque las potencias no podían ponerse de acuerdo sobre el control o la inspección; el desarme parcial sólo admite una inspección parcial, la cual resulta no por definición inadecuada. En estas condiciones, las potencias no pueden permitir una inspección de todos sus arsenales, pues no pueden divulgar los secretos que no están incluidos en el plan de desarme. Ninguna potencia puede estar segura, además, de que detrás de la pantalla del «legítimo secreto», la otra potencia no esté infringiendo sus obligaciones de desarmar. Como no es posible, por tanto, idear un plan de inspección parcial absolutamente seguro, Jruschov saca la conclusión de que solamente el desarme total puede romper el círculo vicioso; sólo este desarme permite un control y una inspección íntegras, impidiendo que ninguna potencia pueda mantener ocultos secretos militares y permitiendo así a todas asegurarse de que no será víctima de engaños.

Después de un detenido análisis de algunas de las principales vicisitudes que tuvo que vencer o que se le presentaron a Jruschov, el autor llega a la conclusión de que, efectivamente, no se puede hablar de una «era de Jruschov» de la misma manera que se habla de una «era de Stalin», y no sólo porque Jruschov ha permanecido en su cargo la tercera parte del tiempo de Stalin o porque no ha te-

nido siquiera la tercera parte del poder de éste. El jruschovismo no ha presentado una idea (ni siquiera una política) grande y positiva propia. Tampoco ha creado un dogma o mito nuevo que expresara significativamente, como el «socialismo en un solo país», la «falsa conciencia» de una situación histórica real. El jruschovismo ha estado falto de toda aspiración creadora; siempre que Jruschov ha expuesto alguno de los objetivos elementales y familiares del socialismo, invariablemente ha dado de él una parodia vulgar (un «comunismo con goulash»). En muchos aspectos ha continuado las líneas trazadas por Stalin, pero también ha pretendido crear otras propias, introduciendo innovaciones. La «coexistencia pacífica» es un ejemplo. También es el lema de una «transición pacífica del capitalismo al socialismo». También lo son los «caminos nacionales al socialismo». Se trata de conceptos stalinistas repulidos, que datan de los frentes populares de mediados los años 30 y de las coaliciones nacionales de mediados los 40. Y Jruschov ha sido un epígono de Stalin, sobre todo por su énfasis en el carácter «monolítico» del partido y del Estado soviéticos. Su decisión de no tolerar oposición alguna, ninguna crítica abierta y ninguna discusión libre, conducía inevitablemente al «culto» de su propia «personalidad», esto es, al intento de implantar su propio gobierno autocrático.

Ahora bien, y esta podría ser la conclusión a la que pretende llegar el doctor Isaac Deutscher, Jruschov, el epígono de Stalin, ha sido eclipsado casi por completo por la imagen popular del campeón y el héroe de la desestalinización. Tal ha sido la paradoja de una carrera que, a pesar de sus compromisos con el stalinismo y de las grandes responsabilidades que le incumben por sus crímenes, ha tenido que asumir una responsabilidad todavía mayor en su destrucción. Jruschov se ha visto desgarrado entre su vincula-

ción con el stalinismo y su reacción contra él, y, por razones personales, entre su adoración por Stalin y sus ardientes recuerdos de las incontables humillaciones sufridas a manos de éste. En ello resulta representativo de toda una generación de dirigentes del partido, sobre cuyas espaldas se había alzado Stalin hasta el poder y que luego habían tenido que soportar los puntapiés y los crueles anteojos de su dueño. Impotentes en vida

de Stalin, se han vengado en su fantasma.

El autor piensa, y conviene que recordemos esto, que la crisis de gobierno de 1964, por la que Jruschov cayó en desgracia, fue un acontecimiento sin precedentes en la historia rusa. Hasta entonces nadie había sido excluido del poder de esa forma mientras desempeñaba todos los cargos supremos del Estado.—
J. M. N. DE C.